This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.8 G165E LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

CALL NO.

G868.8
G165e

NOV 14 1947

TO BIND PREP.

DATE 22oct47

NEW BINDING [✓]
REBINDING [ ]
REGULAR [✓]
RUSH [ ]
STORAGE [ ]
BUCKRAM [✓]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

García
... Ensayos

CATALOGUER Wilson
RETURN BOOK TO LA

GLUED-ON [ ]
LACED-ON [ ]

STUB FOR:

T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOK PLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Juan Agustín Garcia (hijo)

Ensayos y Notas

BUENOS AIRES
ARNOLDO MOLN, EDITOR
Florida, 323

1903

Ensayos y Notas

Una palabra

De todos los artículos reunidos en este volumen, sólo cuatro ó cinco tienen importancia, no por su mérito intrínseco, sino por el esfuerzo que representan, la cantidad de trabajo : una medida de valores muy buena para apreciar nuestras obras con criterio objetivo é imparcial. Es cierto que á veces un segundo de intuición vale un año de estudios, pero este fenómeno raro es siempre el bello fruto de una labor profunda, realizada inconscientemente por un cerebro rico y vigoroso.

Los demás artículos son simples impresiones más ó menos exactas : sometidos á la medida aceptada tal vez resulten sin interés. Así, el lector se hará la misma pregunta que

yo al releer los pliegos impresos ¿para qué?... Es la oportunidad de un poco de filosofía; explicar cómo todo hombre encierra un coleccionista, de sellos, de libros, de amigos, de artículos... que la tendencia escritora implica el irresistible deseo del volumen : ¡nos inspira más confianza respecto del destino de estas cosas en relación á una posteridad risueña y confusa!

Me apresuro á declarar que no soy un profesional de las letras sudamericanas. Suelo escribir por necesidad, para precisar las ideas, disipar las obscuridades, ver bien las cosas y los conceptos. Es un método de estudio eximio, usado en la vieja enseñanza secundaria; disciplina la inteligencia obligándola á pensar con exactitud. Así, el estudio sobre Groussac es el resultado de un trabajo largo y penoso sobre la Lógica y Filosofía del espíritu de Hegel; la Formación de las Ideas fué escrita para comprender á Taine, y á cada momento notará el lector la influencia del maestro incomparable, director de mi vida moral, Schopenhauer.

Además, hay épocas en que nos domina un deseo de orden y normalidad. Comenzamos por arreglar los libros apilados sobre el escritorio; después la biblioteca para sacudir y aerear un poco á los viejos amigos... Con dos estantes bien elegidos habría tenido lo suficiente para ocupar toda mi vida; lo demás es vanidad, supérfluo, placer de coleccionista. La media docena de temas fundamentales que preocupan á los hombres han sido tratados en los cien volumenes de la libreria de sir John Lubock: el resto es moda transitoria, variaciones, simples reflejos de lo que pensaron esos hombres de genio... Releo con cierta emoción alguna nota marginal medio borrada por los años, y busco en el recuerdo su historia, evocando las cosas del pasado, todo el camino recorrido para llegar á la irremediable vanidad anunciada... Al revisar la cartera de manuscritos la sonriente tendencia coleccionista aparece en el acto: ¡á pesar de los principios el volumen se impone! Así, ciertas vanidades serán invencibles. Esta reflexión en carne viva me devuel-

ve el buen humor: nada tan curioso y risueño como los fracazos de la inteligencia directriz de nuestra conducta, es la espiritual contradicción que gobierna la vida y la hace amable, interesante, llena de imprevistos.

Quedan incorporadas estas vanidades literarias al grueso catálogo nacional, para demostrar con un acto más la exactitud de la tesis.

JUAN A. GARCÍA (hijo).

Mayo de 1903.

ENSAYOS

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

P. Groussac

(Á propósito de los *Anales de la Biblioteca)*

Á mi amigo Francisco J. Beazley.

... nous autres hégéliens, nous admettons toutes choses, le mal comme le bien, la mort comme la vie, la folie comme la raison, l'ignorance comme la science, et ainsi du reste; et c'est précisément parce que nous admettons toutes choses que nous croyons pouvoir expliquer l'univers. (VERA, *Introduction à la Philosophie de l'Esprit de Hegel.*)

La nature est un temple où de vivants piliers
Laissent parfois sortir des confuses paroles;
L'homme y passe, à travers des forêts de simboles.
. . . . . .

(BAUDELAIRE.)

I

El segundo volumen de los *Anales de la Biblioteca* trae un tratado de Filosofía del doctor Diego Alcorta, entre dos trabajos de P. Groussac. Naturalmente, el filósofo argentino despide una luz modesta, como era su persona, y á sus disquisi-

559691

ciones repetidas de Condillac les queda ese mérito documental del libro anotado por prócer, que guardan con estimable sinceridad nuestros coleccionistas nacionales.

De todas maneras, el doctor Alcorta ha prestado un servicio póstumo á la literatura argentina, dando ocasión á este bosquejo histórico, en el que, de rato en rato, aparece en actitud forzada, como sorprendido de su resurrección á la luz. En otro medio, su erudito editor se hubiera satisfecho con el bello concepto que sintetiza su vida en forma lapidaria: estudió, enseñó, hizo el bien y fué amado. Así, la vida del doctor Alcorta es un buen ejemplo, demostrativo de que en todas las latitudes el culto desinteresado de la ciencia eleva las almas y serena las pasiones de los hombres. Su fisonomía de pensador se destaca bien, entre los ponchos y los entorchados de los coroneles y generales que luchaban por las instituciones. Es lástima que no escribiera sus memorias; tendríamos la nota justa, probablemente algo escéptica y risueña, de esa época tan compleja. No es imposible que el dulce filósofo sintiera nacer la náusea ante ese pulular de libertadores y constitucionalistas, fruto bizantino de la teocracia colonial. Habría sido siempre curioso ver cómo se reflejaba en el espíritu de un

discípulo de Condillac el cuadro de pasiones chicas y de ambiciones voraces, característico de la época.

Esta nota biográfica y el estudio sobre Alberdi, que el autor titula exactamente *Desarrollo constitucional*, tendrán un significado propio en nuestra literatura política. Importan una verdadera transformación en la manera de encarar estos fenómenos, opuesta al sistema tradicional de nuestros escritores de la época que podríamos llamar clásica. El hecho se explica teniendo en cuenta los nuevos elementos de criterio que trae Groussac.

En primer lugar, su concepto general de la materia. Descartando la vana fraseología de la ciencia política, se puede definir el Derecho Constitucional como el arte de encontrar los medios más adecuados para garantir la paz, la libertad, el orden y el progreso de una agrupación humana. De la idea que se tenga de esas cosas dependerá el criterio político y constitucionalista. La de Groussac es hegeliana, una consecuencia de la instabilidad característica del universo físico y moral : la filosofía de la historia, dice, que para mi uso propio tengo extraída de mis lecturas y reflexiones es que, á pesar de la tradición y de los hábitos

heredados, el orden social es un estado artificial y precario. Lo natural es el desorden; y sólo merced á todo un sistema complejo de diques y defensas es cómo la fábrica resiste al empuje exterior y no peligra la civilización. Cualquiera sociedad, — singularmente las recientes y rudimentarias, — representa en lo moral lo que el Sud de Holanda en lo físico: un suelo conquistado sobre el mar que bate las murallas, en acecho de la brecha abierta por donde se precipita el desastre y la ruina. Y más adelante agrega: « el derecho constitucional, ó si preferis la filosofía política, es materia mucho más deleznable que el arte puro y la historia: por lo mismo que se aplica á la evolución social, ó sea á masas en eterno movimiento, contiene elementos instables que comprometen su duración » (1).

No es necesario oponer texto á texto para demostrar que el criterio es nuevo en la literatura política argentina. El concepto clásico era especulativo y dogmático, en el sentido jacobino, con su orden, paz y libertad lógicamente encontrados y definidos *a priori*, su medida de valores en abstracto; sobre una base de severa inmutabilidad, de rigidez inflexible, que espera quebrar los acontecimientos

(1) *Anales de la Biblioteca*, vol. 2°.

con el silogismo; con ese fondo de orgullo propio de todas las inteligencias que sólo ven un lado de las cosas y se creen en posesión de la verdad y de la justicia. La pregunta de Pilatos á Cristo ¿qué es la verdad? contiene la más intensa sugestión sobre nuestra ignorancia y la complejidad de los fenómenos morales. En la media luz, que constituye la claridad de los más inteligentes, las sombras se mueven confusas y se esfuman á cada paso. Y es perdonable la sonrisa, cuando se ven cruzar el escenario á los afirmativos, que llevan la verdad en una mano y la justicia en otra, sin la menor vacilación. Lo que sabemos á ciencia cierta, inclusive en derecho político, está expresado en la copla de la nodriza normanda:

Le petites marionettes
font, font, font,
trois petits tours
et puis s'en vont (1).

Por otra parte, su tendencia era empírica, la filosofía del sentido común. No se encuentra una página que revele estudio de esos problemas que son el eje de todo análisis serio. Pensaron el mundo

(1) A. France, *Vie littéraire.*

tal como se presenta á la simple observación, sin la menor sospecha de su misterioso simbolismo, del movimiento oculto de las cosas. Así, los usos y las instituciones aparecen completos y perfectos, traídos por la mano de la entidad creadora, Dios, publicista ó congreso. Y el jurisconsulto cumple su tarea con interpretarlos y describirlos en su estado actual considerado definitivo, y que en realidad es un instante en el movimiento de la Idea. De vez en cuando aparecen los conceptos metafísicos : « la evolución, la vida y desarrollo de las instituciones »... simples conocimientos verbales que no se traducen en la conducta científica y política, buenos para llenar los claros del discurso y redondear el período oratorio.

La falta de una filosofía es todo un síntoma del estado social : la civilización empieza y concluye con los pensadores. Al fin y al cabo lo que forma la respetabilidad de un país y le da entrada en la Historia son sus dos ó tres ideas generales ; por ellas viven todavía la Grecia y el Imperio Romano. *Pourquoi vit une nation ou un siècle, sinon pour les former?* dice Taine. *On n'est complètement homme que par là. Si quelque habitant d'une autre planète descendait ici pour nous demander où en est notre espèce, il faudrait lui montrer les cinq ou six grandes*

idées que nous avons sur l'esprit et le monde. Cela seul lui donnerait la mesure de notre intelligence. Exposez-moi votre théorie ; je m'en retournerai plus instruit qu'après avoir vu les tas de briques que vous appelez Londres et Manchester.

II

Ese concepto idealista de las cosas, producto de una cultura filosófica intensa, implica casi siempre una naturaleza de selección y ricamente dotada. Las doctrinas no se eligen ó se aceptan previo juicio contencioso : cada hombre tiene la teoría y la verdad de su temperamento. Las tendencias generales del organismo y los instintos subconscientes forman nuestras convicciones, sin perjuicio de seguir ilusionados con la amable mentira de que las obtenemos razonando ; frutos de nuestra labor, algo vanos. Entre el mecanismo mental del discípulo de Hegel y de San Antonio la incompatibilidad es absoluta, y sus respectivos universos difieren tan radicalmente como sus caracteres. En el común de los casos la inteligencia voluntaria interviene *a post facto ;* la idea se crea en misteriosas regiones

y es el resultado de un largo proceso, cuyo génesis y desarrollo permanecen ocultos. Por eso la firmeza invariable de opiniones suele ser signo de un organismo pobre ; el mundo es demasiado complicado para encerrarlo en un solo marco. El éxito de la filosofía hegeliana viene de su flexibilidad ; abarca todo, inclusive el error, que es una de las partes más interesantes, y á veces dramática, de la vida moral de los hombres.

La riqueza adquirida se completa en Groussac con dos cualidades características de su espíritu : la tendencia sistemática y sintética. Estas afirmaciones son fácilmente demostrables. En su vasta obra, que el gobierno debiera adquirir y editar para mayor bien de la juventud, hay algunos capítulos en que se revela con mayor relieve su aparato mental, por ejemplo en *Chile, Del Plata al Niágara*. En esas veinte páginas se ve con toda claridad la manera de trabajar de su inteligencia. Crea el lector que, aparte de su interés objetivo, ese capítulo es un documento psicológico, una experiencia tan precisa como la de un laboratorio.

El mecanismo de su espíritu elabora el concepto general por cerebración subconsciente : « en el espíritu casi pasivo, dice, se está elaborando el concepto general, una como transposición abstracta

del panorama material, provocada inconscientemente por las semejazas y contrastes de la doble vertiente andina trepada y descendida desde Mendoza ». Es el proceso íntimo de todo espíritu sistemático: de las impresiones externas la inteligencia extrae las dos ó tres ideas generales dominantes, que resumen y explican el cuadro material y moral. Desde el primer momento se encuentra los conceptos fundamentales: todo lo que pertenece á Chile trae adherido el calificativo de circunscripto, de ilimitado lo que pertenece á la Argentina. « Veremos cómo, dice, sin deliberación ni prejuicio, todas las conclusiones materiales y morales respecto de Chile tienen por rasgo definitivo la *condensación*, de propio modo que las que á la Argentina se refieran evocan la opuesta de *expansión* ».

Por su propia gravitación las ideas se colocan en un orden sistemático adecuado. Al concepto dominador, que resume y dirige el conjunto, siguen los demás; cualidades de raza, factores económicos, religiosos, políticos... sólidamente unidos en el raciocinio como lo están en la realidad, y que convergen al punto céntrico que los atrae con toda la fuerza de la necesidad lógica y por lo mismo los explica. Análogo proceso ocurre en el artista: en el paisaje ó retrato resalta la cualidad dominante,

una síntesis comprensiva de todo el cuadro, la intensa emoción religiosa que envuelve el Angelus, la sonrisa de la enigmática Gioconda. Los demás detalles se esfuman, no tienen importancia, van implícitos en la idea principal.

Para precisar estos conceptos supongamos el mismo tema, *Chile,* reflejado en una inteligencia inferior, sin la base de cultura social y filosófica. Según las aficiones personales buscará determinados detalles. El financista, por ejemplo, el presupuesto; un análisis de los gastos, sueldos económicos, obras públicas y educación primaria desatendidas, el ejército mejor organizado y menos costoso que el argentino, le dan las ideas de orden y severidad administrativa. Para el militar, Chile es su ejército y su marina, pocos generales y coroneles, muchos capitanes y sub-oficiales, la tropa ejercitada, con aire de disciplina. Otro observa las condiciones de la vida material, si las calles están sucias ó limpias, las tablas de mortalidad, las epidemias, la higiene pública y privada: en el acto se forma su idea general, país rutinario, mediocre, sucio, la herencia de desidia castellana sigue actuando; Carlyle le receta toneladas de jabón. Todos vieron á Chile por partes, nos dan fragmentos, nociones detalladas. Después de la lectura sabemos sus finanzas, la es-

cuadra, el ejército, la educación, pero no conocemos el país que es un conjunto, un todo organizado con su plan general propio. Esas circunstancias pueden variar, un gobierno pobre sudamericano economiza con facilidad en el « renglón » de la cultura. El argumento está *ad portas*. Es sabido que la civilización de un país no se mide por el perfeccionamiento moral de los hombres : sobre nuestra raza están varias especies animales, más fáciles de cultivar y mejorar. El ideal sería un pueblo de degenerados en medio de los espléndidos rodeos y praderas de alfalfa, por eso el fin del gobierno es proteger la ganadería y agricultura dejando al pueblo, ganaderos y agricultores, librado á su propia imbecilidad. Otro disminuiría el ejército y la marina para fomentar la educación y la higiene. Chile habría cambiado y el capítulo resultaría falso ó anticuado. En el esbozo sintético, Chile es siempre el mismo ; la cualidad madre sigue actuando en todas sus variaciones que salen de ellas como las consecuencias de una premisa. Los dos observadores vieron á Chile, uno en su esencia, en su idea causal, en su misteriosa fuerza generadora, el otro en el pasajero detalle. Si el primero vió bien, y con exactitud, el estudio de la idea le permite deducir *a priori* la característica de todas sus manifestaciones, de arte, de

moral, de política, de ciencia. Es una tarea puramente lógica, y necesariamente lo real corresponderá con el mundo interior elaborado por la inteligencia.

Estas son las diferencias que distinguen la obra de un hombre de talento de lo vulgar y de lo mediocre. Y como no son fáciles de percibir, suelen haber confusiones lamentables. No basta el período brillante, ni la frase oportuna, ni las exposiciones claras y metódicas, con sus correspondientes análisis bien prolijos de todos los elementos que componen una cosa, para decir que se la ha entendido, en el noble y amplio sentido de la palabra. Esa tarea, junto con la de interpretar textos obscuros, y resolver el límite de la marea constitucional, es á todas luces modesta : *une telle œuvre paraissait exécutable à Pecuchet* (1). Hasta cierto punto, la fotografía del mundo moral es tan fácil y rutinaria como la del físico. Lo arduo, la tarea abrumadora que pone en juego todas las fuerzas vitales en una cooperación admirable, es encontrar el germen oculto que explica y genera todos esos accidentes, y en el laberinto de los hechos separar con exactitud la paja del grano, el fenómeno revelador que lleva la fecunda idea de esa complicada

(1) Flaubert, *Buvard y Pecuchet.*

vida, « que aplique sus sentidos, sus facultades más elevadas, y la conciencia más íntima de sí mismo », dice Hegel (1). El bello y halagador propósito suele ensayarse á costa de la salud física y de la salud moral, y las reservas de fuerza nerviosa resultan, á veces, insuficientes para restablecer el equilibrio perdido en la loca empresa.

III

El segundo elemento que trae Groussac es el método : en rigor depende siempre del concepto general de las cosas. En el empirismo predomina el análisis, en el dogmatismo la deducción pura. En ambas teorías el conocimiento es una enumeración ; el derecho, el arte de lo bueno y de lo justo, — Dios, el creador del mundo, omniciente y omnipotente, — y la lista de atributos puede extenderse hasta agotar el sujeto. En ambas teorías la representación mental de los fenómenos es simple, y se les considera como entidades aisladas é inmutables. El idealista parte de la base más comple-

(1) Hegel, *Lógica*, trad. Vera, vol. 1, pág. 187.

ja que considera á todo sér como un resumen de determinaciones opuestas, y en su concepto conocer es adquirir la conciencia de una cosa como unidad de esa contradicción (1).

En un lenguaje más claro, el sér, fenómeno moral ó físico, es una forma en perpetuo venir, y la fuerza motriz es la contradicción íntima que llevan en sí todas las cosas, — contradicción que en metafisica obliga á seguir el raciocinio, para dar con la idea vana é inencontrable que domine y explique las oposiciones; que en la vida produce el movimiento eterno de los pueblos en busca de la base sólida, de la civilización más perfecta, de la ley que concilie todos los intereses y cree la armonía universal. Así, el concepto del Derecho citado es un momento de su venir, falso, por ejemplo, en la Edad Media y en la época contemporánea. Y la Idea, como el conjunto de hechos é instituciones que abarca, son formas fugaces, en perpetua mutación, porque llevan en su seno antagonismos profundos, causa de la inquietud social, — como el antagonismo lógico causa la inquietud mental. En ambos casos la tendencia es buscar la armonía; una noción práctica, acuerdos ó desacuerdos políticos,

(1) Hegel, *loc. cit.*

que provisoriamente suprimen las dificultades ; una noción abstracta que por un tiempo deje resueltos los graves é insolubles problemas, que nos dé siquiera la ilusión de la consecuencia lógica absoluta. Así se explica el alternar de los sistemas filosóficos, que sucesivamente aparecen en la escena, y llenan por un período más ó menos largo las necesidades intelectuales y morales. La escolástica dogmática, el racionalismo de los enciclopedistas, las teorías de Kant, Darwin, Spencer y Comte, son momentos de la historia de la Idea, igualmente verdaderos porque en su oportunidad fueron necesarios, porque llevaban la idea lógica subsiguiente; igualmente falsos para quien los considere como entidades aisladas, sin más vinculación que las analogías de temas y tendencias.

Comprenderá ahora el lector las profundas raíces de la afirmación de Groussac, ya citado : « la filosofía de la historia que para mi uso propio tengo extraída de mis lecturas y reflexiones, es que, á pesar de la tradición y los hábitos heredados, el orden social es un estado artificial y precario... » Así, vinculado á un concepto general del universo, lo que á primera vista era paradoja se transforma en una verdad fundamental, en la comprensión más exacta y precisa del movimiento de

las sociedades. Desde que la instabilidad es la característica del mundo real é ideal, el orden y el desorden, sin excluir la esfera política, son estados transitorios, momentos lógicos en el venir de la idea y de los hechos. El orden contiene el desorden y el desarrollo de esos contrarios hace la historia. Cada estado social implica y comprende la necesidad del subsiguiente, necesidad que se manifiesta en los antagonismos políticos y económicos, que buscan la armonía en medio de rozamientos y de luchas, en las contradicciones de los sistemas filosóficos mientras aparece la idea que los armoniza, comprendiéndolos.

Naturalmente esos conceptos no son idénticos en todas las épocas y en todos los países : el orden sudamericano difiere del inglés y del norteamericano. La naturaleza de la contradicción profunda, que es la esencia de la vida, tiene manifestaciones distintas. En el Buenos Aires colonial, por ejemplo, estaba latente, comprimida, sin perjuicio de buscar su escape en la lucha del contrabando. En épocas posteriores se tradujo en montoneras y crímenes. Más adelante en polémicas de partidos, en evoluciones lentas que solían terminar con la batalla complementaria. La cultura transforma las cosas y los sentimientos, y á medida que avanza la

lucha se suáviza en sus formas, siendo tal vez más intensa en el fondo por la naturaleza é importancia de las ideas é intereses comprometidos. Para nosotros el orden significa la paz, es decir, la tranquilidad física, el ideal de una tribu negra, que no pasa más allá sin tropezar con la civilización que la rechaza. Esa es la base, el principio de todo desarrollo. Pero hay un concepto más elevado: el orden es la armonía de ideas, sentimientos é intereses; el desorden es la anarquía moral é intelectual, el antagonismo de clases, los polos opuestos de la miseria y la riqueza, de la ignorancia y la ciencia, de la abyección y la nobleza. Es más grave que el otro porque corresponde á un grado de cultura más fino y delicado: sentir ciertas necesidades, ciertas lagunas en la educación, es síntoma de pueblo bien dotado. Lo triste, lo lamentable es la quietud moral en la miseria de cualidades, la inercia tranquila de la ignorancia que se ignora, y sigue feliz, librada á su destino, contenta con la pradera verde y bien cuidada.

IV

Si el organismo político recibe su forma de la ley, el método que se impone es fácil y simple; se estudian su lenguaje, su alcance lógico, las actas del congreso ó asamblea, para conocer los motivos determinantes. La historia biográfica y anecdótica completa la información, enseñándonos las personas que dominaron el grupo legislador, los pastores del rebaño de *constitucionalistas*, sus ideas, vidas, lecturas y pasiones, la chismografía. Si á esto se agrega el rosario de precedentes, es decir, las sentencias de la Corte, las resoluciones del Congreso, la ciencia queda completa en todas sus faces.

Excuso decir que no podía ser éste el método de Groussac, aun al ocuparse del asunto « más rebelde á la excelencia por ser precisamente el más accesible á la mediocridad ». En su concepto nuestra literatura jurídica falla por ese lado : « sobre ser bastante inexactos los análisis que de nuestras cartas orgánicas se encuentran en las historias generales ó tratados particulares, parecen encaminados á desvanecer, en vez de acentuar, aquella noción de continuidad que la palabra desarrollo

implica y que preside sin duda á la evolución política. Con datos más ó menos seguros se nos describe cada alumbramiento constitucional, á manera de un accidente fortuito que se produjera con entera independencia de todo vínculo tradicional y condición sociológica, exagerando así el carácter ya harto postizo de dichos ensayos ». En una filosofía séria la constitución de un pueblo es una resultante de su vida y un momento de su desarrollo. Para conocerlo no basta el estudio de su texto, ni siquiera el de sus fuentes, debe seguirse el camino de la idea, anotando con prolijidad todos los factores que concurren á trazarlo : « la constitución, que virtualmente y de muy antiguo existía, no tratándose sino de establecer su fórmula, venía compuesta, como el río, de muchos raudales próximos ó lejanos, cuya contribución había formado la masa común, obedeciendo á causas sociológicas dignas de estudio. Ninguna de éstas era fortuita, ni, por tanto, desestimable ; y para inferir su participación en el resultado total, era indispensable remontarse hasta el origen histórico, del propio modo que, solamente navegando aguas arriba, puede calcularse el respectivo tributo de los afluentes » (1).

(1) *Anales de la Biblioteca*, vol. 2°.

Aplicando estos conceptos, hace el estudio sintético y á grandes rasgos de nuestra Constitución. Es el primer ensayo científico en la historia intelectual y jurídica argentina, que demuestra su desarrollo íntimo, que comienza bajo el régimen español, y toma una forma de aspecto definitivo en la obra de la convención. La simple lectura del Registro oficial enseña la cantidad de decretos nacidos entre 1810 y 1815, que se incorporan á la carta sancionada cincuenta años después; la filiación de las diversas constituciones, estatutos de 1815 y 1817, generadores de la de 1819, de la que á su vez deriva la de 1826...

Así la constitución nacional no es el resultado del voto de un congreso, ni el capítulo de la obra de uno ó dos pensadores *constitucionalistas*. Es la forma que toma un pueblo en un momento de su vida, forma fugaz y variable que inicia sus cambios al día siguiente de convertirse en ley. Y esta forma tiene sus raíces en el remoto pasado; es más obra de los muertos que de los vivos. Todas sus pasiones y sus ideas resurgen en tal ó cual artículo, que traduce en dos ó tres días años de amarguras, de luchas y sacrificios. Su historia es su título de nobleza, su decoro y su dignidad; es su misma vida, lo que distingue la institución res-

petable de un reglamento de club ó de sociedad de socorros mutuos.

La primera constitución argentina fué aristocrática, emanada de la sociedad colonial. Un diputado de cada ciudad, elegido por el Cabildo sólo, en algunas partes; por éste y el elemento *sano*, es decir, rico, en otras. Aparte las diferencias inevitables, presentaba grandes analogías con la constitución española de la época de los concejos. Era la que convenía al país, la que produjo espontáneamente, en cuanto le dijeron que debía asumir el gobierno y dirigirse. Por desgracia, no supo resistir los ataques del oficialismo doctrinario, embobado con las teorías de la Revolución Francesa, más sonoras y de mejor corte oratorio.

Y la constitución reflejaba con exactitud el carácter del drama de 1810: un alzamiento de fortuna nó de *ponchos*, que buscaban su progreso y conveniencia. Fué un movimiento organizado por el pequeño grupo dirigente, con el apoyo de un batallón de línea y cien peones de Rodríguez Peña. Al pueblo le serían iguales todos los regímenes. Como lo dice Sybel (1), toda revolución popular tiene una base económica y social; y aquí

(1) *Histoire de l'Europe.*

faltaba, ó mejor dicho, aún no había aparecido en la conciencia publica: fué la obra de los caudillos montoneros. Que los estropeara un compadrito criollo disfrazado de juez de paz y comandante militar, ó el *godo* cruel y grosero, alcalde de Hermandad y corregidor, su lote era el mismo, de miseria. La *leva* decretada en 1810, comprendía á todos los *vagos* de diez y ocho á cuarenta años, y dejaba librada la clasificación al buen criterio de los Alcaldes de Barrio; la medida no desdecía de las más caprichosas del déspota español. Por eso en el momento álgido de esos días de mayo, el pueblo se retira á descansar, molestado por la lluvia: fenómeno único en la historia, verdadero milagro en el proceso psicológico de la voluntad y de los sentimientos humanos en los períodos revolucionarios.

V

La variación del método implica la del criterio. El criterio argentino, educado por nuestos escritores clásicos, se caracteriza por el uso del argumento de autoridad y por la busca de las soluciones radicales y absolutas. Excuso decir que los dos

son rechazados por Groussac. « Ese culto supersticioso de los ídolos, dice, ese perpetuo recurso de apelación á la impecabilidad del maestro, constituyen, sin duda, uno de los rasgos menos halagüeños del intelecto argentino ». Y lo peor del caso es que el sometimiento es servil y sin examen. Se aceptan las consecuencias sin tomarse la pena de verificarlas. Alberdi, Estrada y del Valle son evangelios. Sarmiento asciende á la categoría de fetiche. Sería bueno reflexionar, de vez en cuando, á la manera de Pero Grullo, y repetirse que en todos los hombres, inclusive los más ilustres, las probabilidades de error son muhas y muy eficaces, y que el mejor homenaje es estudiarlos con seriedad. El elogio rutinario y mecánico del monaguillo, que todos los días balancea el plato de incienso, debe darle náuseas á la misma divinidad. Tal vez habrían agradecido más la refutación, el análisis severo, que demuestra estudio concienzudo, es decir, la forma discreta de estimar de la gente que piensa y tiene gusto y sobriedad en sus opiniones.

Como Alberdi, casi todos nuestros publicistas clásicos poseían « un cartabón uniforme é infalible para arquear constituciones, y según que á éste se conformen ó no las que se presentan á examen, re-

sultan aprobadas ó reprobadas, con entera independencia del pueblo en que se aplican y de su éxito experimental ». Las verdades absolutas están al alcance de todo el mundo, se recogen en la calle, con tomarse la pena de salir, en el primer periódico que pasa. Lo difícil es el matiz, colorear la idea dando la debida proporción de sombras y luces; comprender que cada fenómeno político es una síntesis de contradicciones en movimiento, y que toda afirmación, como toda negación neta, es falsa, porque no toma en cuenta el factor contrario, que no obstante la teoría, sigue actuando. Esta es la razón científica del fracaso de todas las políticas radicales en la vida real, de todas las filosofías absolutas en la vida mental.

Por otra parte, nada más cómodo que esas verdades dogmáticas, apoyadas en autoridades. Se camina con paso seguro, sin vacilar, á la sombra del principio y del autor de prestigio *constitucionalista*. Un principio tiene resistencias inagotables, porque es hueco y falso, un simple concepto lógico (1), la etiqueta que sirve para designar una operación

(1) Consúltense las *lógicas* de Bain, Stuart Mill y Hegel; *L'Intelligence*, de Taine; Ribot, *L'évolution des Idées générales*.

abreviativa de la inteligencia. Se alzará orgulloso é intacto en medio de los desastres causados con la ingenuidad de la pedantería. Mientras, por excepción, el piso sea llano y unido, las muletas sirven, y mal que bien permiten caminar con el aire sabroso de quien cree saber su rumbo. Desgraciadamente el subsuelo siempre es volcánico, y de vez en cuando la superficie se grieta, la vida rompe sin esfuerzo el marco de nuestros conceptos, y la ironía de las cosas y de los hechos nos deja cabizbajos, con nuestras verdades y nuestros autores á cuestas.

La raíz fundamental de todas estas peculiaridades nacionales está en la *imprevisión* y la *ligereza*, las dos ideas dominantes en el desarrollo argentino. Se observan desde la época española y manifiestan su influencia en todas las esferas de la actividad. La vida pública y la vida privada, las finanzas, la política, la educación, el ejército y la marina, el arte y la literatura, presentan el rasgo de familia. Toda nuestra historia es la evolución franca de los dos alegres conceptos, que doran la vida argentina con cierto brillo amable, las simpatías que inspiran los buenos calaveras; pero conviene recordar, de tiempo en tiempo, los despertares trágicos de esos voluptuosos sueños. La

verdad, la inteligencia y la moral son las recompensas que el Creador ofreció al trabajo serio, concienzudo y noble, ya sea que busque la riqueza de la tierra ó la más predilecta del espíritu.

« El culto de la verdad, dice Groussac, es un producto de la civilización, y por tanto, no lo profesan sino á medias — si no lo desdeñan en absoluto — las sociedades semicivilizadas ». Ese culto es la resultante de una forma de espíritu, inquieta, curiosa, escéptica, que no descansa hasta dar con los conceptos precisos. La simple aproximación es desesperante, cuando no la impone la naturaleza misma de las cosas; y no sólo indica el espíritu mediocre y falso, que siente un desprecio vano por la exactitud, sino un fondo de inmoralidad intelectual, de la ligereza é imprevisión...

Tan eximio es el método y el criterio, que el lector encuentra formuladas las dos ó tres verdades más substanciosas que se hayan dicho sobre la Constitución argentina. Aparte de la ya analizada sobre su desarrollo, se lee en la página 349 de los *Anales de la Biblioteca* : « las analogías entre los dos sistemas unitario y federal, son infinitamente más numerosas y profundas que sus diferencias, resultando que el supuesto antagonismo de principios, sustentado medio siglo á sangre y fuego por

los partidos, era ante todo cuestión de escarapela ó divisa, y residía, más que en las instituciones, de suyo anodinas, en la ambición personal de algunos y en el instinto anárquico de los demás ». *A priori* se podía haber afirmado la tesis. Un sistema federal ó unitario puros son igualmente absurdos; los contrarios no se conciben separados en el movimiento lógico de las ideas, ni en el movimiento histórico de los hechos. La tendencia de una época podrá acentuarse en un sentido ó en otro, como en la vida de las ideas cada una tiene su instante de primacia. Pero los dos conceptos viven en estrecha unión, vinculados por una necesidad lógica que los atrae con fuerza irresistible. Si los límites de este ensayo lo permitieran, podríamos demostrar la exactitud de la concepción hegeliana, con el clásico ejemplo de los Estados Unidos, envueltos hoy en una política imperialista, que es el desarrollo real de la idea unitaria implicada en su federalismo.

VI

Estas cualidades naturales y esta cultura, aplicadas á la obra de Alberdi, debían producir los resultados que habrá previsto el lector. El distinguido *constitucionalista,* carece de la consistencia y seriedad indispensable para resistir esa mano de acero. Su método, como su filosofía, son elementales, y ha muerto sin penetrar el movimiento intelectual europeo, no obstante su residencia en Londres (1). Perdonará el lector la confidencia: yo también he leído á Alberdi, el año 96, — ocho volúmenes en 8° mayor entonces, ahora se han multiplicado, — con motivo de un curso de Introducción al derecho, que todavía dicto. En cuanto á las obras póstumas reconocí, á tiempo, la modestia de mis fuerzas y guardo algún volumen con el debido respeto. Carezco de autoridad para criticar esas ediciones: son equivalentes de los objetos que se conservan en el Museo Histórico, y bien vale

(1) En mi primer curso de Introducción al derecho intercalé dos ó tres páginas sobre Alberdi, que me valieron varios amables anónimos.

esa prosa póstuma otras gloriosas levitas. Pero más de uno ha considerado algo así como una profanación el análisis de Groussac. Debo confesar que tengo cierta idea del patriotismo y del respeto, y creo que sólo es estimable y patriótica la verdad y la sinceridad, en las ideas y en los hombres. Todo lo artificial, lo gloriosamente vano, aun envuelto en colores nacionales, me parece ingenuo é infantil, por no emplear algún epíteto más grave.

La cualidad dominante en Alberdi es el espíritu de abogado periodista. El primero se caracteriza por: « la asimilación rápida del asunto con todas sus ramificaciones y vericuetos, troneras para el ataque y espaldones para la defensa; la fertilidad en la invención de incidentes que desalojen el debate de un terreno incómodo y lo traigan al propicio, donde quede sólo en plena luz el lado favorable; el arte de torcer lo derecho y enderezar lo torcido, aplicando al código el tormento abolido para el reo; aptitud para sugestionar al juez, según sean sus gustos y hábitos; por la facundía efectista, la avalancha de citas autoritarias, el rigor ficticio de la argumentación, que, identificando casos vagamente análogos, confiere al actual el beneficio de la jurisprudencia, la dialéctica inagotable que halla á todo respuesta especiosa, y siembra

con trampas invisibles el camino del adversario; por fin — y este es el dón supremo, — la facilidad de inocularse por ensalmo convicciones adecuadas á la causa y momentáneamente sinceras, pues el abogado es un actor que compone sus propios papeles y necesita estar persuadido para persuadir; en resumen, el cultivo ingénuo, al par que sabio, del sofisma, no deliberado y con pura engañifa surcido, á uso del rabula inferior; sino ingerido tan sutilmente en la verdad parcial que forme cuerpo con ésta, y perturbe la conciencia del tribunal, hasta arrancarle uno de esos fallos á cara ó cruz que pertenece al cálculo de las probabilidades y hacen sonrojar á la Temis de yeso sentada en el pretorio » (1).

Evidentemente la ciencia del derecho actúa de una manera especial sobre el espíritu de sus estudiosos, lo modifica y modela, imprimiéndole su sello característico. Como el teólogo, el jurisconsulto vive encerrado entre media docena de principios, que constituyen el único ambiente de su vida intelectual y moral: las reglas de derecho público y privado de las pandectas en la Edad Media, del Código Napoleón y de la constitución norteame-

(1) *Anales de la Biblioteca* cit.

ricana, en la época contemporánea. El desarrollo complejo, la aplicación lógica correcta de esas fórmulas legales, dominan en su idea toda la vida social. La interesante trama de los hechos y sus dramáticas evoluciones son meros incidentes, simples detalles, ante la importancia trascendental de la regla de derecho comprometida en un caso. Enamorado de su dialéctica y de su ciencia, interpreta el texto de la ley con minuciosidad y entusiasmo, en todas las formas, con todos los métodos imaginables, gramatical, lógico, histórico, encantado en su tarea de desmenuzar frases, sacar deducciones tras deducciones. Sufre la sugestión irresistible del análisis; siente un placer intenso desembrollando una madeja de textos, encontrando el hilo lógico en el laberinto de los tratadistas, y de las intenciones siempre confusas del legislador.

La falsedad de ese espíritu radica en su exclusivismo. En Alberdi el defecto se ahonda porque no tiene la preparación jurídica seria, excusa respetable de esa manera de ver. « El trato asiduo de Lerminier, dice Groussac, le proveyó con muchas frases y algunas ideas, especialmente alemanas, en achaques de filosofía de la historia y del derecho. De las doctrinas constitucionales y co-

mentarios norteamericanos sólo le alcanzó algo por Tocqueville, pues no sabía inglés, al menos en la época de las Bases ». Las ideas alemanas tuvieron un papel verbal en su raciocinio. No basta pescar el concepto profundo en algún artículo de revista ó de autor de segunda mano. La asimilación de una idea madre, de un sistema como el de Savigny, Hegel ó Schopenhauer, requiere voluntad, y sobre todo tiempo. Lentamente se infiltra la idea y penetra hasta lo más íntimo del mecanismo mental. A veces necesita años para colorear una inteligencia y modificar las fuerzas subconscientes que elaboran nuestros pensamientos, coordinándolos. En los *achaques de filosofía y derecho*, se nota la escasa influencia de ese germanismo postizo, que permanece intacto en el hervidero de pasiones chicas é ideas vulgares que constituyen el fondo de su alma. Su teoría familiar fué la clásica especulativa, que aprendida en su juventud, modeló definitivamente sus tendencias intelectuales.

Además, era periodista: « ¿qué cualidades caracterizan al diarista de raza? La claridad y rapidez de la frase, neta, incisiva, enemiga del arabesco y del período: linea recta brevísima: el dón de simplificar lo complejo y concretar lo abstracto, circunscribiendo el asunto á su accidente más pal-

pable y asestándole seguidamente tres ó cuatro afirmaciones imperativas que remeden argumentos y precipitan la conclusión. Nada de circunloquios ni deducciones doctrinales; ningún rebuscamiento de imágenes ó sonoridades oratorias: el rasgo pintoresco aguzado en saeta, la chispa instantánea que salta de la discusión como de un choque de aceros. En suma, para encerrarlo todo en la palabra que define el género: el periodismo es la improvisación, con sus prestigios y hallazgos, su artificiosa sencillez fundada en el escamoteo de la dificultad, su evidencia repentina que deslumbra al lector como un relámpago, aunque le deje luego más á obscuras que antes, el simulacro de la ciencia y el espejismo de la verdad. » (1)

Para el periodista, como para el abogado, la verdad es el triunfo de un propósito ó de una causa: su misión no es la de solucionar problemas y aclarar puntos obscuros, sino de conseguir un fin práctico. Su concepto tiene que ser simple porque ni los tribunales, ni el público entienden las complicaciones. La media luz, el matíz que es lo exacto, pueden acarrear la pérdida del pleito, que es lo real. El juez en su sentencia, como el abogado en su

(1) *Anales de la Biblioteca* cit.

alegato, dejan de lado todo lo que puede obscurecer las cosas. Ambos se afirman en un principio técnico ó de equidad, y las consecuencias siguen sembrando estragos, pero con lógica impecable, que es lo esencial.

Estas dos cualidades, que en rigor son una, explican todos los defectos de la obra de Alberdi; la improvisación y la superficialidad. Se adquiere el hábito de estudiar una cuestión en veinticuatro horas y de resolver en cuarenta y ocho, con el arsenal de conocimientos acumulados á ese efecto, y se pierde el respeto por el trabajo concienzudo, forzosamente lento, que asimila por grados. La relativa facilidad de expedición faculta á tratar todos los temas con el mismo criterio: los abogados son siempre enciclopédicos, como Mármol. « Extensión y hondura, dice Groussac, son términos humanamente incompatibles, como aquello del público numeroso y selecto de las gacetillas. Entre multum y multa, hay que optar. Alberdi no quiso optar á tiempo, y por eso, debajo de su agradable fluidez, se siente la falta de saber sólido; se toca el fondo, aun en las materias que sirven de base á sus tesis favoritas, como son la historia y el derecho público americanos, y ello es tanto más notable cuanto más clara la expresión, al modo que la

misma transparencia del arroyo muestra á la vista su poco hondura ».

VII

En las páginas anteriores he estudiado una faz del espíritu complejo de Groussac. Para agotar el tema necesitaría escribir un volumen. Faltan el crítico, el historiador, el polemista, el novelista y humorista, y este último capítulo no sería el menos interesante. Me atrevería á afirmar que en todos se encontrarán los dos rasgos fundamentales : sistemático y sintético. De paso, algún problema de psicología, la adaptación mental á un nuevo medio, por ejemplo, el análisis de los cambios operados por una atmósfera de gustos, ideas y sentimientos tan diversos á la nativa, exigiría un serio y extenso estudio. « Fruto abortado de un árbol exótico que ha sido transplantado muy lejos del suelo natal y del medio propicio » (1)... la historia de su desarrollo, la notación prolija de los elementos originarios, en contacto y antagonismo con los facto-

(1) *Anales de la Facultad de Derecho,* vol. 1, pág. 41.

res argentinos, tiene un marcado interés dramático, y es posible que autorizara ciertas consecuencias de importancia para el psicólogo. Entre el espíritu nacional, con su fondo de desorden, análisis é impresión, de ligereza incurable, y un intelecto radicalmente sintético y sistemático, el choque era necesario. De ahí el Groussac moralista sus repetidos consejos sobre el culto de la verdad y probidad intelectuales, su crítica implacable de nuestra ciencia y de nuestros procedimientos. Olvidaba la observación del poeta : *les erreurs qu'un esprit supérieur a dissipées reparaissent naturellement dès que cet esprit a passé* (1). De ahí también el humorista que, fatigado de refutar en vano, prefiere sonreir de las tonteras oficiales y académicas que pasan, envueltas en períodos tan huecos como oratorios... Suponedlo en Francia, su producción habría sido doble ó triple; tendríamos los equivalentes del Liniers, de los ensayos críticos y algún libro fundamental, en el estilo de *L'intelligence*, tal vez con alguna ironía, el dejo de escepticismo que da sabor á las cosas.

Finalmente, completaria el estudio el capítulo sobre el rasgo sintético de la fisonomía intelectual,

(1) Gœthe.

equivalente al de la física, que caracteriza la persona y permite clasificarla en tal ó cual familia, rasgo que es el resultado de la acción combinada de todas las fuerzas vitales. No basta detallar un espíritu, como no basta detallar una sociedad para conocerla : « es necesario el sentimiento de ese todo condensado, que sólo el espíritu crea, comprende y ejecuta ». Esa facultad es la intuición artística ó filosófica, dos formas diversas de la misma operación mental. En ambas el intelecto va al fondo íntimo de las cosas, elevándose por encima de los detalles. considerados como símbolos de la vida universal. Es un instante de la inteligencia, lleno de la *emoción sutil y peculiar* (1); la flor que corona el trabajo ímprobo y angustioso del hombre de talento, é inunda con luz suave la árida serie de hechos y de conceptos, revistiéndolos con el color y animación que tuvieron; es su recompensa, — su parte de divino placer, que le da fuerzas para dedicar lo mejor de su vida á la obra ideal. En esas alturas, el arte y la filosofía, la emoción artística y la científica, se confunden en la identidad de su objeto; la idea que constituye la esencia, lo permanente, en el fugaz pasar de las formas.

(1) SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad.*

Un tema de Beethoven, no es superior á la sencilla frase de Kant, conmovido ante el espectáculo del « cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral en nuestro interior »; y no hay nada más expresivo en la obra de Wagner, que esta página del Banquete: « Oh mi querido Sócrates, continuó la extranjera de Montinea, si alguna cosa da valor á la vida humana, es la contemplación de la belleza absoluta... »

La característica de la intuición es la síntesis; una síntesis especial, profunda y viva. En el desfile de formas, la inteligencia sólo es capaz de analizar, descomponer un todo en sus partes y volverlas á unir. La fibra nerviosa dotada con la « irritabilidad delicada y espontánea » (1), percibe esa línea fugaz, reveladora de un carácter ó de un estado social; la Idea madre que teje la trama de la existencia. Tomemos un ejemplo: la Revolución y el Imperio, una tragedia política y una epopeya militar; una sucesión de accidentes de un interés dramático extraordinario. Por debajo de ese proceso hay una idea motriz que percibe Taine, la razón razonante, el espítu clásico; — hay otro factor más hondo que percibe Sybel, las necesida-

(1) *Del Plata al Niágara.*

des económicas; — y probablemente el segundo origina al primero, dado que los sentimientos, el tono emotivo, es una fuerza preciosa en el trabajo mental. Esa Idea, hecho, héroe, ó como quiera llamarse (1), es lo que anima y explica todos los detalles. Si se la suprime, la Revolución se convierte en una serie de tragedias más ó menos brutales; las campañas militares descienden de la epopeya, son temas de estudios tácticos ó estratégicos: su grandeza, su razón de ser, su vida está en la Idea.

Cuando en un intelecto sintético existe esa « irritabilidad delicada y espontánea » de la fibra nerviosa, se dice que hay *talento*, es decir, lo que se estremece al contacto de esa luz tenue que circula por el interior de las cosas, animándolas... *essa e la luce eterna* (2). Las cosas no están muertas, dice Taine, hay una fuerza que produce cada grupo y vincula el detalle al conjunto y repite el tipo en todas sus partes. *C'est cette force que l'esprit doit reproduire en lui même avec tous ses effets; il faut qu'il la sente par contre-coup et par sympathie, qu'elle engendre en lui le groupe entier, qu'elle se déve-*

(1) Idea en Hegel, héroe en Carlyle, causa ó hecho primario en Taine.

(2) *Divina Comedia.*

loppe en lui comme elle s'est développée hors de lui, que la série d'idées intérieures imite la série des choses extérieures, que l'émotion s'ajoute á la conception, que la vision achève l'analyse, que l'esprit devienne créateur comme la nature. Esa visión sintética y comprensiva es el rasgo dominante en Groussac.

En general las pruebas son más útiles á los discutidores que á los estudiosos, según dice Schopenhauer. Por otra parte, no sería yo argentino si no hubiera algo de ligereza é imprevisión en mi trabajo. El lector perspicaz que haya leído á Groussac conoce todos los defectos de este ensayo. — los mismos de mi temperamento, — y excusará que no siga probando. Las cosas mejores y más nobles no se demuestran; su encanto es la media luz, el matiz, lo que apenas asoma y se entrevé en la obra de un pensador. Las verdades evidentes para todo el mundo son odiosas; — nada es tan antipático como una sólida demostración que nos priva del amable placer de la duda; y nada tan saludable como el error confesado: nos da tolerencia y bonhomía; dos cualidades eximias.

No debe olvidarse que un libro y un autor cambian según los lectores. En una cámara mental estrecha y mal alumbrada como la mía, las sombras son incoloras, demasiado fugaces y vanas...

Prefacio
á una revista nueva [1]

Á Luis María Drago.

Tout ce qu'il y a de vrai, de grand et de divin dans la vie est l'œuvre de l'idée. (HEGEL, *Lógica*, traducción de Vera, vol. 1°, pág. 150).

En cuanto el carácter y tendencia de una revista puede depender de la voluntad de su dirección, los *Anales de la Facultad*, además de exteriorizar la enseñanza, reflejarán el movimiento intelectual, político y económico de la República.

Si el propósito se realizara, puede creer el lector que se habría prestado un servicio especial al país. La máxima que los atenienses esculpían en la portada de su templo del divino saber como un

(1) Los ultimos sucesos de Venezuela dan cierta actualidad á este artículo.

sano consejo, es aplicable á las naciones, y las que no se conocen á sí mismas corren el riesgo de morir, en pena de su atolondramiento y de su indiscreción.

Conocerse no es empresa fácil. Además de un trabajo ímprobo, la tarea requiere condiciones de honestidad intelectual, de buen criterio, de disciplina de la mente, que no condicen con nuestro sistema de improvisación científica y política, con nuestros términos femeninos de resolver las cuestiones más graves según los dictados del corazón ó el tono variable del sistema nervioso. Sin embargo, es necesario emprenderla, salir alguna vez de las huellas coloniales, usar de la libertad para el bien, haciendo sériamente las cosas.

Es prudente saber con tiempo que en la orientación que toma el mundo en el siglo xx, no digo el predominio, el elemental derecho á la vida autónoma habrá que ganarlo y merecerlo, inspirando respeto por las sólidas marinas y ejércitos, y por la base de moral é inteligencia, sin lo que todas esas cosas no valen nada. Derramar la sangre en defensa de la patria es el sacrificio vulgar, de un momento, el buen rasgo común á todos los pueblos, pero que no autoriza á equiparar el patriotismo de Honduras con el de los Estados Uni-

dos. Á pesar de su valor, de su resignación, del sublime desprecio de la vida propia y ajena, las naciones inferiores han sido vencidas por otras que no tenían el culto del coraje y apreciaban el derecho de vivir como el mayor y más respetable de los bienes. Es que hay una idea inmanente en las cosas y en los hechos de este mundo, que preside su desarrollo y niega el triunfo á los brutos fuertes, para darlo á la inteligencia que tiene la clara noción de sus fines. De lo contrario, el progreso humano quedaría librado al más caprichoso azar. La Historia es la lucha de estas ideas encarnadas en los diversos países, en su literatura, en el arte y en la industria, y cada nación es un símbolo, la forma material de esa alma oculta. Y su papel en la vida es realizar la idea, llevarla á su estado de conciencia absoluta, por el análisis prolijo, el estudio profundo de su historia y sus tendencias. Los poetas homéricos tenían el presentimiento de estas cosas al hacer presidir por los dioses las batallas de los hombres y que los sentimientos é ideas de los seres divinos iluminaran todos los combates, sugiriendo el significado trascendental. Considerados así los hechos humanos revelan toda la intensidad de vida que contienen, y los menores detalles incorporados al movimiento del Universo se trans-

forman engrandecidos y magnificados por la Inteligencia.

Tal es en síntesis la Historia, desde Roma imperial hasta los Estados Unidos también imperiales. En el momento de apogeo de una civilización aparece la Idea en la conciencia colectiva, con todo el brillo fascinador de la plenitud de su fuerza : la paz Romana, la paz Anglo-Sajona, entendidas de diverso modo porque las culturas son diversas, las diferencias de raza y medio profundas. Pero la tendencia es idéntica, siempre conquistadora, con ese aspecto de fatalidad irresistible de los fenómenos de la naturaleza... La comprensión de estas cosas nos inclinará á esperarlas virilmente, trabajando con seriedad para oponerles otras energías, en vez de discutir sobre el mejor derecho de los demás para hacer su gusto, bajo este cielo cerrado y para siempre misterioso que cubre el Universo.

Esas son algunas de las ideas fundamentales de la metafísica alemana, ideas que han transformado el concepto de la Historia, de la Filosofía y de la Política. Considerar al mundo *como un orden de formas que se llaman las unas y las otras y componen un todo indivisible... demostrar que sólo podían reunirse en un cierto orden de combinaciones, que cualquier otro orden ó combinación encierra alguna con-*

tradicción intima, que esta serie ideal, sola posible, es idéntica á la serie observada, sola real, y que el mundo descubierto por la experiencia encuentra su razón como su imagen en el mundo reproducido por la abstracción (1). Descubrir en ese complicado laberinto de los hechos el hilo director, el resorte oculto que mueve el mecanismo y combina una por una las escenas del drama, sometiendo á su influencia toda la serie de fenómenos, forjando los caracteres y llevándolos á la acción, y mostrar que todo se desarrolla como la consecuencia necesaria de la oculta premisa. En resumen, el venir de las cosas ordenado, comprendida el alma que envuelven los acontecimientos, que los vincula estrechamente con fuerza análoga á la que une las ideas en un razonamiento estricto. Por hipótesis admitamos que no es imposible á la inteligencia humana pensar *a priori* la marcha de este proceso general, que alguno lo ha intentado con éxito, y la frase de Hegel *todo lo racional es real y lo real racional*, habrá perdido sus aspectos paradojales, para convertirse en una idea profunda, en una comprensión prodigiosa del movimiento del Universo.

(1) TAINE, *Les philosophes classiques. Les contemporains (Essai sur Carlyle)*; Véase HEGEL, *Lógica y Filosofía del Espíritu*; VERA. *La Philosophie de Hegel.*

Así, nuestra tarea sería buscar esa cualidad dominante, causa directora del desarrollo de la República, descubrir la idea que va envuelta en todas las manifestaciones sociales, animándolas con su alma intensa. Como base y punto de partida se requiere el análisis de todos nuestros fenómenos, políticos, económicos, morales, de orden público ó privado, en cuanto pueden revelar algo de la misteriosa entidad; la descripción prolija y completa de nuestro país, en sus variados aspectos, hecha con método y seriedad. Con todos estos elementos se hará alguna vez la síntesis por el filósofo de genio, á quien le quepa el honor de traducir en dos ó tres conceptos la esencia de la cultura argentina. Y las nuevas fórmulas deberán llevarse á la conciencia pública por la propaganda del libro, del periódico, de la cátedra, en sentencias claras y precisas, que penetren los espíritus y se incorporen á los motivos subconscientes que dirigen la conducta de los hombres. Generalizada esta evidencia de una misión nacional propuesta como punto de mira, no por la charla de políticos más ó menos fantasistas y vulgares, sino como resultado indiscutible de estudios serios que den á sus afirmaciones todo el prestigio de la exactitud científica, las fuerzas morales del país se duplicarán, y la con-

ciencia de la Idea le comunicará la energía, el aplomo y la seguridad en la acción.

No se forma una nación civilizada con la simple prosperidad agrícola é industrial. Todos esos esfuerzos enormes para llegar á la fortuna, se traducen en el placer de contemplar un buen cuadro, oir la música, leer el libro científico ó literario. Esas son las flores de la cultura y la recompensa que busca el hombre millonario, el secreto móvil de todas sus fatigas. Naturalmente, me refiero á los países que alcanzaron la plenitud del desarrollo moral. En los demás, que empiezan la carrera del progreso, el placer de la fortuna es contemplarla, contar el dinero, las vacas y las ovejas, imaginar desde el escritorio los miles de ganados murmurando sus monólogos entre los ricos pastos, pasear las leguas de campo reflexionando que todo eso, con sus árboles, ríos, lagunas y animales, depende de su voluntad, siempre pasiva. En pueblos como el nuestro, que todavía viven en la superstición, la fortuna, ciega como su estatua, suele repartir sus fuerzas en iglesias y conventos, y de vez en cuando en obras de caridad. Una caridad infeliz, que no piensa un segundo en que sería mejor prevenir la miseria difundiendo la instrucción, dotando buenas escuelas é institutos, que dedicarse exclusiva-

mente al dolor del momento, sin pensar en la degradación futura.

Es el caso de recordar las palabras de Cristo: Hay que perdonarles porque no saben lo que hacen, y su ignorancia sólo es comparable con su vanidad. Nadie se ha preocupado de enseñarles la misión social á cumplir, que ennoblece la vida, ensancha los horizontes y vincula al hombre con el destino de las generaciones futuras. En Inglaterra y Estados Unidos, cada ciudadano tiene bien grabada esa idea en su inteligencia y en su corazón, y piensa que todos sus actos concurren á la grandeza de su país, á la expansión de su cultura, al triunfo de sus principios y de sus ideales. El convencimiento de que es un obrero en la gloriosa tarea común centuplica su energía, su acción es más eficaz, más generosa y amplia, y al confundir sus intereses privados con los de su patria, comunica cierto noble realce á todas sus empresas. Indudablemente alguna ley fundamental de la naturaleza humana exige el fermento de la idea para aumentar la riqueza, obligando al comercio y á la industria á someterse á ese control de la teoría científica desinteresada, que los vigoriza y dignifica. En una hipótesis contraria, el nivel moral habría descendido tanto que sería imposible el imperio de la

civilización. La fortuna para ser respetada y protegida siente la necesidad de rodearse de esa aureola de moral, de cultura y de altruísmo, que si está bien inspirada se traduce en las obras que contribuyen á mejorar los sentimientos y la inteligencia del pueblo. Si los palacios y los parques se levantan entre turbas más ó menos corrompidas é ignorantes, la tentación puede ser demasiado fácil, desde que las camarillas disponen del voto y nadie se ocupa de inculcar á los electores los sentimientos é ideas que hacen á los hombres buenos y honrados, inspirándoles el respeto de los demás, y la voluntad de cultivar el modesto jardín deparado por la suerte, con un ideal dentro del pecho, que dignifica la vida incorporando el trabajo humilde á la obra nacional.

Con el mismo propósito tendrán *Los Anales* una sección bibliográfica. Nada más eficaz como estímulo de la buena producción y valla de la mala, que una crítica justa y severa, para concluir también de una vez con el banal elogio, ya sin importancia á fuerza de uso y abuso.

En general, la producción sociológica y jurídica revela una falta casi absoluta de espíritu de observación. Pocos países viven tan apegados á la fórmula verbal, sea ó no buena, siempre que sue-

ne bien á oídos poco difíciles, debemos reconocerlo. De ahí el prestigio de la oratoria, una facultad inferior, análoga á la del cómico, que se relaciona más con ciertas condiciones físicas de la laringe y los órganos respiratorios, que con el cerebro. Esto no quiere decir que las aptitudes serias y sintéticas de la inteligencia, sean incompatibles con la verbosidad elocuente; pero los discursos que sobreviven al eco de la voz son raros, y se dejan para modelo y encanto de los alumnos de segundo año de retórica, que no tienen malicia.

En las tesis presentadas á las Facultades de Derecho y de Filosofía, es donde más se observan estos defectos. No se nota el deseo de ponerse en contacto con la realidad. Sus autores no sospechan que además de libros y fórmulas hay en el Universo una vida, á veces conforme á la teoría, y siempre más interesante y dramática. Así, el investigador del siglo próximo recorrerá esos folletos creyendo descubrir el alma argentina de una época, sus ideas y sentimientos sobre las cosas contemporáneas; tal vez busque con ingenuidad el espíritu del autor en el amasijo de ideas ajenas, nacidas en Francia ó Alemania, y repetidas tal cual crecieron en su país de origen: páginas secas y áridas, agobiadas por las citas, reveladoras de pro-

digiosas erudiciones, alcanzadas á los veinte años de edad, y en las que no aparece un momento la nota propia y personal. Todo eso se aplaude y por eso seguimos atascados en los mismos malos pasos, sin que se proyecte una luz nueva sobre nuestra vida, con todas nuestras ciencias sociales estacionadas, como las dejen los tres ó cuatro hombres de labor respetable y concienzuda que ilustran nuestra literatura : — Groussac, que con su obra sobre Liniers, nos ha dado un modelo ; Mitre fundador de nuestra República y de nuestra ciencia ; López que ha hecho y escrito páginas magistrales, una síntesis de primer orden de la historia argentina : ellos que conocen las dificultades de comprender una época, encontrar una verdad, describir con exactitud un hecho, deben tener una pobre idea de estas generaciones sin espíritu crítico, que aceptan su palabra como evangelio, ignoran la duda y la saludable inquietud intelectual que nos lleva á indagar y verificar, — no por exceso de reflexión ó por un prematuro conocimiento de la vanidad de las cosas humanas, — sino por pereza, porque buscan los triunfos fáciles de la charla parlamentaria, satisfechos con el aplauso ingenuo, que indudablemente no comprende las ironías de las cosas, Es necesario convencerse de que la intuición pura

en ciencias políticas es como el retrato de familia por aficionado, éxito de aproximación. El conocimiento completo se obtiene por el análisis de los fenómenos, estudiados con prolijidad y con amor. La recompensa de ese trabajo ímprobo suele ser el hallazgo de la idea sintética, que transforma las cosas comunicándoles nueva vida por la inteligencia y por la simpatía, en una cooperación admirable de todas las facultades, en un esfuerzo supremo para alcanzar la verdad y percibir el alma oculta de los hechos.

Así procedieron Renan y Taine, cuya influencia es decisiva en cuanto á las ideas, pero que se deberían imitar en los métodos, tomando como ejemplos la vida, la probidad científica, el trabajo benedictino, más bien que las teorías, el concepto escéptico del uno, el pesimismo del otro, explicables en ellos que eran maestros, ridículo en esos discípulos imberbes que apenas sospechan una idea en todo el sistema de la obra.

Queda explicado en pocas líneas el programa de los *Anales*. Toca á los hombres de estudio hacer su éxito. En este vaivén de las cosas humanas, en la feria de vanidades y mentiras que constituye el espectáculo nacional, el programa ofrecido no es de despreciar. Tal vez el trabajo hecho con amor, con

la confianza de que estudiando se sirve bien á la patria, — algunos afectos que despejan las horas melancólicas con sus frescas alegrías, — nos permiten, siquiera la ilusión, de la permanencia, de la bondad y de la justicia.

La formación de las ideas

Á Luis Güemes.

I

Confundida hasta una época muy reciente con la *Filosofía,* una de sus subdivisiones, englobada bajo ese nombre en los planes de estudios y manuales escolares, la psicología había adquirido, sin embargo, en los últimos años su independencia, y es actualmente un estudio especial, con su método y objeto propios, su lugar señalado en la clasificación general de las ciencias, y mantiene con la filosofía las mismas vinculaciones que la química, la física, las demás ramas organizadas del saber. El fundador del positivismo, A. Comte, la excluía de su sistema de ciencias; colocábala como simple rama de la biología, un modesto capítulo de las funcio-

nes fisiológicas de los órganos del cuerpo; desdeñaba su método de observación interna, la exactitud de los datos de percepción íntima, de ese conjunto de fenómenos que se llaman conciencia; recomendaba el método frenológico. Fué uno de sus más graves errores; el mismo Littré, su entusiasta discípulo, lo refutó y la mayoría de los pensadores contemporáneos convienen en una ciencia mental ó Psicología, que tiene algo de la clásica, pero agrega otros métodos de investigación, un tema más amplio; una ciencia que en rigor podría llamarse nueva y que comprende la universalidad de los hechos llamados psicológicos, y que se observan en el hombre y en las distintas especies de seres organizados. El psicólogo de ahora treinta años limitaba el estudio á la observación de su propia persona y la del contemporáneo civilizado y culto, con sus mismas tendencias y aficiones, espíritu formado en idéntico medio social y en el que naturalmente debía encontrar extraordinarias analogías; pero olvidaba el hombre antiguo, el griego, el romano, el señor feudal, el religioso que recorría la Europa salvaje cumpliendo su misión providencial, el hombre de los tiempos modernos, el fanático de las guerras religiosas, el artista del Renacimiento, el jacobino de la Revolución; y apartándonos de nues-

tra raza, el semita, el africano, toda la rica serie de ejemplares humanos que han dejado suficientes documentos para que el psicólogo pueda penetrar sus almas, ver cómo pensaban y sentían, qué móviles predominaban en sus acciones, cuáles eran sus simpatías y antipatías, sus gustos, su manera de ser íntima. Los demás tipos inferiores de humanidad ofrecen un campo de estudio vastísimo, y si se agregan las innumerables especies de seres que sienten y también tienen sus fenómenos psicológicos distintos, pero análogos á los más superiores, la materia de esta ciencia se ensancha prodigiosamente. No hay un sólo indicio de placer y de dolor, el más modesto é imperceptible de los actos psíquicos, que no caiga bajo su imperio. Así la cantidad de hechos que debe clasificar metódicamente es extraordinaria; trabajo preparatorio imprescindible para observar las leyes que los rigen en su desenvolvimiento. Y estos hechos que se perciben primero por la atención interna, se miden y valoran en lo posible con instrumentos de maravillosa precisión en los laboratorios, graduándose la rapidez del pensamiento, la intensidad de la sensación, el esfuerzo mental á que puede llegar el espíritu. Se someten al control de la experimentación en los animales y en el hombre enfermo ó des-

equilibrado, en el sujeto de los fenómenos de hipnotismo y sugestión mental; se sigue la evolución de la sensibilidad y la inteligencia en toda la naturaleza, desde los seres más ínfimos hasta los más elevados. De ese total extraordinario de hechos tal vez surja algún día establecida con la evidencia necesaria la ley de la inteligencia (1).

La *psicología* ó ciencia mental es el estudio de todos los fenómenos llamados psicológicos, las impresiones que causa el mundo exterior, los hechos de la inteligencia, los deseos, los placeres y dolores en sus distintas formas y manifestaciones. Los toma desde su aparición, los sigue en su desarrollo, en sus combinaciones y en sus resultados finales. Sobre su naturaleza intrínseca, sobre su verdadera esencia, la psicología, como las demás ciencias en estas cuestiones metafísicas, nada puede decir. Se limita á observar los hechos, tal cual se les percibe, contentándose modestamente en seguirlos paso á paso en sus maravillosas evoluciones. Notará como inexplicables ciertas aspiraciones profundas del alma humana, que se traducen en nobles deseos, tendencias á lo mejor, lo bueno, lo bello

(1) Ribot, *Psicología inglesa*; Taine, *L'Intelligence*, prefacio.

en sus formas más puras y delicadas! Sencillas y encantadoras aspiraciones : respetémoslas como venidas del cielo; son el consuelo de la vida, su atracción y su prestigio, lo único digno de saborearse!

Entendida esta ciencia tal como lo hemos expuesto, exige ciertas subdivisiones, cuestión de método para facilitar la tarea. Habrá una psicología histórica que estudie los hombres del pasado, los fenómenos mentales tan curiosos de las muchedumbres (1); una especial ó ciencia del carácter que aplique á los casos concretos las leyes generales. Cierta crítica literaria contemporánea nos da preciosos ejemplos de la extensión de la psicología : se analiza la manera de sentir del artista, se estudian sus preferencias, su sensibilidad para los colores, las formas, las emociones, todo lo que se revela en las delicadezas ó brusquedades de estilo, en el tino para elegir su vocabulario, en sus imágenes, sus comparaciones, su retórica propia. Si se trata de un pintor se buscan estos datos en las particularidades de su visión, en el sentimiento más ó menos intenso que pone en sus obras, en el aspecto especial que reviste el mundo exterior al

(1) Sighele, *La foule criminelle ;* Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas.*

través de su alma. Con esta base de estudio se deducen las razones explicativas del libro, cuadro, ópera, la clase de inteligencia, las fuerzas que lo han llevado á escribir de cierta manera, concebir la vida bajo una faz distinta, crear la obra literaria ó artística que nos impresiona como la revelación de un temperamento interesante, de una sensibilidad rica y original. Así (1) estudia la crítica contemporánea á Gœthe, Napoleón, Spinosa, Schopenhauer, Mozart, etc., y nos explica, partiendo del análisis de las sensaciones, la evolución de la obra maestra en el cerebro del genio creador; cómo se formó su inteligencia, la acción del medio físico, de la sociedad, los maestros, el conjunto de hechos morales y materiales que contribuyeron á un determinado desarrollo mental.

Comenzaremos el estudio por las *sensaciones*, el elemento primo, la base irreductible de la que se deduce todo el mecanismo de la inteligencia: las imágenes, las ideas y los *signos*, los sustitutos admirables de todo ese proceso interno que comienza en el hecho primordial, la simple sensación, sigue la imágen que la reemplaza, y el *signo*, una palabra,

(1) Bourget, *Ensayos y Nuevos ensayos contemporáneos*, especialmente el estudio sobre Taine.

á veces un gesto, que comprende todos estos elementos, los representa y los sugiere. Del análisis de las primeras manifestaciones de la actividad expontánea, del instinto, veremos cómo aparece y se desarrolla lentamente la voluntad; y terminaremos con el estudio sintético de la persona humana, el maravilloso producto de esta innumerable serie de fenómenos psicológicos.

II

Para comprender bien las sensaciones y apreciarlas en su maravillosa evolución, es necesario observarlas en los primeros días de la vida. El sentido que en el hombre adulto funciona con tan admirable precisión y exactitud, está en sus primeros ensayos, en aprendizaje, familiarizándose con el mundo exterior; ejercita con dificultad los órganos, es el balbuceo encantador de toda la sensibilidad. La vista, por ejemplo, requiere un trabajo educativo extraordinario (1). La primera sensación del niño es de claridad y obscuridad; los colores, las formas, la distancia, el espacio, los objetos tal

(1) PRAYER, *L'âme de l'enfant.*

cual nosotros los vemos, uniendo en una sola y rápida percepción sensaciones del tacto y movimiento, asociadas con otras experiencias de nuestra vida, son el resultado de la educación propia del organismo. Su primer acto mental es la distinción de luz y la emoción agradable que la acompaña: busca la luz moderada, suave, con su mirada vaga, indefinida, que no tiene aún el poder de dirigirse, fijar los objetos, seguirlos en sus movimientos. Lentamente comienza á distinguir los colores muy vivos y marcados, el rosa, rojo, amarillo, los tintes claros y alegres. Después aprende á coordinar los movimientos de ambos ojos, del globo ocular y los párpados, que se habitúan á seguir la dirección de la mirada. Como los ciegos operados, en sus primeras semanas sólo recibe impresiones de luz, los objetos son manchas claras ú obscuras; adquiere la noción de distancia con los movimientos de sus brazos, una infinita serie de bulliciosos ensayos, equivoca sus cálculos á cada instante, busca en el espacio, agitando la mano, la posición del objeto, y cuando consigue tomarlo comienza sus experiencias de tacto, sus ojos se animan, la inteligencia entra en acción, nota la dureza, la forma, la recorre en todos sentidos, lo palpa, lo muerde, todo con esa atención, esa espontaneidad deliciosa

de la infancia. Lentamente van despertando los otros sentidos. El recién nacido es sordo; por educación aprende á distinguir los sonidos, primero los más fuertes, después los débiles; recién á los tres ó cuatro meses puede seguir con la cabeza la dirección del ruido. Finalmente tiene sus sensaciones orgánicas, el placer de comer, la claridad; sobre todo sentirse desnudo, mover sus brazos y piernas, ejercitar libremente sus músculos (1).

La localización (2) de las sensaciones es otro curioso resultado de la experiencia y educación intelectual. Originariamente en la sensación visual, por ejemplo, el objeto mirado se sitúa sobre los párpados : así les sucede á los ciegos operados (3); la de contacto es vaga, indefinida, como generalmente son los dolores internos. Por el conocimiento que con la vista y tacto adquirimos de nuestro cuerpo, la impresión recibida se asocia inmediatamente con la imagen de la parte afectada y la sensación se sitúa donde está su causa ocasional. Sólo por el detenido análisis psicológico se ha lle-

(1) Prayer, *L'ame de l'enfant.*

(2) Ball, *Maladies mentales.*

(3) *Ibidem.*

gado á descubrir esta ilusión de nuestro mecanismo mental. En rigor la sensación actúa exclusivamente en los centros nervíosos, es allí donde nace y se desarrolla la *imagen*; si se extirpan ó enferman, la sensación no se produce aunque el nervio esté intacto y el cuerpo exterior lo afecte con energía. Bajo la acción de ciertas substancias como la belladona ó atropina, por-ejemplo, la percepción se modifica, la luz y dimensiones son distintas. El opio y el alcohol producen esas sensaciones que llamaríamos espontáneas, íntimas, que no responden al cuadro de vida externa, trastornan el orden normal de los sentimientos é ideas. El maniático oye voces extrañas que lo llaman, lo insultan y persiguen, percibe seres imaginarios que lo maltratan, transforma caprichosamente las cosas, el arbol es un fantasma, « las ropas colgadas de un balcón, cadáveres de ahorcados ». Muchas veces se trata de personas que se dan perfecta cuenta de que el fantasma que ven, la voz que oyen son simples efectos de la excitación cerebral : el librero Micolay, por ejemplo, veía llenarse su habitación de fisonomías conocidas ; una aplicación de sanguijuelas, concluyó con los fantasmas (1). Las ilusiones de los

(1) TAINE, *L'intelligence.*

amputados son una prueba completa (1). Persisten y conservan su intensidad toda la vida, los enfermos se quejan de fuertes dolores en la parte amputada, « continúa la serie de sensaciones orgánicas antiguas, como si la pierna ó brazo amputados vivieran, y el enfermo tiene que mirarse para salir de la ilusión ». Los tratados de enfermedades mentales abundan en estos ejemplos de errores de la sensibilidad; todos los sentidos, sanos ó enfermos presentan fenómenos de esta clase. Newton veía la imagen del espectro solar horas después de observarlo; y todos recordamos en nuestra experiencia personal hechos análogos, pequeñas ilusiones que fácilmente se rectifican, sueños llenos de imágenes, fantasmas, escenas pasadas que se producen, simples fantasías, combinaciones extrañas de nuestra mente excitada por una impresión intensa, un exceso en la comida, la digestión lenta y laboriosa. Los infelices huéspedes de los asilos sienten olores y sabores extraños; á veces viven en una atmósfera repugnante, perciben gustos nauseabundos, á veces el enfermo cree respirar un aire celestial, perfumes de incienso; oye voces de angélica armonía que murmuran en su oído; ve

(1) Taine, cit.; Ball, cit.

adorables imágenes ú horribles monstruos; siente golpes, pinchazos en la piel, una mano fría y pesada que le oprime la espalda (1). La historia de los místicos é iluminados, las leyendas de los endemoniados, los cuentos de brujerías y exorcismos de la Edad Media, son simples fenómenos de alucinación, conmoción de los centros nerviosos sin causa externa correspondiente. En ciertos temperamentos de una sensibilidad delicada é imaginación fácil y rica, en las naturalezas de artistas, basta *querer* para sentir una emoción cualquiera, reproducir mentalmente una escena. El trabajo de crear una obra de arte, lo que se llama por la crítica fiebre de producción, es la excitación nerviosa que permite experimentar en *imagen* la pasión que se describe, apropiarse por un instante el personaje que se intenta reproducir, su carácter, su alma, sus sentimientos y pasiones. La historia de casi todas las obras maestras de la literatura y arte es una pasión sentida, un drama de la vida del autor, transformado, idealizado. Gœthe decía que escribir bien era sentir bien, génesis de todas sus obras es un incidente interesante de su vida; se consolaba de sus amores, escribiéndolos, y apro-

(1) Ball, cit.

vechaba todas sus emociones, los dramas y comedias en que se vió envuelto, para formar sus obras literarias. Y los que no tienen tan rica experiencia personal, la suplen por su facultad de *imaginar* los sentimientos ajenos, el poder de simpatía que les permite penetrar otras almas, identificarse con sus personajes. Estos ejemplos y consideraciones podrían aumentarse recorriendo las biografías y memorias literarias, los tratados sobre ilusiones y alucinaciones, el hipnotismo, sugestión, etc. En resumen, la innumerable serie de fenómenos psicológicos, las sensaciones y emociones, la percepción del mundo exterior son estados de conciencia, el resultado de nuestra organización íntima, el producto propio de nuestro sér. Si la retina ó la piel están irritadas, la sensación se transforma; un sistema nervioso enfermo ó sano, un organismo debilitado ó robusto responden de distinta manera á las excitaciones externas. La sensación es un fenómeno que se produce en los centros nerviosos (1): ordinariamente corresponde á un objeto ó cualidad exterior que afecta la extremidad del nervio; pero no es condición necesaria,

(1) Véase el admirable análisis de las sensaciones en *L'Intelligence* de TAINE, vol. 1.

puede producirse por la exclusiva conmoción de los centros nerviosos. Físicamente es además un compuesto, el resultado de infinitas vibraciones de aire en la visión y oído, de combinaciones químicas, es decir, movimientos moleculares en el gusto y olfato. Aislados, son más ó menos imperceptibles, todo depende de la estructura favorable del sentido especial, del gusto por las cualidades que representan. Un compositor notará diferencia de armonías delicadísimas, un pintor las más ténues inflexiones de luz, la influencia recíproca de los colores y el medio ambiente, según las respectivas sensibilidades, la educación especial del oído ó la vista, y la influencia de la *naturaleza* en que vive. El artista meridional prefiere los colores vivos y marcados, un reflejo de su cielo nítido y puro, los tonos muy brillantes, su música es ruidosa y chillona. El norte produjo la balada melancólica, el arte serio y expresivo, la observación íntima y profunda del alma humana, el hombre se vuelve concentrado, considera la vida en su faz grave y solemne; es menos colorista, pero en cambio se detiene y penetra la parte moral del asunto, el juego interno de las pasiones, la melancolía de un paisaje, el alma de las cosas. Por otra parte, la naturaleza imprime al sentido el des-

arrollo conveniente, adecuado á sus exigencias : el indio y el gaucho oyen á largas distancias; su visión, habituada á recorrer siempre vastísimos horizontes, es más amplia que la nuestra. Y la profesión, el oficio ó arte de cada uno, contribuye á perfeccionarla; el tacto adquiere delicadezas finísimas, suple perfectamente á la vista en los ciegos; y el oído, gusto y olfato, se habitúan á distinguir diferencias muy ténuas, á notar similidades extraordinarias (1).

La primer clasificación mental, el más sencillo de nuestros conocimientos, es la distinción entre placer y pena, impresión agradable y desagradable; antes de instruírnos la sensación nos afecta, se traduce en un estado emotivo, nos atrae ó repugna. Los filósofos, moralistas y literatos han escrito largas disertaciones sobre el placer y el dolor; la ciencia contemporánea ha analizado uno por uno todos nuestros actos é impresiones en busca de alguna cualidad común que explique ambos sentimientos; como resultado final se sabe que ciertos fenómenos van acompañados de emociones agradables, en oposición á otras desagradables; que los hombres y todos los seres animados, buscan

(1) Bain, *Sens et Intelligence.*

las primeras y huyen de las segundas; que en general son convenientes para la vida, otras la deprimen. Sucesivamente los pensadores han emitido sus hipótesis. Bain dice que el placer corresponde á un aumento de vitalidad. Spencer distingue los dolores de inacción y exceso de acción, coloca el placer en el justo término medio, la acción moderada; para él el dolor es lo único real, el placer consiste en su ausencia, y por último, los que consideran igualmente positivas é independiente esas dos fases del sentimiento. Hay una tercera, la indiferencia, el perfecto equilibrio mental; hacerlo permanente era el ideal de felicidad de Epicureo, alcanzar la perfecta calma, conservarse tranquilo y sereno en medio de la lucha de pasiones; considerar las cosas humanas en la suprema filosofía del Eclesiaste. Nacemos en Arcadia, ha dicho Schiller; la vida se encarga de refutar el error; la felicidad como la salud perfecta es un estado ocasional.

Sucesivamente los mismos sentimientos pasan por estas distintas fases. El placer repetido es monótono, indiferente; la saciedad es casi una mortificación; el dolor contínuo debilita el organismo, la reacción sensible disminuye junto con las fuerzas vitales. La naturaleza del sentimiento, su intensidad, carácter, son cosas eminentemente relativas,

dependen de las personas, el sexo, la educación, el medio social y físico, el estado general del organismo. El sentido orgánico tiene gran influencia en nuestros sentimientos, es la percepción íntima por la vida que actúa en nuestro sér, la conciencia vaga é indefinida de nuestro estado físico, el « sordo murmullo interior », según la frase de Tarde, las alegrías de la salud, el sentimiento de la fuerza muscular, de la energía de carácter, vigor intelectual, y vice-versa, el abatimiento, la tristeza de la debilidad, de la impotencia física y moral, el cansancio de la enfermedad. Es el tema de los moralistas psicólogos, los estados de alma ó resultado de todas esas impresiones internas que forman la personalidad.

La sensación tiene su faz intelectual; es el material con que formamos las *ideas*. Bajo este punto de vista los sentidos más importantes son la vista, el tacto y el movimiento; asociados nos dan la idea de tiempo, espacio, resistencia, solidez, dimensión, tiempo. El génesis de estas concepciones fundamentales de nuestra mente es muy curioso; son el resultado de la experiencia, de una lenta educación propia, inconsciente, que comienza en el primer día de la vida. El movimiento del brazo en el vacío nos da una sensación de espacio vaga é indefi-

nida; *pero supongamos que la mano se mueva entre dos obstáculos fijos, los dos lados de una caja. El contacto de un lado de la caja se siente como sensación de tacto, como presión y resistencia; la cesación brusca de ese estado es el signo que llama la atención, el espíritu se interesa por el movimiento que sigue. Un momento después se toca el otro lado y el expíritu observa esta cesasión de movimiento. Esta experiencia pone en evidencia la antítesis de la materia que resiste y del movimiento que no encuentra resistencia, es decir, algo más que el contraste entre la amplitud del movimiento y su reposo completo, único dato que nos da el movimiento in vacuo.*

Cuando pasamos la mano sobre una superficie tocándola al mismo tiempo, la sensación de la continuación del movimiento se acompaña de la sensación de la impresión tactil continuada; esta experiencia nos sugiere la extensión.

Nuestros movimientos, por sus sensaciones, nos permiten distinguir el tiempo del espacio, la coexistente de lo sucesivo. Cuando tomamos con la mano un cuerpo que se mueve y nos movemos con él, tenemos una sensación de contacto y de presión que no cambia y unida con la de movimiento. Es la primera experiencia. Cuando movemos la mano sobre una superficie fija, tenemos junto con la sensación de movimiento una suceción

de sensaciones de tacto; si la superficie es variable, las sensaciones cambian constantemente, reconocemos una serie de impresiones táctiles. Esta segunda experiencia difiere de la primera, no por la conciencia de la fuerza empleada, sino por las sensaciones que la acompañan; la diferencia es capital. En un caso tenemos un objeto que se mueve y que mide el tiempo *ó la continuación; en el otro tenemos la coexistencia en el espacio.*

Al pasar la mano sobre una superficie, por ejemplo, un hilo de doce pulgadas, tenemos una impresión de la cualidad de la superficie y de su largo. Pasando la mano sobre otro hilo de treinta y seis pulgadas de largo, el mayor movimiento necesario para llegar á su extremidad nos da la medida del aumento de extensión. Ejercitando el brazo sobre este último hilo, adquirimos la impresión fija del movimiento necesario para una yarda, de modo que podemos juzgar después si una extensión es igual ó distinta de esa medida. Todas las veces que una cosa nos recuerda la yarda, el elemento de memoria es una impresión del brazo, como el elemento del recuerdo del color verde es una impresión visual.

Si pasamos del largo *á una superficie de dos dimensiones, por ejemplo, un cuadro de vidrio, notaremos mayor complejidad de los movimientos é impresio-*

nes correspondientes. El movimiento en una dirección nos da el largo; haciendo un movimiento en cruz sobre el primero, ponemos en juego otros músculos y tenemos una impresión de movimiento de una parte diferente del sistema motor. Obtendremos la impresión de un ángulo recto. La impresión completa del cuadro de vidrio sería el resultado de movimientos sobre todo su largo, sobre sus bordes y atravesados, que sugieren la posibilidad de encontrar por todas partes contacto en ciertos límites de largo y ancho.

La distancia implica dos puntos fijos que el tacto puede constatar. Su medida es la amplitud del movimiento del brazo, mano ó cuerpo de un punto á otro. La dirección implica un punto fijo al que nos referimos; un movimiento dado debe fijar una dirección tipo. y un movimiento que vaya ó vuelva de ese punto determinará los demás. Nuestro cuerpo es el punto de partida más natural de que nos servimos para determinar la dirección, la izquierda, la derecha, etc. Para la dirección de arriba y abajo tenemos una indicación más expresiva, la gravedad. Cuando llevamos un peso somos atraidos hacia el suelo; si no sostenemos nuestros brazos por un esfuerzo voluntario, caen; así no tardamos en reconocer estos movimientos y distinguirlos de los demás.

La situación ó posición relativa se conoce por la

dirección y la distancia. La idea de posición implica tres puntos; dos puntos bastan para dar la extensión. Los movimientos repetidos muchas veces en orden directo é inverso, comunican la idea de la coexistencia permanente en la posición relativa, un conocimiento experimental de la extensión.

La forma está determinada por la posición. Resulta del curso de los movimientos sobre el contorno del cuerpo material. Adquirimos así un movimiento que corresponde á una línea recta, curva, etc. (1).

Se resume este prolijo análisis en que la idea de cuerpo, es decir, solidez, forma, dimensión, son el resultado de experiencias del movimiento y tacto; que el tiempo y el espacio son otra serie de experiencias táctiles y de movimiento. Pero hay más, la vista ayuda eficazmente en estas percepciones por las funciones propias de los músculos del ojo y los movimientos de acomodación, variables según las distancias; el oído que gradúa por la clase de sonido su intensidad, su vibración especial, el lugar y distancia de donde proceden; el olfato, menos fino y preciso, pero que también nos da indicios aproximados sobre distancia y dirección. Todas estas impresiones combinadas y asociadas, según

(1) Bain, *Les sens et l'intelligence.*

los distintos casos, forman, por un procedimiento mental que oportunamente veremos, nuestras ideas abstractas de tiempo, espacio, etc.

Por analogía aplicamos los sentimientos propios de unos sentidos á otros y así precisamos más nuestros conocimientos. El atributo *fresco*, simple sensación de tacto, lo extendemos á los colores, á las emociones, á los olores; *delicado, suave*, impresiones también táctiles, las atribuímos á las cosas más inmateriales, á los afectos del alma, á las pasiones... Más adelante, al ocuparnos de la asociación de ideas, estudiaremos la ley de estos admirables procedimientos de la inteligencia humana.

III

Recibida en los centros nerviosos del encéfalo la sensación persiste en forma de imagen, es decir, su reproducción atenuada, incolora, más ó menos vaga, según los temperamentos, algo que nos recuerda la impresión original, su equivalente, y en los casos de ilusión y alucinación es tan idéntica, que produce los mismos efectos de terror, sorpresa ó alegría. Generalmente, el espíritu no evoca toda

la sensación sino una parte, la que más impresionó, un rasgo de fisonomía, un color de cielo, un detalle cualquiera que substituye en el razonamiento la sensación ó serie de impresiones pasadas. Esa imagen se clasifica en el cerebro por la acción consciente ó inconsciente de la inteligencia; se coloca en el grupo que le corresponde, entre sus similares, se asocia con las demás, de tal manera que bastará el acto mental que excite á una para que renazca toda la serie.

Indudablemente todas las sensaciones no tienen iguales probabilidades de revivir. Muchísimas, la mayor parte, permanecerán toda la vida en estado latente, salvo algún acontecimiento extraordinario que excite todo nuestro pasado. Depende, en primer lugar, del vigor de la sensación original, su repetición suficiente para que se grabe en el espíritu; el estado general del organismo, la atención especial que le prestamos, el placer ó dolor que nos causaron, son elementos que influyen decididamente en sus reviviscencias : hay una condición más, la importancia que tenga en el desarrollo de nuestra vida, en la historia personal; recordaremos detalles insignificantes por su relación con otros de más importancia que reviven en nuestra memoria.

La primer ley de la *memoria*, una de las fases de

la inteligencia, es la de *contigüidad* que expresa Bain : « *las acciones, sensaciones, que se presentan conjunta ó sucesivamente, tienden á unirse unas con otras, de tal manera, que cuando se excite una, el espíritu evocará las otras* ».

La simple percepción de un objeto cualquiera, una copa, un libro, una mesa, pone de manifiesto la acción de esta ley.

La sensación de un libro es un conjunto de impresiones tan estrechamente unidas entre sí, que nos da la ilusión de un acto simple, una sola percepción; analizada es un resultado, la asociación instantánea é inconsciente de experiencias anteriores de tacto y locomoción y la impresión visual de color y forma que las evoca; la distancia á que está situado, su dureza y dimensión, son datos adquiridos por el tacto y movimiento. En una persona ilustrada esa impresión, por decirlo así material, se ensancha, el volumen le recuerda su contenido, una serie de ideas y escenas, las emociones que causó su primer lectura, las épocas de la vida á que está vinculado. Todos los que han hecho vida intelectual tienen algún libro viejo y manoseado, lleno de anotaciones y marcas, libro querido que se repasa de tiempo en tiempo para refrescar los recuerdos de la vida pasada; tuvo una gran influencia en

nuestro desarrollo intelectual, nos abrió horizontes nuevos, nos dió estímulo y fuerzas para el trabajo, ó está ligado á una serie de emociones, de escenas tiernas de nuestra juventud. La estrofa acariciaba entonces tanto nuestro oído, la página del moralista nos revelaba un mundo desconocido, generalmente triste, de lucha y sufrimiento, nos atraía por el contraste con la vida alegre, despreocupada, serena y feliz de la juventud. Es por contigüidad, por haber sido recibidas conjuntamente que el libro las evoca.

Todas las sensaciones pueden asociarse por esta ley de contigüidad, ya sean idénticas ó provengan de los distintos sentidos. Se unen también con las personas, los lugares, las palabras, los movimientos y los gestos. Ciertas frases históricas, « la Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber » de Nelson, « He representado bien mi rol » de Augusto, etc., etc., nos sugieren una serie de imágenes y sensaciones, interesantes épocas pasadas, los libros en que las estudiamos, los cuadros y oleografías en que se reproducen, según las diversas tendencias. Una sonrisa está unida á sentimientos simpáticos y benévolos; viceversa un gesto duro y grosero. Tal persona nos recuerda el lugar en que la hemos visto, la casa en que vive; una emo-

ción nos sugiere el paraje en que la experimentamos, un color del cielo, el paisaje en que anteriormente lo vimos, el cuadro en que se reproduce, y sucesivamente, según la instrucción de cada uno, la escuela á que pertenece, las otras obras análogas... Lo que en crítica se llama *alma, expresión* de las cosas materiales, es la unión de un objeto, un paisaje, con ciertas emociones y estados de alma. Alison, en su doctrina sobre lo bello, nota que las impresiones de sublime, suave, delicado, resultan de la asociación de ciertos sonidos ó aspectos de la naturaleza con determinadas ideas; el rugido del león es sublime porque lo unimos á ideas de fuerza, ferocidad, valor; un paisaje tranquilo, un crepúsculo en el campo, el *Angelus* de Millet, nos sugiere ideas místicas, suaves, una agradable melancolía. El hombre artista transforma con su emoción todo lo que ve. Por eso, según los distintos temperamentos, las emociones que el artista asocia en su observación serán los determinados caracteres de la obra de arte. Para el mediocre la naturaleza es siempre igual : nada le sugiere, salvo sus fines utilitarios. Una educación sólida y bien dirigida, la buena cultura literaria, nos permite ensanchar el mundo exterior, asociando en su percepción las emociones del alma que lo transforman é idealizan.

Por esa misma ley nos es fácil adquirir la serie de movimientos que exige un arte mecánico, tocar el piano, por ejemplo, seguir un wals, recordar una melodía. Por la repetición, los distintos movimientos se graban de tal manera, que iniciado el primero de la série, siguen los demás inconscientemente. Las primeras notas de un aire conocido nos sugieren toda la melodía; y con la misma facilidad que ejecutamos el acto una vez aprendido, lo repetimos mentalmente en imagen.

Por *contigüidad* se fijan en la memoria los fenómenos que se desarrollan *sucesivamente*, el día y la noche, las épocas de la vida, la evolución de una planta, el argumento de una novela ó drama, los distintos períodos históricos; un acontecimiento sugiere al que lo sigue y antecede : son procesos psicológicos involuntarios é inconscientes ; las imágenes atraen por una propiedad misteriosa que las gobierna, se unen ó separan según su naturaleza y las condiciones especiales en que se recibieron.

Junto con esta ley de *contigüidad* actúa otra fuerza mental, la *similaridad*. Bain la define, « las acciones, sensaciones, pensamientos, emociones *presentes* tienden á recordar las impresiones ó estados de espíritu semejantes ». Es una tendencia constante de la inteligencia, juntar las semejanzas, clasificar-

las aparte, en una acción especial, buscando los caracteres más comunes y generales de las cosas. La operación suele ser muy difícil, se necesitaba genio para asimilar la fuerza del vapor á las demás conocidas y aplicarla; para encontrar analogía entre la caída de un cuerpo y el movimiento de los astros. La concepción moderna del estado como un organismo comparable al cuerpo humano; el principio de la evolución tomado de la historia natural y tan exactamente aplicado á todos los fenómenos morales, económicos y sociales; el descubrimiento de Gœthe sobre el desarrollo de las plantas, el de Franklin sobre los fenómenos atmosféricos y los que produce la máquina eléctrica, son grandes esfuerzos de similaridad (1). Las comparaciones literarias son otro efecto de la misma ley; el poeta descubre similaridades extrañas, delicadísimas; allí donde el espíritu vulgar ve lo que todo el mundo, él encuentra parecidos finísimos, emociones nuevas y originales que asocia por la penetrante visión de su talento; el crítico, en las analogías del espíritu que estudia, las cualidades de estilo que lo colocan en determinada escuela, las influencias que han actuado, es decir, las semejanzas de pensamiento y

(1) Citado por Bain, *Sens et Intelligence.*

forma con otros autores, y si se trata de una rara originalidad, las fuentes naturales donde estudió sus efectos, que le dieron las condiciones peculiares de su temperamento; el novelista que analiza las pasiones difíciles y complicadas, se limita á notar sus semejanzas con otras más sencillas, á observar los distintos elementos conocidos que las componen, describirlos con la frase apropiada que enseña ó sugestiona hábilmente todas sus semejanzas; el historiador estudia todos los acontecimientos buscando sus cualidades comunes, el vínculo moral que los une con su pasado y porvenir, y así explica las llamadas leyes de la historia; con ese método, la complicada série de hechos que componen la historia de un país, se ordena y simplifica y nos ayuda á comprender las diversas faces de su evolución.

Analizando la asociación de ideas, los psicólogos han establecido otras subdivisiones, que en definitiva están comprendidas en las dos leyes ya explicadas. Distinguen las *complejas,* un grupo de sensaciones que contribuyen al recuerdo de otra; por *contraste,* el blanco sugiere lo negro, la felicidad la desgracia, la vida, la muerte,

IV

La fuerza psíquica ó mental transforma la sensación en *imagen*, la imagen en *idea*, la idea en *signo*. El procedimiento es sumamente curioso; otro largo aprendizaje que comienza en la primer edad y continúa toda la vida. Los psicólogos (1) notan que la primera faz de la inteligencia que se desarrolla es la memoria, la reproducción de las sensaciones en virtud de las leyes ya explicadas, y sucesivamente por su orden las de sabor, olor, vista y oído. Y en efecto, la operación intelectual más sencilla como la más compleja es una percepción de diferencia ó semejanza : una comparación que requiere la presencia de las dos imágenes que se juzgan. El niño tiene una marcada tendencia á generalizar (2), por decirlo así, sus percepciones; es una tarea que lo ocupa constantemente. Designará con el mismo gesto ó palabra el *azúcar* y las otras cosas dulces ó agradables que prueba; elige la misma voz para designar objetos distintos, que

(1) Prayer, *L'âme de l'enfant.*

(2) Taine, cit.

tienen una cualidad común de forma, olor, sabor ó impresión. Son sus grandes descubrimientos, pequeños hallazgos que lo encantan; la lenta formación de las *ideas*, descubrir por la experiencia las cualidades comunes de una especie, género ó raza, el detalle ó atributo observado en todos los individuos y que en el espíritu los reemplaza y substituye. El hombre adulto perfecciona este procedimiento, lo mejora con todos sus conocimientos anteriores; no busca las similaridades externas y superficiales, sino otras más profundas; analiza la estructura íntima de un organismo, somete las substancias á las complicadas experiencias químicas, busca la cualidad común fundamental, el rasgo que da su carácter al organismo... y el resíduo intelectual es una *idea*, una *abstracción*, algo que no corresponde á determinada realidad, sino á todas las conocidas de la misma especie, que por lo tanto no existe en el mundo exterior, sólo vive en nuestra mente, es el producto de su trabajo de simplificación, reconocer similaridades y diferencias, agruparlas en una misma clase, con su *nombre*, su *signo* especial, que las representa ó substituye, como « en aritmética los números suplen en el razonamiento las cosas que se suman y multiplican, y en álgebra se substituyen estos números por le-

tras (1) ». Y las sustituye porque una continua y repetida experiencia nos ha habituado á unir el objeto con la palabra de tal manera que se identifican, adquieren las mismas propiedades y nos es imposible separarlas.

Un psicólogo (2) tuvo la curiosidad de preguntar á hombres distinguidos ¿qué evocaba en ellos una palabra general? La mayoría contestó que *nada*, otros, que un determinado fenómeno perteneciente á la serie respectiva y otros la imagen visual ó auditiva de la palabra. Es el caso más común; *libertad, causa, círculo*, son simples nombres, sólo evocan la imagen de un conjunto de letras escritas, ó de un sonido; al usarlas subentendemos su significado, tenemos conciencia de que si las analizáramos, surgiría una serie de imágenes, nociones históricas, principios de ciencia social, de metafísica y matemáticas; para la generalidad serán probablemente simples sonidos; su comprensión requiere cierta instrucción que, feliz ó desgraciadamente, no está al alcance de todo el mundo. Ciertos nombres menos difíciles, *blanco, hombre*,

(1) Véase *Revue des Deux Mondes*, 893, artículo de A. Binet.

(2) Ibidem.

libro, sugieren un determinado objeto *blanco,* una superficie, una mancha, con su forma y su límite en el espacio, ó un tipo ideal creado por la imaginación con todas las experiencias sobre su especie, al que atribuye las distintas cualidades observadas en otros individuos.

Por otra parte, el análisis etimológico de los nombres demuestra, en conformidad con la teoría expuesta, que sólo significan una cualidad del objeto nombrado, que en nuestra mente lo sustituye. En sanscrito *caballo* se expresa con la idea de *rapidez, sol* es lo *muy brillante* (1). Y si analizamos nuestras ideas sobre una serie de objetos, sólo encontramos esa cualidad común observada en repetidas experiencias; bien un perfume, una forma, un color, una emoción. Nuestra *idea* de un escritor, por ejemplo, se reduce á un pensamiento, una impresión, que resume el carácter de su obra. Indudablemente la naturaleza y extensión de cada idea depende de la persona que la adquiere: la palabra es el punto de unión, el vínculo que une y recuerda todas nuestras nociones sobre una cosa. *Abeja,* por ejemplo, para la generalidad sugiere un insecto y la miel; para el naturalista es

(1) Sergi, *Psicología.*

una idea interesantísima, le recuerda todos los estudios sobre el instinto é inteligencia de los animales, la organización de la colmena, los trabajos que se han publicado...; *libertad,* para cierto pueblo, es el derecho de abusar, significa violencia y desorden ; para el hombre culto es un problema social dificilísimo, sugiere muchos conocimientos que le están vinculados, preocupaciones, simpatías ó antipatías, escenas históricas, frases declamatorias...; *delicadeza,* una experiencia del tacto, que se ha generalizado á todas las sensaciones que producen un sentimiento análogo, á los colores, sonidos, sabores, á las emociones, á la conducta : alrededor del signo la inteligencia agrupa sucesivamente todos sus conocimientos conexos ; *París,* significa una innumerable serie de impresiones y conocimientos, el conjunto enorme de una civilización... El trabajo mental es de clasificación y síntesis, y el resultado un *nombre* que sustituye todos los conocimientos, experiencias, imágenes, que entran en la composición de una idea general y nos evita el trabajo de enumerarlas en cada ocasión (1).

Sobre este punto, como en todos, la filosofía

(1) TAINE, cit., vol. II; RICHET, *Psicología general;* Id. *L'homme et l'intelligence.*

tiene sus tres ó cuatro opiniones; el *nominalismo* sostiene la teoría expuesta, da al nombre un rol importantísimo en el raciocinio y define las ideas generales como simples palabras; el *realismo* afirma la existencia distinta de las abstracciones; el *conceptualismo*, cree en la posibilidad mental de concebirlas. Bain resume en pocas líneas esta discusión, y dice: « una idea abstracta es el grupo formado por la reunión de casos concretos, que momentáneamente pueden representarse en un solo individuo; ó un dibujo, una figura, que también es un caso concreto; ó una definición verbal. Algunas veces la idea abstracta se compone de estas tres cosas ».

La formación de las ideas generales es la primera faz del raciocinio. Son los elementos con que la fuerza psíquica ó mental combinará nuestros conocimientos, nos permitirá preveer el desarrollo de los fenómenos, penetrar en su naturaleza íntima. Por experiencias repetidas y la observación contínua, notamos que el capullo de seda proviene de un gusano; que sembrando en la tierra preparada tal semilla y bajo ciertas condiciones, creeerá trigo; que la quinina calma la fiebre; que cierto aspecto del cielo y estado atmosférico precede las tormentas. Formamos dos ideas genera-

les, dos palabras con el mismo vínculo que tienen en la realidad las cosas que significan, y afirmamos, *inducimos* que el gusano produce la seda, la quinina calma la fiebre, etc., etc., sin referirnos á un determinado fenómeno, sino á todos los observados, á la idea general de *gusano, quinina, fiebre, seda,* que ha creado nuestra mente. El conocimiento adquirido por esta observación generalizada nos servirá para descubrir otras cosas, aplicar efectos desconocidos, encontrar la ley que rige un fenómeno dado, extendiendo la primera *inducción*. « El rayo era un hecho misterioso; las emociones que causa contribuían á hacerlo más impenetrable, porque siempre es difícil identificar con similaridades puramente intelectuales hechos que causan emociones profundas. Por su temperamento Franklin podía observar con calma el curso de una tormenta llena de rayos y relámpagos. Había estudiado los fenómenos de la máquina eléctrica, y mientras observaba tranquilamente la tormenta, el relámpago se identificó en su espíritu con la chispa eléctrica, á pesar de la diversidad de caracteres que habían confundido á otras inteligencias. La identidad sugerida fué verificada, se comprobó que era el mismo agente natural que actuaba en distintas circunstancias; y siguieron

todas las aplicaciones deductivas» (1). Es el procedimiento mental de la deducción, que aplica la ley general obtenida por *inducción* á un caso especial.

Suele haber entre las cosas y los acontecimientos humanos, los fenómenos en general, ciertas relaciones que no son de similaridad estricta; *analogías* más ó menos grandes que permiten aclarar un hecho con la ayuda de otro. Las ciencias sociales abundan en ejemplos de este procedimiento mental. Se ha comparado la sociedad con el organismo individual, con la colmena, con el hormiguero; la filosofía de la historia estudia una época comparándola con otra similar muy conocida, y el desarrollo de una ayuda á penetrar la otra, á preveer la evolución general de los sucesos. En rigor, este método es una simple variedad de la inducción y deducción, pero menos estricto, más elástico y flexible.

La tercer faz de la inteligencia es la *asociación constructiva* ó imaginación. Bain la define: *por medio de la asociación el espíritu forma nuevas combinaciones ó agregados que difieren de cada uno de los que se han adquirido por la experiencia.* El total de sensaciones, imágenes é ideas, cuya serie contínua

(1) Bain, cit.; Taine, cit. y estudio sobre Stwart Mill.

constituye la vida intelectual, sufre constantemente transformaciones curiosas por la acción consciente ó inconsciente de las fuerzas psíquicas. Rememoradas á cada instante por sus vínculos ó semejanzas con impresiones nuevas, ó porque afectaron profundamente nuestro espíritu y su influencia latente, persiste aún, se unen y combinan entre sí, formando seres nuevos, más ó menos distintos de los conocidos. El trabajo mental suele ser inconsciente, espontáneo, la imagen se ha elaborado misteriosamente: apareció un día en el espíritu, clara, nítida, completa; el artista la reprodujo en el acto aprovechando el delicioso momento de la inspiración; fué una sorpresa, la musa, la hada mitológica que lo visitó. «Mañana será el 15, día del nacimiento de los quaterniones. Salieron á luz bellos y bien conformados, el 16 de octubre de 1843, mientras paseaba en Dublin con Lady Hamilton. En ese momento sentí cerrarse la corriente galvánica del pensamiento, y sus resultados fueron las soluciones del problema que buscaba hacía mucho tiempo, hallado en un momento en que pensaba en otras cosas» (1). Las biografías de

(1) Bal, *Maladies mentales;* Sergi, *Psicología;* Wundt, *Hipnotisme et Suggestion;* Taine, cit.

los grandes artistas y pensadores abundan en hechos análogos; la solución buscada con ahínco surge de pronto, en el momento inesperado; el trabajo intelectual ha continuado secreto, oculto, inconsciente, sólo se ve el resultado que afecta profundamente el espíritu. Es la cerebración inconsciente, un raciocinio, por decirlo así, automático, que se desarrolla sin intervención de la voluntad. Paralelamente se desenvuelve otro voluntario, sujeto á un plan, con su fin determinado, los materiales prolijamente elegidos para formar la obra de arte ó ciencia armónica y adecuada. Se comienza por la simple reproducción mental de imágenes anteriores, y se las combina y modifica, teniendo constantemente la representación clara del resultado que se busca. La primer condición de una imaginación fácil y rica es esa abundante reserva de impresiones, imágenes y sentimientos; en el pintor, de colores y formas; en el literato, un vocabulario escogido y variado, que le permita modificar sus giros, dar brillo y relieve á sus ideas. En rigor, *crear* es encontrar una nueva forma: las mejores concepciones de los grandes poetas han sido recogidas de las leyendas populares de los primeros esbozos de una literatura; el genio inventivo se las asimila, les pone su emoción intensa y las

anima; la figura aparece nueva y rejuvenecida. Los psicológos distinguen la imaginación *intelectual*, que ayuda al niño á comprender las cosas nuevas, representándose otras conocidas y que tienen alguna analogía ; la *emotiva* que nos permite darnos cuenta del estado moral de otra persona, sentir por simpatía ó esfuerzo voluntario sus impresiones, reproducir sus sensaciones. Es la facultad de los grandes novelistas ; no se describe con sinceridad un carácter, una escena, una emoción sin sentirla con más ó menos intensidad en imagen ; y se requiere un esfuerzo de voluntad y una sensibilidad delicadísima para reproducir todas las pasiones, los sentimientos variados y de tan diversos matices que comprende una obra de arte.

V

« La noción abstracta del *yo*, dice Prayer, pertenece al adulto que piensa, resulta de representaciones aisladas ; no hay bosque sin árboles ». Otro largo aprendizaje que inicia lentamente al niño en el conocimiento de su persona física, y que por un

desarrollo gradual y experimentación continua, lo conduce inconscientemente á esa idea dominante, profundamente arraigada, en la que se afirmará con todos los bríos y energías de su alma, la *personalidad;* el *yo :* un simple resultado, el conjunto de todas nuestras sensaciones, deseos, actos y sentimientos, que podría decirse, se reunen alrededor de un nombre que los representa y sustituye, por un procedimiento mental análogo al de las ideas generales. Indudablemente en este caso la idea es de las más difíciles, por la cantidad y variedad de elementos que entran en su formación; una serie que se continúa hasta donde alcanza el recuerdo, abarca todas las épocas de la vida, se interrumpe á veces por la enfermedad, los desequilibrios mentales, los errores ó ilusiones de la memoria; se trasforma en las distintas épocas de la vida por la acción constante de las nuevas ideas y emociones, la práctica del mundo y de los hombres. Estos cambios del carácter, de la manera de sentir y de pensar son de notoria evidencia; tema favorito de los moralistas; la literatura abunda en esas descripciones que exhiben el contraste de la misma persona, en los diversos períodos de la vida trabajada por las pasiones y los intereses en lucha.

Uno de los mejores capítulos de la obra de Pra-

yer (1) trata del desarrollo del sentimiento de la personalidad en el niño. En su primer año apenas percibe la diferencia entre los objetos exteriores y las distintas partes de su cuerpo; sus brazos y piernas le parecen tan extraños y *ajenos* como el juguete ú objeto que se le enseña; « á los nueve meses todavía manipula con ardor sus pies, y pone los dedos en su boca, como si fuera un juguete nuevo. Al año y medio la distinción entre lo que forma parte de su cuerpo y los demás objetos, no es suficientemente clara» (2). Pero el niño comienza á moverse, sus manos se han educado, toma las cosas y las rompe, empieza su tarea diaria de destrucción; deshace el muñeco, el papel, todo lo que toca, y observa atentamente esos efectos, las trasformaciones que producen su acción; « no es un simple juego, dice Prayer, es una verdadera experimentación. El niño, que sólo se divertía con la forma, el color ó movimiento, es ya una *causa*. El sentimiento del *yo* entra en una nueva faz de desarrollo; para que se complete bastará que entre en juego la ambición y el amor propio ».

En los primeros años de la vida las sensaciones

(1) *L'âme de l'enfant.*

(2) PRAYER, cit.

se reciben aisladas, el proceso de asociación no se ha establecido con la eficacia necesaria. Existen casi tantos *yo* como percepciones; por eso el niño muerde su brazo hasta el dolor, como si fuera un objeto extraño á su cuerpo. « Puse una vez un espejo delante de la cama del niño: cuando se despertó contempló su imagen en vez de su persona (1) ». Su lenguaje revela su idea de sí mismo, salvo raras excepciones, habla de sí en tercera persona.

La vinculación estrecha de todas las percepciones en un solo haz es el resultado de una larga experimentación, una idea general que surge de todas nuestras sensaciones, imágenes é impresiones. Para confirmar y afianzar más en el espíritu esta ilusión de un *yo* indivisible y uno, venía la educación rutinaria, la antigua psicología que estudiaba los fenómenos mentales en el hombre adulto y civilizado, desdeñando las trasformaciones sucesivas porque pasa el espíritu, su lenta evolución, el génesis de todas las ideas generales que permite explicarlas fácilmente. Si los conceptos de tiempo y espacio eran ideas innatas que surgían misteriosamente en la inteligencia, más inexplicable era la idea general tan admirablemente formada de la per-

(1) Prayer, cit.

sonalidad moral. Limitado el estudio al *yo* completo y perfeccionado por la educación el problema era insoluble; para explicarlo fué necesario acudir á sus orígenes, á los primeros elementos de la idea, analizarlos detenidamente, observar con infinita paciencia las primeras impresiones del niño; seguir paso á paso el desarrollo mental en todas sus faces. Además, los estados anormales de la inteligencia, las enfermedades mentales, los casos de hipnotismo, sonambulismo, la multiplicidad de conciencias observada en los histéricos, confirman la teoría. En ciertos desequilibrios mentales, la personalidad se subdivide (1), el sujeto tiene varias inteligencias y voluntades, que actúan y luchan entre sí : es la historia de todos los endemoniados, de las apariciones internas, las voces misteriosas que hablan al oído del iluso; en los fenómenos de sugestión obedece á una persona extraña, su yo desaparece, sólo siente y ejecuta las impresiones y actos que le ordena el magnetizador; el sonámbulo procede con arreglo á asociaciones de ideas enteramente distintas de las que constituyen su personalidad normal.

(1) WUNDT, *Hipnotismo y sugestion;* BALL, cit.; BINET, *Altérations de la personalité.*

En resumen, la *persona* ó es una simple palabra un sustituto ó *signo*, ó significa la serie de hechos psíquicos ordenados con arreglo á ciertas leyes en los casos normales, orden que desaparece si el equilibrio intelectual se altera, si una ilusión se introduce en la serie de los recuerdos (1); como la palabra *vida* no es una entidad distinta, sino el resultado de todas las funciones del organismo. Si penetramos nuestro *yo* en cualquier momento de la existencia, sólo encontraremos el grupo de fenómenos psicológicos, estrechamente unidos por las leyes de la inteligencia ya explicadas, y una emoción, un estado de alma que, por decirlo así, les da su colorido y carácter especial. Como lo dice Ribot, la individualidad es la asociación condensada de conciencias que en su origen viven autónomas y dispersas (2).

(1) Taine, cit.

(2) Ribot, *Maladies de la personalité.*

Los universitarios

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA COLACIÓN DE GRADOS DEL 8 DE JULIO DE 1899

Al doctor Rafael Herrera Vegas.

Esta ceremonia, reunión de profesores, alumnos, familias y amigos, ha sido rodeada siempre por la academia de cierta pompa solemne : es ya una tradición. Desde los primeros pasos de las universidades en la vida moderna, el día de la colación de grados era fecha memorable para la escuela, para la iglesia y para la sociedad. Al acto concurrían las autoridades, las personas de alta figuración social y política, los prelados. El claustro se adornaba. Salían de la penumbra ordinaria los viejos sillones de cuero de Córdoba, las banderas, los estandartes, los tesoros artísticos. Antes como ahora, con las diferencias que naturalmente impone el nuevo medio, el joven laureado sostenía su tesis *pro utroque parte*, equivalente de vuestro dis-

curso doctor Rodríguez Larreta; desde esa misma tribuna, gastada por los años, con sus borlas simbólicas pendientes de sus cordones de seda medio raídos, las mismas que la adornaban entonces, con sus colores apagados que han perdido su lustre, confundiéndose en una nota suave y discreta. La conservamos, aunque desentone en esta decoración moderna, porque somos tradicionalistas. El estudio del derecho nos infunde el místico respeto de las cosas viejas, sentimiento estimable entre todos porque implica la solidaridad de las diversas generaciones, el vínculo poderoso é indestructible que une al presente con el pasado en esa dolorosa y complicada trama de la historia; que nos unirá á nosotros con nuestros descendientes. Es un consuelo : nos asegura una pequeña parte de inmortalidad, la prolongación de nuestra vida en las generaciones futuras, la persistencia de nuestras ideas y aspiraciones, de nuestras alegrías y dolores. Inconscientemente vivimos la existencia de los que nos precedieron en este suelo. Sus luchas y agitaciones, todo el conjunto de su vida mental no ha desaparecido bajo la tierra que transforma sus cuerpos. Flotan en el ambiente en que vivimos. penetrando nuestros pensamientos, imprimiendo rumbo á la vida individual y colectiva, dirigiendo

nuestras acciones. Por eso animamos hoy estos muros con los retratos de los que fueron maestros en la casa, Estrada, López, Goyena, Gutiérrez, Avellaneda, Del Valle, Diego Alcorta, Lafinur, Moreno, Malaver : queremos que presencien los resultados de tantos esfuerzos, que vean próspera y feliz la institución que contribuyeron á formar con su trabajo intelectual y moral. Esos obreros de la civilización argentina son objeto de nuestro culto; los veneramos porque pusieron todas las energías de sus espíritus en la santa empresa de formar el alma nacional, en el triunfo de la verdad científica ó práctica. Alguno sacrificó la vida en aras de un ideal de justicia claramente entrevisto, y aceptado con ese noble y sereno estoicismo que inspira á sus fieles la Idea.

Nuestra ciencia, señores, modela noblemente el alma humana. Es probable que alguna vez, enervados por las dificultades del estudio, los códigos os hayan hecho sonreir. ¡Quién sabe si no se ha insinuado un sentimiento fugaz de desprecio por la casuística y dialéctica inseparables del derecho práctico! ¡Qué extraña ilusión de escepticismo os da vuestra inteligencia! Desconfiemos, señores. El derecho deja una huella tan profunda, que á pesar vuestro seguirá indeleble toda la vida. Se apodera

con tanta energía de los principales resortes del juego mental, que á pesar vuestro, dominará irresistiblemente las tendencias intelectuales y morales. Nada más natural y lógico; es una síntesis de la vida humana. Considerad de un punto de vista elevado lo que significa un capítulo del código : esa institución, contrato, derecho real, que aparece tan bien ordenada, con su aspecto de teoría especulativa dividida en artículos, clara, precisa, basada en ciertos principios fundamentales, sus premisas y consecuencias enlazadas con lógica y método, no es la obra de un jurisconsulto ó político, la simple votación de un congreso, la última deducción de una rigurosa dialéctica. Es el resultado de innumerables deseos, aspiraciones y sentimientos ; de dolores profundos vivamente sufridos por muchas generaciones de hombres, que lucharon y murieron para modificar lentamente las instituciones, resultado que toma su forma transitoria, fugitiva en la ley. Analizad, por ejemplo, la propiedad: nada más árido y monótono que esa sucesión de preceptos, relaciones con vecinos condóminos y medianeros, reglamentación de muros, cercos, servidumbres ; una casuística difícil, sin vida ni interés científico, salvo para los pleitistas. Pero imaginemos un lote de tierra de ahora dos ó tres siglos; innu-

merables derechos, vinculaciones, impuestos, prerrogativas soberanas del propietario noble, limitaciones odiosas al dominio villano, una complicada serie de trabas regidas por lo arbitrario; una vegetación de leyes y costumbres enfermiza y raquítica ha invadido el sitio; son arbustos parasitarios llenos de espinas que se clavan dolorosamente en el cuerpo del labrador; apenas dejan un espacio libre de sombras, con plena luz, donde se respire con tranquilidad; sólo el irresistible deseo de vivir mantiene al hombre sobre ese suelo infernal. Recordáis la lúgubre descripción de La Bruyère, « se ven ciertos animales huraños, negros, lívidos, quemados por el sol, atados á la tierra, que trabajan y remueven con tenacidad invencible. Tienen como una voz articulada, y cuando se paran sobre sus pies, muestran una faz humana »... De esa sucesión de injusticias surge poco á poco una aspiración general, una tendencia colectiva, una fuerza moral tan irresistible como las fuerzas materiales. Bajo su acción el terreno se limpia : aquí cae un derecho, allá otro; el horizonte se despeja, se puede labrar, cosechar, moverse con libertad; el propietario, villano ó noble, es dueño de su cosa y de sus frutos. También las fórmulas del álgebra son áridas y sin vida, pero cuando se piensa que esos grupos

de letras representan el cálculo de resistencia de un puente, la construcción de un viaducto, la posibilidad de perforar una montaña, la traza de un ferrocarril, se diría que se impregnan de la emoción, el trabajo, la belleza moral que significan esas obras.

Coincidencia curiosa, señores: en el instante crítico de un derecho, al iniciarse su decadencia, ese trabajo de desorganización interna que pasa desapercibido para el vulgo, aparece siempre el jurisconsulto ó filósofo que sintetiza siempre todas esas aspiraciones sociales todavía vagas, informes, inconscientes; penetra con profundo análisis hasta sus últimas raíces, y da la fórmula clara y precisa, la teoría oportuna, la palabra general que reune la interminable serie de fenómenos, y muestra de relieve el vínculo que los une, el rasgo común predominante, que engloba en la misma familia á todos los deseos, sentimientos, alegrías y dolores de una época, señalándoles su rumbo, es decir, dándoles conciencia. Fué la obra de Lutero, Kant, Savigny, Hegel, Fichte, en Alemania; de Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas en Francia; de Moreno en la Argentina. Esos hombres son la flor de los estudios superiores. Indispensables en una nación que no esté destinada á morir pronto, sólo

se forman en universidades muy concurridas, para que la selección se opere con amplitud, aunque como en la naturaleza, se sacrifiquen innumerables gérmenes para obtener la planta privilegiada, llena de vida y hermosura.

Por eso, señores, en todos los países civilizados, especialmente en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania se satura á la juventud de latín, griego, filosofías, literaturas; se trabaja la inteligencia con las disciplinas desinteresadas que la fortifican, educando al mismo tiempo el alma, inspirando preciosos sentimientos de solidaridad social, sin los cuales no puede prosperar una nación, no obstante la transitoria grandeza de su comercio, ganadería y agricultura. Por eso, señores, á raíz del desastre de Jena, en medio de la desolación y la ruina, los estadistas prusianos discípulos de Kant fundaron la universidad de Berlín para que diera una cultura especialmente científica, reaccionando contra el sistema utilitario de Federico II : « filósofos habituados á contemplar lo eterno é inmutable, no se desanimaron por el accidente de un desastre militar ». El gobierno la dotó con esplendidez instalándola en un palacio real. Llamó á Savigny, Wolf y Reid para que organizaran los estudios de derecho, filosofía y mecidina. Era ministro de instrucción públi-

ca un sabio de admirable talento, « colaborador de Kant, más bien que su discípulo : tuvo especial cuidado de rodearse de los mejores consejeros, convocó una delegación de sabios encargada de fijar los principios y máximas en que debía inspirarse la administración ». Ese ministro era Humboldt ! Y podria citar tantos ejemplos ! En todas las naciones que han dejado huella en la historia se encuentra ese grupo de hombres dirigentes, formados con las culturas desinteresadas armónicamente desenvueltas : « espíritus sanos — dice Macaulay, refiriéndose á la primer generación de estadistas ingleses, — no tenían facultades particulares especialmente desarrolladas, pero un vigor y salud viril reinaba en todo su sér. Eran humanistas. La naturaleza y el ejercicio habían formado sus espíritus para los trabajos especulativos. Y su política se distinguió por su moderación y firmeza, por su invención y espíritu de iniciativa ». Por sí solos los estudios llamados vulgarmente prácticos son inútiles y perjudiciales, porque ocupan la mente debilitándola. Un jurisconsulto no es un diccionario de legislación y jurisprudencia que tiene catalogada en su memoria toda la casuística jurídica ; ese es simplemente un desgraciado. Yo llamo jurisconsulto, sociólogo, al hombre de inteligencia bien

ponderada, que sabe pensar y pensar bien, con energía, eficacia y poder sintético; que sabe atacar las dificultades de un problema con seguridad y exactitud de juicio, con un instrumento bien afilado, flexible, que penetre fácilmente por los más pequeños intersticios, que con su intuición lleve la luz hasta la misma esencia oculta de las cosas, que tenga la serenidad indispensable para sobreponerse á las propias y ajenas pasiones y considerar los problemas más arduos de un punto de vista elevado.

Nuestro país ha sido siempre demasiado utilitario. Durante la época colonial su aspiración fué la libertad de comercio; su ideal único la riqueza. Buenos Aires se fundó para explotar los ganados que pululaban en sus pampas. Se diría que el vicio originario imprimió su sello característico á la evolución futura del país. Las universidades de Córdoba y Charcas, el colegio de San Carlos, tolerados de mala gana por los reyes, nos evitaron el triste destino de una factoría española, nos dieron la inteligencia indispensable para no morir. Si en 1810 se hubiera seguida la inspiración del comercio, ganadería y agricultura, todavía estaríamos bajo el dominio español. Con un poco de buena administración, regularidad en los impuestos, la re-

forma del sistema económico, quedaban ampliamente satisfechos sus deseos; sobre todo con el orden y la paz, que multiplican las riquezas y permiten gozar de las buenas y plácidas digestiones. Los que nos dieron patria, los que mirando por encima de esos intereses momentáneos tuvieron la visión nítida del porvenir, fueron los universitarios, y los bachilleres en filosofía y los doctores en derecho nos ganaron las primeras victorias de la revolución. Creedme, señores, amad la Universidad, no la sacrifiquéis al aplauso efímero de las multitudes ininteligentes, es el *alma mater*, la noble esencia de la patria.

Las universidades nos darán la solución de todos nuestros problemas sociales, cuando se haya generalizado el estudio de las ciencias políticas del punto de vista argentino. Es la tarea que os corresponde, jóvenes premiados, servir á la república estudiándola. De la ciencia extranjera sólo debeis tomar los métodos: son instrumentos de primer orden para descubrir la verdad. Penetrad con confianza en el campo nacional: nuestros fenómenos económicos, políticos y morales, son tan interesantes como los europeos. Sólo falta que unos cuantos hombres de talento los describan y clasifiquen, metodizándolos, indicando sus leyes y ten-

dencias. Hacedlo, señores: este trabajo original y fecundo os cubrirá de gloria. Habreis merecido bien de la patria enseñándonos á comprenderla y servirla.

Voy á terminar. La responsabilidad que aceptáis al recibir el diploma es muy grande. No sólo tenéis que mantener la república en la altura que la dejen vuestros padres, tenéis que llevarla más allá. ¿Sabeis cómo? Llenándola, impregnándola, saturándola de ideal. Si al pensar en su porvenir la imaginara como una colosal estancia, cruzada de ferrocarriles y canales, llena de talleres, con populosas ciudades, abundante en riqueza de todo género, pero sin un sabio, un artista y un filósofo, preferiría pertenecer al más miserable rincón de la tierra donde todavía vibrara el sentimiento de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno.

NOTAS

Paradojas

A Guillermo Udaondo.

I

Era en Creta, en el templo de Esculapio.

Se llegaba al santuario por una pequeña escalera decorada con ofrendas de creyentes, arregladas con coquetería, en pequeños cuadros dorados ó negros, con incrustaciones de nácar, oro y plata.

Nada más curioso pensaba el discípulo de Heráclito, mientras contemplaba los objetos — la humanidad permanecerá idéntica no obstante el pasar de los siglos, ó habrá una base común, un substrato de vanidad y tontera, un fondo ingénuo perenne? Es una cuestión, continuó, que se han propuesto muchos filósofos, la raíz de la diferencia entre el optimismo y el pesimismo... Y es maravilloso, observó, la transformación que sufren estas

ofrendas; se diría que las almas de los donantes las animan, imprimiendo á cada una un sello peculiar.

Al empezar la serie, por ejemplo, una corbata blanca, tiesa, seria, sin una sola arruga, flamante de almidón, rodeada por una corona de azahares ya marchitos! ¿Si será cierto que en la vida todo es símbolo? Esta corbata condenada á una perpetua frescura, soberbia, eterna, entre esos azahares que viven una vida efímera, fugaz, una encantadora vanidad que apenas se fija un instante.

Más arriba están los sables — una armería — los hay corvos, cortos, largos, espadas con punta y filo, algunos con dedicatorias á Minerva, á Juno, á los dioses lares. Y después de mirarlos con ese interés que inspiran las cosas netamente vulgares, nuestro filósofo notaba cómo se atraen los contrarios en este mundo. Así, esa clase extraña de hombres que tiene la vocación del homicidio, está impregnada del sentimiento religioso, cuya base es el respeto de la vida humana. Qué mezcla tan absurda de ideas se operará en sus cerebros mientras llevan al santuario de la paz, del perdón y de la caridad, los símbolos de la muerte, del odio y de la guerra! La verdad estará en la contradicción, como lo enseña Heráclito, pensaba nuestro filósofo. Y lo que llamamos error, menti-

ra, es una parte de las cosas tan esencial como la otra.

Y entre los votos de amor y guerra, la parte más tocante, los agradecidos y los que esperan! Es un cariño perdido para siempre que se reconforta en la fe ultraterrestre. Y se siente el respeto de los dolores sinceros. Cuando el sufrimiento toca ciertos límites, el átomo de sublime lo salva de todos los ridículos; podéis expresarlo en seda bordada de azul y blanco, decorarlo con retórica de sacristán, impunemente.

Y para que el pequeño santuario reproduzca la escena humana completa están las cosas ridículas y cómicas, el par de muletas, el braguero, el mechón de pelo en cuadro de seda y oro; sobre el pintoresco é infaltable fondo patrio la promesa de amor, la devoción declamadora, tan falsa y de mal gusto, como su forma exagerada, resto de gongorismo que se alberga en las sacristias... Y por encima, dominando esta complicada psicología, la Vanidad que se cierne hasta las torres del templo, inscribiéndose en todas sus piedras, tranquila, solemne, profundamente cómica en su inconsciencia. ¿Qué idea tendrán de la inmortalidad esas gentes que esculpen sus nombres en las piedras del templo? pensaba nuestro filósofo. Sueñan que dentro de

quinientos años, algún peregrino desocupado deletreará el nombre de Juan Lanas en la piedra que remata una columna! ¡Y qué pensará ese peregrino de Juan Lanas y de sus piedras y de su pretensión, en este vaivén de las cosas humanas; sobre todo si el peregrino es filósofo y ha leído á Hegel.

Reflexionad, continuó nuestro filósofo, qué cosa tan frágil es la gloria, qué empresa homérica la de dejar un nombre, un signo de que se ha vivido, — los millares de autores bien enterrados junto con sus libros, cuadros y estatuas. ¡Qué cantidad de tiempo se sumaría con las horas perdidas por los hombres en esa vana tarea! ¡qué cantidad de fuerzas malgastadas en la locura gloriosa! Y pensáis que basta inscribir el nombre de Juan Lanas en la piedra del santuario para que perdure! Si así fuera, el universo estaría lleno de esas piedras.

Pero recordemos, pensó el filósofo, que las cosas grandes y bellas se hicieron con motivos en los que iban mezclados el barro y el oro, como dijo el Eclesiasta.

II

... Tenía un amigo, prosiguió nuestro filósofo, que se llamaba Sócrates, signo de un hombre ilustre, y que los modernos emplean indistintamente para nombrar á sus hijos, á sus animales domésticos, y á veces los de lujo, como los caballos de carrera. Es admirable, observó de paso, el sinnúmero de ironías que contiene la historia de la palabra, cometidas con toda inconsciencia, y que revelan el profundo sentido cómico de la naturaleza. Asiduo lector de diarios era erudito en derecho constitucional más ó menos infringido: conocía la ley por el eco bullicioso de sus violaciones. Aunque ignoraba los principios de nuestra amable carta fundamental y el secreto del complicado mecanismo que forman los poderes públicos, conocía bien todo el proceso de las quejas y reclamos á que da lugar el funcionamiento de esas cosas ingeniosas.

Alguna vez pensó escribir un libro titulado: *Teoría de las infracciones del derecho público,* desarrollando la tesis de la necesidad del error y de la violación en la vida política de las naciones

civilizadas, como un sustituto de otras costumbres menos suaves que predominan en la vida salvaje.

Es seguro que el libro no se compuso por falta de un buen material de observaciones, pero sus capítulos aparecían á menudo en el cerebro de Sócrates, en los períodos de entusiasmo cívico y de conculcamiento general de todas las instituciones. Períodos que son muy frecuentes, observó nuestro filósofo, en los países que estudian el derecho más de lo necesario, porque es sabido que el conocimiento de las cosas sugiere la tentación de contrariarlas. Y ocurre la coincidencia de este síntoma con un relativo exceso de juristas y profesores desocupados en la colmena laboriosa, lo que ha sido perjudicial desde que un jurisconsulto viejo descubrió que la ociosidad era la propia madre de todos los vicios.

Era precisamente en esas épocas, en que la gente del común,—obreros, agricultores, modestos creadores de la riqueza,—se felicitaba de que no hubiera política; cuando Sócrates predicaba, con el entusiasmo que ponemos siempre en las cosas irrealizables, su teoría sobre los partidos de principios. Partiendo del punto de vista de que la división es el ideal de la familia y de la sociedad, los partidos personales no resisten un minuto la comparación

con los de principios. Nada sería tan eficaz para el saneamiento cívico del país como una buena disputa religiosa. Desgraciadamente es difícil entusiasmar á nuestros conciudadanos á propósito de de la naturaleza de la Santísima Trinidad, y, sobre los principios de la moral religiosa la historia nos ha dado la desgracia de ponernos de acuerdo. Á falta de este eficaz elemento de división, lo que con más seguridad llevaría á los argentinos, como á los demás pueblos, á esos benditos y fructíferos odios que permiten el buen funcionamiento de las constituciones, sería la conciencia clara, bien generalizada, de que el interés económico de una mitad es antagónico con la otra, que la riqueza del Norte depende de la ruina del Sud. Es evidente que esa convicción crearía en el acto dos ó tres partidos bien apasionados é irreconciliables. Así se restablecería la vida política normal.

Es una lástima, murmuraba el filósofo, que la existencia de las constituciones para mayor gloria y fácil prestigio de los mediocres, que creen que razonar es hilar el rosario de precedentes norteamericanos, mantenga todavía en un universo que es simple y sincero en todos sus fenómenos, este predominio imbécil de la fórmula hueca, banal y falsa, á costa de la felicidad y de la paz de los hombres.

Recordémosles de cuando en cuando que las obras de la naturaleza son las que se producen por sí mismas, y que según decía el sublime filósofo alemán: « esa palabra designa lo que actúa, lo que crea sin el intermedio del intelecto ».

III

También yo he actuado en política, dijo dulcemente nuestro filósofo, y creo que mi acción fué eficaz y agitadora, agregó sonriéndose. De esa feliz circunstancia hacen muchos años, — y nada tiene de particular que el público la haya olvidado. Entonces la República presentaba un aspecto encantador y daba ejemplo de civismo. Su escaso millón y medio de habitantes blancos estaba dividido en tres partes : 500.000 federalistas, 500.000 autonomistas, 500.000 indiferentes, convencidos de que llegarían lo mismo á la sepultura, después de una vida más ó menos triste, con ó sin capital en Buenos Aires. Fueron los más sabios y siempre les he profesado un sincero respeto.

Pertenecía, agregó con cierto énfasis, á la segunda fracción, era la 499.999 parte de una voz pública. Como tal hablé mucho en Barracas al Sud

y dije que los únicos buenos y justos eran mis 499.999 correligionarios, y califiqué á los 500.000 restantes de entidades despreciables. El auditorio me creyó bajo la fe de mi palabra. Mis discursos fueron muy aplaudidos. Descendía de la tribuna entre vivas y caras ardorosas, sudando entusiasmo. Debo advertir que estaba penetrado de mis éxitos, y cuando llegaba á mi casa, después de calmar mi ánimo con las frescas brisas nocturnas, mi autoestimación había subido á niveles prodigiosos. No es que mi retórica fuera nueva, agregó con modestia, la había aprendido en las crónicas políticas de los diarios de mi partido. Entonces los periódicos eran muy generosos, el director publicaba todo con una ingénua bonhomía, y sin reservas; creía á pie firme en nuestra literatura. Era una época seria, y la noción risueña de las cosas y de los discursos pasaba desapercibida. Así, aquellos de mis oyentes que han muerto deben ocupar un rincón especial del cielo.

Era de uso empezar con la antigüedad clásica, reservando los héroes de Mayo para el último párrafo. Con Escipión, Cincinato, Moreno y Belgrano se aseguraba el tríunfo. Cada uno de estos nombres provocaba tempestades de aplausos. Sin embargo, mi retórica era modesta y sobria. Una

vez hablé así: «Señores, desde los tiempos de Cincinato, el del arado, (bravos) hasta los de Moreno y Belgrano, (estruendosos aplausos) las libertades han triunfado de las tiranías, (explosión de vivas y aplausos) y los pueblos viriles, (bravos) sí, viriles, que no temen... (no! no! una tempestad de aplausos)».

No pude seguir, mi público irradiaba entusiasmo, tanto que prorrumpió en mueras á los hombres del gobierno, unas excelentes personas que conocían demasiado la ironía; una cualidad que desarrolla el mando, al mismo tiempo que adoba el entendimiento.

Desde esa época sigo con marcado interés la oratoria política y colecciono esta literatura. Tengo un volumen de manifiestos y cuatro paquetes de recortes de diarios. Muy á menudo los leo para edificarme. Son cosas sanas que inspiran un profundo respeto por la inteligencia de los hombres, y que denotan un desarrollo progresivo del espíritu crítico de esta ática capital. Así, son inexplicables estos ataques á nuestra instrucción pública, que produce esos ópimos frutos. El personal docente — sección filosofía y letras — debe felicitarse.

La carta de un suicida

Á Eduardo Schiafino.

Abril 12 de 1903.

Mi estimado doctor García :

Me permito enviarle como recuerdo, y no dudo será aceptada como tal, la edición completa de Shakespeare, cuya lectura me ha proporcionado los momentos del más puro y elevado placer que he tenido la dicha de experimentar. También á ella le debo ese escepticísmo sombrío sobre las cosas humanas, que me hace en este fatal momento sonreir á la muerte. Mi creencia es que estoy dotado de una alma inmortal. ¿Qué nueva peregrinación va á emprender ahora, y qué nuevos mundos va á recorrer en su fatal carrera? lo ignoro. Ó bien estará condenada al descanso eterno! No me parece. Tal destino estaría en pugna con las leyes que rigen la naturaleza, y el Supremo Crea-

dor habría cometido un anacronismo destinándonos después de la muerte al descanso, cuando todo lo que nos rodea sigue viviendo y transformándose por evoluciones sucesivas. No; el principio de vida es eterno, y bajo una forma ú otra, cuando nos hayamos despojado de nuestro *muddy vesture of decay* emprenderemos nuevas peregrínaciones. La muerte es como la puerta que se cierra sobre esta faz de la vida para abrirse inmediatamente sobre la nueva, desconocida. Voy á tratar de conocerla. No lo invito á acompañarme, pero yo, á pesar de su amistad, estoy ahora demasiado envuelto en los preparativos del viaje eterno. Adiós, pues, no le puedo decir hasta la vuelta.

W. Chico.

Esta carta fué escrita por un hombre de buen humor, horas antes de emprender el viaje definitivo. La víspera recordaba con placidez, en prolongada sobremesa, su amable vida de París y Londres. La nota melancólica aparecía á veces un instante, sus ojos se humedecían revelando una emoción de dolor hondo y angustioso que dominaba en el acto. En cierta edad la memoria debe ser cruel y penosa.

Vivió enfermo cerca de veinte años, leyendo á Balzac y Shakespeare siete ú ocho horas por día. Esos dos autores formaron su espíritu y su carácter. Concluyó por ser un personaje de Shakespeare; hablaba, pensaba, se movía en la atmósfera moral é intelectual del maestro. Excuso decir al lector que esta actitud era espontánea y sincera; la disimulaba ante el público por temor al ridículo ó por el riesgo más doloroso de no ser comprendido. Un hombre de esa especie tiene su vida moral aparte, bien oculta, defendida por formidables trincheras contra los ataques de la banalidad. En esos sagrarios de ideas y sentimientos la nota vulgar produce una irritación dolorosa, un roce áspero de fibras muy delicadas y múltiples. Por eso se reservan para la intimidad, es el monólogo mental que constituye la deliciosa vida interior. A solas con nosotros mismos, el mundo desfila alumbrado por nuestra propia luz pálida ó intensa, pero propia, resultante de nuestra vida, de nuestro esfuerzo para educar el espíritu y elevarlo por encima de todo el medio ambiente. En esas horas de reflección saludable las ideas se agrupan en sistemas; el complicado universo de símbolos que se agita en el cerebro se ordena por la atracción de alguna idea sintética, bastante poderosa para mantener

unidos á conceptos tan variados y contradictorios, y evitarla ligereza ó la incoherencia moral. Las emociones se afinan y corrigen amoldándose á nuestra sensibilidad, desaparecen los matices falsos contagiados por el medio social, y el resíduo purificado se incorpora al mecanismo de la inteligencia robusteciéndola.

Su vida interior debió ofrecer un raro interés. Imaginativo y de una sensibilidad refinada, el contacto asíduo de Shakespeare robusteció exageradamente esas cualidades de su alma, produciendo un desequilibrio. Poco á poco la visión trágica del gran poeta coloreó su aparato mental, y sus símbolos se transformarían en el concepto más preciso y exacto de la realidad. Asi, esos tormentos morales, esa síntesis de la vida humana expresada en los monólogos de Hamlet, no son verdades aproximadas ó tristes paradojas; no, la vida es eso, la pesadilla es exacta, los sueños son realidades. La imaginación del poeta resultaría inferior á las fuerzas creadoras de amarguras que llevamos con nosotros.

Convendrá el lector en que ese espíritu no era vulgar. El cuadro de su cerebro agitado por ese simbolismo extraordinario tiene marcado interés dramático. Es una tragedia íntima de ideas. A

fuerza de fijarlas, de meditar siempre los mismos conceptos, las palabras engendran sentimientos directores de la conducta, é imprimen rumbos con fuerza irresistible.

La apariencia era bonachona; el buen humor y el apetito de Falstaff, su ironía y á veces su grosería. Era un negociante emprendedor, por eso adoraba á Balzac. La *comedia humana* comprobaba sus tesis. Sin vanidades de ningún género, sabía escribir y pensar como lo demuestra su carta, y ocultaba con celo esas condiciones de su espíritu: ¿habría llegado á esa perfección moral de los sabios antiguos, sobreponiéndose á todas las vanidades, inclusive las literarias... ?

Así dejo cumplido un deber de amistad, haciendo conocer, en la reducida esfera á que alcance este libro, algunos rasgos de un hombre superior, un original de inteligencia robusta y firme, que tenía el valor de profesar y practicar una filosofía heróica.

Alejandro Castro

Á Eduardo L. Bidau.

Cada vez que marcamos uno de estos jalones dolorosos de la vida la conciencia hace su examen, y las horas y las escenas del pasado vienen en una onda fugaz, con toda su nitidez primera. En ciertos casos, el examen será breve y angustioso; son los minutos de los remordimientos irreparables, y el recuerdo nos sofoca con una misteriosa y cruel sanción. En otros, el tiempo vivido resurge matizado con una tristeza sana y reconfortante: se diría que la vinculación terrestre se prolonga en esas regiones obscuras que envuelven los destinos de los hombres.

En su lecho definitivo, con esa blancura de marfil que imprime un aspecto de majestad imponente á la fisonomía humana, resaltaban con una nitidez perfecta su imagen moral, su expresión, su gesto,

su voz, como si todas sus cualidades quisieran adquirir cuerpo, rebelándose en nuestro espíritu contra la destrucción. Las veía actuar en su corta existencia sembrando por todas partes el bien, con la habilidad profesional que calmó tantos dolores, con el ejemplo de probidad científica que lo vincula á los grandes médicos argentinos,

Carezco de la competencia y vocación para juzgar si operaba mejor que los demás. El manejo del bisturí y las otras condiciones del práctico, están en todas las carreras al alcance de la voluntad enérgica y de una inteligencia discreta. Lo que no se adquiere en los estudios, ni en los hospitales, es la elevación moral, el tacto, la distinción de espíritu y carácter que producen diferencias substanciales en el grupo de hombres que ejercitan el mismo oficio, con igual éxito. Esas cualidades eran el secreto de su prestigio en el público, del cariño respetuoso de sus amigos.

Con su aspecto benévolo y modesto, serio, reconcentrado como todos los hombres que sienten con intensa sinceridad, Alejandro Castro tuvo el dón de la simpatía. Era silencioso, con ese silencio elocuente de que nos habla Maeterlink, que permite establecer la misteriosa comunidad de las almas, la compenetración de los espíritus, al través

de esa fuerza oculta que modela en el fondo de la inconsciencia los amores y los odios.

Su vida es un ejemplo sugerente. Por lo pronto, demuestra que la bondad y la tolerancia son más eficaces que los odios, para hacer estimables á los hombres, aun en Sud América. Así, pudo alcanzar el triunfo perfeccionándose, trabajando con una voluntad decidida, siendo indulgente y benévolo; sin que le fuera necesario para abrirse un hermoso camino deprimir á los otros que crecían á su lado, y aspiraban á los mismos éxitos.

Esa ecuanimidad de espíritu, la altura moral, son cualidades raras en nuestra época. Por eso la muerte de Alejandro Castro deja un vacío que difícilmente será llenado. Los hombres de ciencia se reemplazan y es probable que los que vengan sean superiores á los que fueron. Pero esos hallazgos de carácter sólo aparecen de tarde en tarde; la naturaleza prodiga los justicieros, pero es avara en la ponderación, en la equidad, en la justicia benévola, en esos hombres que observan el espectáculo social con espíritu ecuánime y tolerante, que supone una inteligencia superior y fina.

Septiembre de 1902.

Amancio Alcorta

Á Adolfo F. Orma.

El doctor Amancio Alcorta falleció el 5 de mayo.

Era ministro de Relaciones Exteriores, académico y profesor de Derecho Internacional privado. Su carrera fué brillante. Conoció los éxitos intelectuales y políticos; vale decir que manejaba con igual facilidad los hombres y los libros.

En vida tuvo muchos enemigos y amigos, después de su muerte la opinión fué unánime. Todos reconocimos al unísono sus distinguidas cualidades de carácter y de inteligencia. Era leal, bondadoso y de buen humor : tres condiciones generalmente características de los espíritus superiores.

El hombre público será juzgado por otros: su intervención en nuestras relaciones con Chile llevará su nombre á la historia. El hombre privado

era encantador. Tenía el amable escepticismo de los sabios, en el sentido antiguo de la palabra. Una cultura filosófica de primer orden y muchos años de vida política habían creado en su espíritu un fondo de ironía é indulgencia, y observaba el pasar de los hombres y de las cosas con la sonrisa de quien está en el secreto de todas esas vanidades, inclusive las propias.

Por eso atraía. No le era difícil la excusa de las flaquezas ajenas : reservaba las severidades para las propias. Bajo las formas distinguidas y elegantes del hombre de mundo, había un subsuelo de honradez y seriedad á toda prueba. Es exacto que como administrador no lo preocupaba el detalle ; entendía que alguno que otro favor no comprometía el porvenir del país, y en ese fondo de probidad bondadosa, los sentimientos caritativos y amistosos predominaban á menudo.

Es posible que su medida de valores algo dúctil, le suscitara resistencia en los campos estoicos que lo deseaban más severo, y en los otros más amables que lo encontraban demasiado rígido. Es el destino de la verdad y de los hombres que la encarnan. La mayoría es vulgar y torpe; no comprende que la vida es un tejido de contradicciones. Le gustan los juicios absolutos, las sentencias que

absuelven ó condenan, sin pensar que esas rectitudes teóricas, además de contradecirse á menudo, lo que es original por lo menos, traen aparejada una ininteligencia tan absoluta como sus juicios del movimiento de las cosas humanas.

Su vasta comprensión, su facilidad para adaptarse á las circunstancias, son cualidades raras y que merecen la mayor estima. Su recuerdo será siempre grato á los hombres cultos. Era una alma con la que se habría deseado tener vinculaciones íntimas, discutir los temas serios, conversar los ligeros; de una sedutora serenidad de espíritu que comprende y acepta todas las oposiciones, siempre que sean inteligentes.

Lo encontré pocos días antes de enfermarse robosante de salud y alegría, de fuerza física y moral. Se me ocurrió que era un hombre feliz á quien el destino reservaba esos favores que deslumbran... Todo era ilusión, forma vana. En el eterno venir de las cosas su hora estaba ahí, inmediata y tal vez en ese momento lo acariciaba el misterioso hálito que nos lleva para siempre jamás, en el rodar trájico del universo.

Mayo de 1902.

Las multitudes argentinas

Al doctor Samuel Molina.

Es difícil llegar á la verdad en la historia. Por sus formas fugitivas y variables los hechos humanos ofrecen dificultades naturales. Los historiadores los complican, alterándolos con sus vistas más ó menos falseadas por sus prejuicios, sus temperamentos de artistas, filósofos ó eruditos (1). Según sus tendencias individuales verán la historia como una sucesión de batallas, causa y efecto alternativamente de toda la trama de la vida de las naciones; una serie de fenómenos económicos, políticos, actos individuales, teoría de los héroes, instituciones; ó más generalizadores y por lo tanto más completos, serán psicólogos como Ramos Mejía.

(1) TAINE, *Essais de critique;* LACOMBE, *De l'histoire considérée comme science;* LABRIOLA, *Conception matérialiste de l'histoire.*

Así, la historia es en gran parte la obra subjetiva de los historiadores. Vemos la interesante trama de fenómenos no como en realidad fueron, sino al través del lente peculiar de sus inteligencias; siempre deformados por los vicios del delicadísimo órgano que refleja imperfectamente las cosas. De ahí que para valorar la obra sea indispensable el conocimiento previo de la mentalidad de su autor, no sólo seguir su proceso intelectual, saber cómo piensa, sus teorías generales, sino cómo percibe, las condiciones peculiares de su visión, qué cosas le interesan y puede por lo tanto observar bien.

¿Cuál es la índole de la inteligencia de Ramos Mejía? No se necesita mayor estudio de sus obras para notar que no es un moralista. En los acontecimientos históricos no busca ni percibe la faz de lo bueno y de lo malo, no juzga, si por casualidad tropieza con ella en sus finos análisis seguramente la desdeñará. Como ejemplo de contraste podría citar al más profundo y concentrado de nuestros pensadores, Estrada, que ilumina la historia con su resplandeciente Decálogo y va repartiendo con severidad inexorable sus fallos justicieros, buscando en todos los casos al móvil de las acciones y el fin que persiguen sus héroes para aplicarles la divina medida. Para Ramos Mejía la historia es

principalmente una disciplina científica, su objeto es explicar los fenómenos, comprender la vida pasada; nada tiene que hacer con la moral y la justicia. Dice, por ejemplo, refiriéndose á las multitudes de la tiranía en sus diversas manifestaciones: « ¿es en el primer caso buena y noble, y en el segundo mala y pérfida? en los dos es fuerza simplemente y las fuerzas funcionan sin los propósitos que informan la moral convencional, aunque en determinados casos se la pueda encarrilar y dirigir. El calor y la electricidad son iguales cuando fecundan la semilla con el amor de su temperatura, cuando iluminan ó llevan el pensamiento humano á las distancias más maravillosas que alcanza, como cuando incendia los campos y las ciudades, dejando al hombre en la miseria, ó hieren y destrozan con el rayo la cúpula soberbia de los templos. » Esta, ú otra manera de pensar, no es el resultado de la escuela filosófica adoptada; no llega á tanto el poder de las ideas. Implica algo más serio y real, una organización apropiada de la sensibilidad, una confirmación peculiar del lente intelectual, influenciado en el presente caso por la disciplina de las ciencias naturales. No se aceptan las teorías por convencimiento, cediendo á la misteriosa fuerza del silogismo, á un prestigio místico é irresistible de la

verdad, si no acuerdan con el temperamento. Así se explica la interminable y eterna lucha de la verdad y el error á través de toda la historia, la desesperante impotencia de la razón en todas las cosas humanas.

Tampoco es narrador. A pesar del talento descriptivo que revela en sus páginas sobre la reconquista y la montonera del maravilloso Güemes, no se detiene en los acontecimientos por el simple placer de revivirlos, placer íntimo, que implica una organización intelectual análoga á la del novelista. Más bien los evita, eliminando aquellos que no son demostrativos de la tesis que lo preocupa, que no revelan algún sentimiento ó estado de alma científicamente interesante. No ve el aspecto material, externo del pasado. En las batallas, por ejemplo, observará los sentimientos complejos del soldado, la curiosa trama moral que se forma en un ejército que combate; en los acontecimientos, revoluciones, asambleas, muchedumbres, el juego psíquico de sus actores, la combinación de las ideas, sensaciones, seguidas con amor en todo su desarrollo, marcando sus diversas etapas, la línea sinuosa que describen en su marcha, la complicación creciente á medida que la evolución histórica toma vuelo y amplitud. Con esta particularidad, que

entre los innumerables fenómenos de una época los anormales impresionan con preferencia su visión. Rara vez estudiará el tipo sano, la vida plena y robusta, la planta feliz que se expande en la alegría de una existencia rica y vigorosa. En cambio, no escapa á su agudo análisis el gérmen morboso, minúsculo, destinado á turbar el bello equilibrio.

Conocida la conformación de su inteligencia analicemos su manera de trabajar. Supongamos que para hacer las Multitudes ha desenvuelto la carta documentada de la América del Sud durante el régimen español, de la República Argentina durante las luchas de la independencia y el montonerismo. En su cámara visual se reflejan en primera línea las varias agrupaciones humanas, los individuos aislados, pero con un aspecto físico y social que se esfuma, acentuándose en cambio con todo relieve, en plena luz, las pasiones, ideas, sentimientos, emociones que colorean y animan las figuras; y en ese conjunto se destacan con nitidez brillante las manifestaciones morbosas, las alteraciones psicológicas congénitas ó adquiridas, los hombres más ó menos fronterizos y anormales, los hechiceros, astrólogos, nigrománticos; el fraile más ó menos apóstata que ha adquirido en la vida libre entre los indios, en el contacto con la naturaleza

salvaje, en la lucha con los elementos, las fieras y los hombres la franqueza de carácter, cierta brusquedad de maneras, ideas originales y extrañas; cosas que desentonan en la medida uniforme, igualmente gris en todos los climas y latitudes del tipo monástico. Con toda esa multitud de fenómenos morales su inteligencia hace la síntesis que permite encerrarlos en una idea general, determina la cualidad común, característica y dominadora : la *protesta* contra toda autoridad, civil, militar, religiosa, científica ; un sentimiento de insubordinación inconsciente que constituye la base, el eje del juego mental durante dos siglos de soberanía española, y que se manifiesta en la historia externa con las invasiones inglesas, la revolución del año 10, y llega el apogeo de su expansión en la época anárquica y montonera.

Entonces aparecen en su cámara visual nuevos fenómenos, los semisalvajes de las pampas y bosques del litoral. Con dos ó tres rasgos precisos y sintéticos describe sus condiciones sociales y económicas, para ir derecho á lo interesante, al alma. Nota que « su inteligencia tiene que ser necesariamente más torpe y crepuscular, y todo lo que para el ciudadano es claro, para aquel es turbio y confuso » ; que son movedizos, sin propósitos políticos

ó vagas aspiraciones de organización. Sus campañas fueron « simples correrías de vagos y bohemios que se convierten en multitud inconsciente después y si hicieron alguna vez prosa sin saberlo defendiendo *latines*, como llamaba el coronel Hereñú á las graciosas tendencias federales de Ramírez, fué por las mismas razones que Facundo Quiroga se echó á la calle sable en mano á defender la religión católica que nadie atacaba ». En la columna gaucha que vaga por el desierto en busca de algún pueblo ó convoy que saquear, él no ve las caras, los trajes, los caballos, el grupo extraño y caprichoso, cubierto de polvo y sol, sino incidentalmente; lo que se destaca son « los móviles puramente personales, pasiones estrechas, necesidades urgentes de la vida, pequeños sentimientos hostiles ó simpáticos, impulsos que en la mayoría de los casos no son de esa alma medular que con un poco de complicidad de las más bajas esferas cerebrales, hacen del hombre, en determinadas circunstancias, el *animal razonado*, de que hablaba Plugger ».

Suponed otro observador. Es un imaginativo: al través de los documentos, libros, memorias, sólo ve la materialidad de las cosas, su fisonomía real, concreta; el color de la cara, la barba, el pelo, el

traje del caudillo, su casa, sus muebles, sus gestos y actitudes; el aspecto físico del pueblo, ciudad, institución, batalla. Y la historia cambia; en la nueva cámara visual todos los temas morales, tan importantes en la obra de Ramos Mejía, desaparecen ó quedan en último plano, medio confundidos entre las sombras, mezclados con los innumerables accidentes más ó menos curiosos que dificultan el trabajo y obstruyen la visión nítida del panorama. Si el vaivén de los sucesos los trae al primer plano, la luz les da en falso, la inteligencia los distribuye mal, sin tino, al azar, acomodándolos á situaciones y personas que no se avienen. Si el lente reflector es bueno, si el crístal es rico y fino, el cuadro tendrá un color y relieve extraordinario, de un interés superficial, si se quiere, pero atrayente y simpático. Es la ciudad antigua con su aspecto externo, sus calles, sus edificios, su pueblo, que reviven con ese misterioso dejo de encanto que tienen las cosas del pasado, como si los animara un ligerísimo resto de vida oculta entre las piedras del edificio en ruinas, en las hojas apolilladas del documento histórico; el héroe que se mueve como en el teatro, desempeñando su papel con arte eximio, con toda la conciencia de sus responsabilidades futuras, con sus actitudes, sus

frases, su lógica correcta y precisa, como que es la del historiador; la batalla que se desarrolla con todos sus incidentes, el detalle heroico, el grupo que carga envuelto en nubes de humo y fuego, ya consagrado por la gloria; el comentario casuístico de los interpretadores de leyes aplicado á la institución antigua, considerada como un producto de las facultades extraordinarias del legislador, del genio de un congreso. Suponed una inteligencia más completa y ponderada, una cámara visual que reflejara los hechos psíquicos y materiales, iluminándolos equitativamente, según su importancia momentánea, y de nuevo el panorama histórico se transformaría.

Bajo de esos interesantes cuadros que se reflejan en las diversas cámaras visuales, hay un factor importantísimo, subyacente, que es el resorte oculto que mueve toda la serie de fenómenos, imprime direeción y crea las tendencias, ideas, sentimientos y pasiones, hace la decoración y el aparato escénico, maneja los personajes sin que se aperciban, y silenciosamente va tejiendo la complicada trama. Es el factor económico que no tiene en la obra de Ramos Mejía el papel que le corresponde. No se explican las multitudes argentinas de las ciudades si no se tiene presente la re-

glamentación industrial y del comercio interno, la influencia social de los esclavos en la evolución del trabajo; no se explican la de los campos si no se estudia la distribución de la propiedad territorial, el estado de los poseedores precaristas. Ese factor económico es la causa primera, subconsciente, de la independencia, de la anarquía, de Rosas; y si se quiere comprender por qué pudo organizarse la nación después del año 52 y no antes, habrá que dejar de lado á Rivadavia, Dorrego, Rosas, etc., y buscar en las transformaciones de la propiedad territorial durante la tiranía la resolución del problema.

El lector convendrá en que la visión intelectual de Ramos Mejía es de primer orden, original, distinguida, fina, que ha presentado bajo una faz nueva la historia patria. Convendrá también en que es difícil llegar á la verdad histórica. El mismo libro cambia según los lectores. ¡Quién sabe cuántas cosas no he visto en las Multitudes, achicadas en mi reducida cámara visual!

Nuestra familia

Á Enrique Navarro Viola.

Entre los proyectos presentados al congreso en los últimos años, el de Drago es el más transcendental. El aplauso con que ha sido recibido demuestra que responde á vivas necesidades, duramente sentidas. Lo que se extraña es la demora en iniciar estas reformas sociales. Tal vez empieza una nueva era; los políticos se habrán convencido de que los gorjeos á propósito de plataformas llenas de cosas, dichas cívicas, á nadie interesan. Por otra parte, el público se educa. Una larga experiencia lo ha convencido de los peligros de la vocalización. El amable gremio de jilgeros y canarios nacionales está en baja. Se sabe lo que significan á frío los métodos de canto aplicados á las cosas serias; los juegos florales sobre graves intereses que exigen calma, inteligencia y mucho estudio.

Llegará el momento en que la oratoria vuelva al teatro, con el que tiene tales analogías que casi son identidades. Como los antiguos, se dará el primer premio al que mejor conmueva defendiendo el pro y el contra.

El proyecto de Drago es el resultado de un estudio serio y concienzudo. Su vasta cultura filosófica le ha permitido penetrar la índole y tendencias de la familia argentina marcadamente individualista. En nuestra sociedad antigua la familia estaba constituída en provecho del padre. Este disponía casi en absoluto de los bienes de su hijo, podía empeñarlo y venderlo en caso de necesidad. La madre ocupaba una situación inferior. De todas las prerrogativas enumeradas en la ley sólo le compete, en defecto del padre, la de consentir en el matrimonio de sus hijos menores de 25 años. Sus bienes dotales están mejor garantidos que en la legislación moderna por un eficaz sistema hipotecario. Tiene una parte en la sociedad conyugal, pero no es heredera del marido, salvo en la llamada cuarta marital. Eran restos del feudalismo, que sólo estima y considera á los que son capaces de llevar armas y mantener el rango de la casa.

Durante el siglo XVIII, las ideas y sentimientos se modifican en pugna con esta legislación. La

anarquía moral perturbaba el orden interno del hogar argentino. Entre el padre español lleno de prejuicios, tiránico y grosero, y sus hijos criollos, las divergencias eran graves; « es frecuente dice Azara, odiar la mujer al marido y el hijo al padre ». Y se inicia el movimiento revolucionario contra el despotismo económico y moral del jefe, y en favor de la madre, sostenida por el cariño de sus hijos contra esa barbarie que no sólo la deprimía, sino que la condenaba á la miseria en los casos de viudez, negándole el título de heredera de su marido : « paganse los omes a las vegadas de algunas mugeres de manera que casan con ellas sin dote, magüer sean pobres, por ende guisada cosa e derecha es, pues que las aman, e las onran en su vida, que non finquen desamparadas á su muerte. E por esta razon touvieron por bien los sabios antiguos, que si el marido non dexasse á tal muger, en que pudiesse bien y honestamente bevir, nin ella lo ouviese de lo suyo, que pueda heredar fasta la quarta parte de los bienes del, maguer aya fijos : pero esta quarta parte non deve montar más de cien libras oro, quanto quier que sea grande la herencia del finado...» (1).

(1) *Leyes de Partidas.*

Esta ley nos revela los sentimientos dominantes. La unión de marido y mujer no es tan estrecha y absoluta; los vínculos anteriores, los que forman la familia propia del cónyuge, conservan toda su importancia. Disuelto el matrimonio la mujer vuelve á ocupar su situación social originaria; gracias que se le deje una limosna en caso de miseria. En el sistema moderno, el matrimonio rompe todos los vínculos con excepción de los ascendientes : los esposos se heredan excluyendo á los colaterales.

En esas sociedades se sacrificaba todo al interés de la familia. El individuo era el accidente pasajero; lo esencial, la salud y riqueza de la institución. De ahí los bienes inajenables, los mayorazgos, la mayor edad tardía ó dependiente casi en absoluto del capricho del padre, la disciplina férrea que preparaba á los hombres á venerar y obedecer la potestad real y la religiosa. Las relaciones con los hijos no tenían la ternura, la deliciosa intimidad y confianza que constituye su encanto « al niño se le abate y castiga en la escuela; se le oprime en el seno mismo de la casa paterna. Si deseoso de satisfacer su natural curiosidad pregunta alguna cosa, se le desprecia y engaña » (1). Todo el sistema

(1) *Semanario.*

responde á un propósito político y religioso, y tenía por base científica la filosofía de la Edad Media.

Con el cambio en la orientación intelectual traído por la filosofía francesa, los conceptos sobre la vida y la sociedad se transformaron, y la familia debió seguir estas corrientes. La nueva doctrina afirmaba que la célula social era el ciudadano. La teoría agradable al amor propio é interés particular fué aceptada con entusiasmo. Así, la familia dejo de ser una entidad autónoma á cuyo bienestar debían sacrificarse todas las demás necesidades. Por encima estaba la felicidad individual. Y las leyes tradujeron estas tendencias mejorando la condición de la madre y de los hijos. Naturalmente, la primera obtuvo un mínimum, ¡ era el sér débil, y los maridos legislaban !

Por eso inventarían las incapacidades que desaparecen al día siguiente de su viudez, como si sus condiciones intelectuales y morales fueran diversas en los dos estados. El orden, la disciplina y la moral de la entidad metafísica exigían esas restricciones, y que se acumulara en el esposo el máximun de facultades. Eso sí, la mujer conserva la amplia libertad á efecto de garantirle sus deudas. La ley cuida prolijamente ese poder de arruinarse,

so pretexto de un destino común, y otras cosas oratorias. El marido percibe las rentas, las distribuye á su antojo, sometido á una fiscalización que se ejercitará el día de la ruptura, en juicio ordinario, complicado, lento, lleno de escollos y tropiezos, como para enloquecer á la infeliz que cree en la equidad de las cosas humanas. En la mayoría de los casos las carcajadas y los llantos se responden en un diálogo dramático, y el cinismo triunfa porque es más hábil y más enérgico. Y el magistrado debe permanecer impasible en presencia de la ley que sanciona la injusticia, y da todos los plazos dilatorios á un corrompido, en virtud de alguna máxima general sobre las santas garantías de la defensa.

Dados estos antecedentes, comprenderá el lector que Drago ha observado bien, y que su proyecto es un momento de la evolución lógica del matrimonio, que fatalmente tenía que suceder. Cuando preparaba el Código Civil, Vélez no tomó en cuenta este proceso histórico. Su comercio con Savigny no modificó las tendencias especulativas de su espíritu. Su época era romántica en literatura y en ciencias sociales. Legisló para un matrimonio ideal, cultivado por las familias que vivían en los alrededores de San Telmo, San Francisco y Santo Do-

mingo : grupo aristocrático y caldeado por las ideas sentimentales á la moda, con una noción falsa y estrecha del mundo y de la vída. No se pensó en la mezcla de razas, en los varios problemas domésticos que se presentan en una sociedad cosmopolita. Creyó en el idilio como regla conyugal, y de ahí su ingenua nota al artículo 1251. Evidentemente es más decorativo decir : « que estas leyes no fueron necesarias en la República », que « su falta, no hace menos felices los matrimonios ». Aparte de su inexactitud, estas doctrinas contrariaban las tendencias más íntimas y profundas de la institución, su Idea, como diría Hegel. Y la valla insalvable opuesta á su desarrollo, ha causado indecibles sufrimientos, verdaderos dramas llenos de dolores, que sólo sabemos los que por nuestro oficio intervenimos diariamente en estos asuntos.

La emancipación económica de la mujer se impone á todas las sociedades basadas en el matrimonio cristiano; va implícita en su desarrollo lógico é histórico, es su tendencia fatal é irresistible; en las clases obreras, porque el jornal pertenece al que lo gana, porque en tesis general, la madre es más económica y previsora que el padre; en las clases ricas, para evitar explotaciones inicuas, para garantir la tranquilidad de las familias perturbadas

en sus sentimientos y en sus intereses por los posibles manejos pródigos ó fraudulentos de un profesional de la dote. Esta clase de reformas que tiendén á mejorar el orden social, borrando injusticias, calmando las más crueles angustias, dando estabilidad á los intereses más caros del hombre y que son el fin primordial de su vida, bien valen toda la papelería cívica y electoral. Por eso repito que será la reforma más trascendental de los últimos años.

En el banquete

OFRECIDO AL DOCTOR LUIS M. DRAGO, POR SUS AMIGOS DEL CÍRCULO DE ARMAS CELEBRANDO SU EXALTACIÓN AL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Á Rufino Varela Ortiz.

Este Círculo de Armas, doctor Drago, al que nos honramos de pertenecer, tiene una reputación risueña. Hasta se dice que le faltan ideales: su atmósfera de escepticismo y buen humor ¡ enervaría las aspiraciones azuladas !

No es difícil que una cierta experiencia de la vida y un espíritu de análisis bastante fino, desmenucen al pasar algunas cosas evangélicas, y que los lemas llenos de luz que deslumbran en las calles se apaguen en la atmósfera más apacible del círculo. Pero conservamos ciertos artículos de fe que hacen estimable nuestro credo. Tenemos, por ejemplo, la virtud de la tolerancia, el culto de la amis-

tad y de la simpatía : una cosa eximia, señores, que con su aplauso centuplica el placer del triunfo ó nos reconforta si la curva de la vida nos ha de conducir resignados, á la mediocridad y el silencio.

Así, no somos envidiosos, muy al contrario, nos alegramos de los éxitos ajenos, siempre que sean inteligentes : sentimos un respeto profundo por la distinción de espíritu, por la ciencia que se disimula y contribuye con todo su poder á dar mayor agrado á la relaciones sociales. Al cumplimentar al nuevo ministro de Relaciones Exteriores celebramos la tendencia de refinada cultura que representa. En otras épocas, el doctor Drago no habría salido de los límites de su biblioteca ; cuando el gusto á la moda confundía el sonido vibrante y vulgar de los cobres y la nota pura del metal fino, trabajado con prolija paciencia, con el alma entera. Tal vez buscando la paz interior en las ideas de sus pensadores predilectos, hubiera dejado varios volúmenes de estilo sobrio y elegante, con ese ligero matiz humorista que hace tan original á « Los hombres de presa », y la historia del intelecto argentino contaría un excelente capítulo más.

Por suerte, el doctor Drago sabe pensar y

obrar —dos cualidades que en general no van juntas, —y en la traza de su vida estaba escrito que había de pisar esas alturas que dominan la tierra prometida. Es el primer hombre de mi generación que llega á ese país lejano y misterioso. Lo seguiremos con viva curiosidad, dispuestos á aplaudir el desarrollo de sus finas cualidades en un campo tan vasto é interesante.

Contestación del doctor Drago

No sé como agradecer esta demostración elocuente de cariño que puedo sólo atribuir á una gran benevolencia. Veo que hemos empezado á adoptar los métodos y los procedimientos sajones. Era la antígua usanza de nuestra raza prenderse de los faldones del que empezaba á subir la cucaña para dar con él en tierra, á diferencia de los ingleses que sosteniéndose en las puntas de los pies y estirando brazos y manos han tratado siempre de dar impulso al que sube, como lo hacéis vosotros. Yo no tengo mérito ninguno si no es el de los buenos deseos y la mejor voluntad, pero todos ganan con esta fiesta afectuosa : yo que conservaré indeleble su recuerdo entre los más gratos de mi vida, voso-

tros que habréis hecho cuanto es posible para propender á la formación de un hombre, no corriendo ya de vuestra cuenta lo que él haga ó pueda hacer en adelante. Juancito, mi cariñoso amigo, el noble pensador y juez, se ha referido á la tierra prometida que yo describía en alguna ocasión muy honrosa para él, como el anhelo nunca alcanzado de nuestra generación.

Gracias al cielo voy llegando á ella y otros conmigo, apercibiéndonos no sin emoción, que el encantado paisaje no es la región de la leche y la miel sino más bien la altura donde el aire se enrarece y las fuerzas pueden flaquear. Quiera Dios que mi organización resista y juntos podamos festejar el fin de la jornada, que será el éxito de todos.

En un banquete

OFRECIDO AL AUTOR POR SUS AMIGOS

Á Fernando Pérez.

Señores :

Un sincero examen de conciencia me ha convencido de que esta fiesta no podía relacionarse con mi persona. En todo caso habré sido la ocasión de que se manifieste el noble deseo de estimular al trabajo, Y yo agradezco el estímulo y me siento conmovido porque veo la buena nueva para las generaciones jóvenes de que esta sociedad aprecia y recompensa con creces sus esfuerzos, dándole mucho más de lo que soñaron merecer.

Es un simple prejuicio creer que no hay ambiente para las cosas del espíritu. Ninguna sociedad tiene más vivo anhelo por una literatura y arte que expresen sus sentimientos y aspiraciones, una filosofía que sintetice sus ideas, dándole conciencia

clara de sus fines y de su papel en el desenvolvimiento futuro de la civilización sudamericana, señalándole sus rumbos.

Por eso, señores, recibe entre palmas el más insignificante esfuerzo que tienda á estudiarla y explicarle su manera de ser. Podemos imaginar cómo tratará á su poeta, á su filósofo ó historiador, al ver cómo recibe á un modesto cronista de las cosas indianas. Ya entreveo con alegría el aplauso con que aclamaremos á ese hombre que nos dé la palabra sintética, el lema para nuestra bandera sin sol, la que yo quiero, la de paz, inteligencia y civilización.

Hemos adquirido el convencimiento de que los países de la historia dejaron algo más que el recuerdo de sus fugitivas riquezas. Nos queda la inquietud patriótica de que la república no llena su misión concretándose á aumentar su fortuna. El historiador futuro no encontraría tema que excitara su mente, en el espectáculo monótono del oro que se derrama, con cierta inconciencia, en la vida de las ciudades lujosas que no tienen una civilización. Esa riqueza es la base de todo progreso; pero tengamos cuidado, lleva fácilmente á un país á la situación política de cosa conquistable y explotable. Sólo la idea, señores, da vida y energía

á las naciones, y animándolas con su vigor extraordinario las lleva entusiastas hacia las cosas grandes y bellas, que les permite también, llegado el momento de la decadencia ó de la derrota, retirarse con dignidad de la escena, dejando una emoción, algún pensamiento, el ensueño de un artista, la síntesis profunda de un filósofo, las verdaderas flores de una civilización, que perpetúen en los siglos un recuerdo de respeto y simpatías.

Brindo, señores, por esa futura civilización argentina y sudamericana, con sus sólidos fundamentos morales, que lleve á todos los rincones del continente el culto de la justicia, de la verdad y de la belleza.

El doctor Luis María Drago cerró los brindis con el siguiente discurso :

Señores : Diré también dos palabres de felicitación y aliento para el doctor Juan A. García. Tiene entre todos los de su época, además del talento distinguido, el mérito que no abunda de la labor perseverante que ni se distrae con los halagos ni se desalienta con la indiferencia ó las dificultades del medio hostil. Es así su último libro la combinación feliz de esas nobles facultades de discernimiento y

buen gusto con el esfuerzo continuado y paciente para allegar los materiales especiales en los antiguos documentos y archivos, que al contacto de su pluma se animan, se coloran, cobran vida y nos dan la historia incidentada y brillante del antiguo municipio y sus vecinos, *corregidores y corregidos* de la ciudad colonial. Todo ello en un estllo americano en que se refleja el temperamento plácido é igual del autor, y la exquísita cultura que es el encanto de su trato privado.

No sé si este libro, más feliz que sus predecesores, llevará al doctor García á las amplias esferas á que parecen llamarlo sus talentos ; la influencia política y la noble acción gubernativa no parecen, salvo raras y honrosas excepciones, haber tocado en lote á la generación á que él pertenece, que después de prepararse largos años para la tierra prometida, comienza á creer, al declinar la tarde, que morirá en el desierto sin llegar á alcanzarla.

De Federico el Grande se dijo que era más fácil ser buen gobernante que autor siquiera mediocre.

Cualesquiera que sean sus ulteriores destinos, le quedará á nuestro amigo el consuelo de haber sido ante todo autor, y autor eximio.

¡ Señores, por el doctor Juan A. García !

La locura en la historia

Buenos Aires, abril 21 de 1895.

Señor doctor José M. Ramos Mejía.

Estimado amigo :

La influencia de la locura en la historia es innegable. En el fondo, la cuestión sería más de palabras que de otra cosa. Lo que se llamaba « exaltación, pasiones desencadenadas, ambición desmedida, fanatismo religioso », usted lo nombra « histerismo, epilepsia, delirio de persecusiones », conceptos de una apariencia más científica y satisfactoria, pero la explicación es siempre verbal y se desea algo más concreto, que dé la clave de los complicados fenómenos. En el método de analogías y en estas materias algo vagas, es difícil fijar ciertos límites prudentes, y muy fácil ultrapasarlos.

El *sentido vulgar*, como usted lo dice, había

comprendido que Torquemada, por ejemplo, no era una persona normal, es decir, igual al resto de sus contemporáneos más ó menos chatos y *terre à terre*, buenos burgueses, devotos y que creían firmemente en el diablo y en la intervención diaria y constante en todos los actos de la vida de innumerables santos y protectores, que se conmueven con un *ave, un pater;* mucho más felices, sea dicho de paso, que los modernos que no creen en nada! Pero la dificultad que usted no ha resuelto, consiste en fijar previamente los límites entre lo normal y lo anormal entre la salud y la enfermedad; precisar esa noción vaga del sentido vulgar.

Recuerdo que Durhkeim en la *Revue Philosofique* del 94, páginas 14 y 168, trata la cuestión en un original estudio sobre el método sociológico, sin arribar á una solución satisfactoria.

Y usted sabe lo que dice Taine respecto de nuestro equilibrio moral é intelectual : « *à proprement parler, l'homme est fou comme le corps est malade, par nature; la santé de notre esprit comme la santé de nos organes n'est qu'une réussite fréquente et un bel accident.*

Y esto que á primera vista parece paradojal, es desgraciadamente exactísimo. Nada tan delicado

y frágil como ese haz de sensaciones, ideas y recuerdos en un movimiento constante, ordenado y metódico, sujeto á determinadas leyes y que se llama pomposamente la personalidad.

Cualquier roce, una pequeña excitación de alguno de los inumerables y tenues nervios trae alteraciones de la percepción, y como consecuencia un desequilibrio más ó menos intenso y duradero. Y el buen funcionamiento de ese mecanismo tan complicado, de una precisión tan admirable, depende de tantos factores, que con razón se le puede llamar una *réussite*. Cuanta mayor sea en perfección, más influencias lo comueven ; levanta envidias, odios, emulaciones terribles; crea orgullos y vanidades de las más celosas ; sufre á cada instante roces y choques groseros que lo desgastan y forsozamente se produce un desequilibrio, alguno de los hilos conductores se usa, un centro se congestiona ó irrita y momentáneamente aparece la deformación moral importante ó transitoria. Si á esta delicadeza del órgano se agregan las pasiones religiosas y políticas de antaño, la cotidiana lucha á mano armada por el hogar, la ciudad ó la patria ; todos los sacudimientos morales de esas edades, es muy natural y lógico que por momentos los hombres de la historia parezcan enfermos.

Creo que sin necesidad de la patología mental, la vida de Torquemada, por ejemplo, es fácilmente explicable. Imagino al fraile español seco y anguloso, transparente y demacrado por las penitencias, los ayunos, la vida conventual una figura de Alonso Cano, fisonomía ascética que inspira terror porque parece salida del *pudridero*. De ilustración escasa, de inteligencia mediocre, y con toda la pasión religiosa de la época, con la agravante de ser español de raza, es decir, descendiente de los que durante siglos confundían en sus batallas con los moros la religión y la patria. Es un convencido, cree firmemente, como todos sus compatriotas, en el infierno y en el cielo; cree hacer obra santa exterminando heréticos, especialmente judíos y moros, porque ahí los odios se juntan para producir el ejemplo más sublime de la ferocidad humana. Y el verbo *créer* tiene en esos tiempos un significado distinto, que nosotros más ó menos escépticos no comprendemos porque hemos perdido esas fuerzas de pasión salvajes.

La época no era de dulzuras y suavidades, la simple lista de penas y pruebas basta para erizar nuestra sensibilidad.

El tormento, los calabozos subterráneos estaban en las costumbres, no causaban á los contemporá-

neos la impresión que nos hacen á nosotros, eran de uso normal; y los concurrentes á las audiencias judiciales y espectáculos del patíbulo no mirarían con tanto horror los autos de fe. Y si por algún esfuerzo de imaginación nos colocáramos en aquel medio, encontraríamos naturales la inquisición y los inquisidores con todo su cortejo de penitentes, comisarios delatores, endemoniados y brujos, sus verdugos y torturas, y el soberbio final de ópera, el auto de fe que usted describe con un vigor de estilo y una fuerza de expresión tan poderosa.

Pasaré á otros héroes más simpáticos. No estoy conforme con el perfil vesánico que usted atribuye á los grandes héroes del primitivo cristianismo. San Pablo, por ejemplo, la figura predominante entre los apóstoles por la altura de sus concepciones y el carácter amplio y humanitario de su propaganda, no tiene rasgos anormales. Es una personalidad de lucha, de una inteligencia admirable. Su diagnóstico, basado en el precioso libro de Renán, sería más lógico si buscara la explicación de ciertas rarezas en defectos de educación, en la poca preparación retórica que podía tener un centurión romano, en los mismos accidentes de su vida. Difícil encontrar un hombre público que por las agitaciones de su vida

no presente en algún momento síntomas sospechosos, pero que no impiden seguir un plan perfectamente meditado y llevarlo á buen fin.

Felizmente, usted ha limitado su estudio á personalidades poco simpáticas, Carlos V, Felipe II, Torquemada, Nerón, no seducen á nadie. Los verdaderos grandes hombres de la historia seguirán siendo, como dice Carlyle, *une consolation, une compagnie profitable. Il est la vivante fontaine de lumière, près de laquelle il est bon et agréable de se trouver.*

Antes de terminar esta carta, demasiado larga, me permitirá que le diga que sus páginas sobre la Grecia son deliciosas, pero la misma impresión de serenidad tranquila á que usted se refiere, la produce cierto arte cristiano, el de Giotto ó Fra Angélico, por ejemplo, dándole un relieve admirable á la expresión, esperitualizando la materia con medios sencillos, casi ingenuos, con un candor lleno de gracia y suavidades. Es preciso contemplarlos en el silencio y soledad de los claustros, cuyas paredes decoran, en esa hora del *ave* que en Italia tiene melancolías especiales, mezcla de misticismo y arte, de dulces sentimientos y amables tristezas; es conveniente repartir un poco el entusiasmo. A pesar de todas sus maravillas, el arte clásico tie-

ne que impresionarnos menos, porque, como usted lo demuestra, somos completamente diversos de los griegos y ¡es tan difícil comprenderlos en toda la amplitud de la palabra!

Tambos y rodeos

Septiembre 23 de 1902.

Señor M. Bernárdez.

Distinguido amigo :

He hecho un paréntesis en unas investigaciones semicoloniales para leer su bello libro. Esta lectura resultó un complemento de la otra; pasaba de lo fantástico á lo real, de la idea al hecho. A principios del siglo XIX los redactores de los editoriales — casi todos filósofos — del *Telégrafo, Semanario, Censor, Gaceta*... teorizaban sobre la manteca, el queso, la leche, las carnes, la apicultura y sus destinos. Era un periodismo de pedagogos serios y concienzudos, no muy amenos, empeñados en la tarea difícil de educar al pueblo con nociones prácticas y citas clásicas; vulgarizando los conocimientos rurales por si los jóvenes militares y constitu-

cionalistas se tentaban con esas cosas más terrestres y provechosas. Como era natural, no fueron oídos; los argentinos preferimos batallar cincuenta años sobre unas confusiones que todavía no se entienden, y á propósito de las cuales se eleva una estátua al doctor Alberdi. Pero esos hombres fueron profetas, estaban penetrados del sentimiento de la grandeza del país, que caracteriza desde sus orígenes nuestra vida colectiva.

De ese sentimiento está impregnado también su libro. Usted lo traduce en su estilo propio y personal, que revela una imaginación robusta y un temperamento intelectual rico, abierto á todas las impresiones externas, y que las transmite con claridad y con vida. Es el secreto de los estilos, sentir bien : unos finos hilos de nervios que se extremecen al más ligero contacto de la vida que pasa... Para los aficionados á observar el curso de las cosas, su libro es un nuevo dato sobre la evolución de la idea de la grandeza. Antes se insinuaba, era una esperanza, una fe vaga y caprichosa; un poco petulante y audaz cuando circula en la modesta ciudad indiana, ó en la aldea unitaria llena de odios, de pasiones chicas y de ambiciones voraces, sin otro porvenir que la anarquía y las rencillas de los constitucionalistas, que son las peores. Fué

saludable por acción de presencia. La riqueza vislumbrada, el futuro de gloria opulenta, que empieza á realizarse y que usted describe con brillo, trajeron la cordura, la moderación y la paz. Los hombres se convencieron de que en los países nuevos, sin problemas sociales y morales, la mejor política es el trabajo, el modesto trabajo que fortalece el cuerpo y eleva el alma, y poco á poco va formando las nuevas generaciones que corregirán en paz y armonía nuestros defectos; sin odios ni batallas, con la calma regular y el poder irresistible de la gravitación social,

Le diré muy despacito, á riesgo de que me crea paradojal, que nuestros progresos materiales son inferiores á nuestros progresos morales y políticos. Entre la Martona y las antiguas lecherías, hay menores distancias que entre los estados sociales de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX y á principipios del siglo XX. Es posible que más adelante repita en voz alta la afirmación y la demuestre. *A priori* la tesis es lógica; el progreso de la inteligencia precede siempre al desarrollo material. Esas industrias que lo deslumbran imponen ciertas garantías de paz y de justicia; es decir, una política de bondad discreta. No habrían sido posibles en las épocas de fermentación institucional.

No vaya á repetir estas cosas en los comités ni en los diarios militantes ; sería silbado con entusiasmo. Pero no están de más algunas de esas ideas para comtemplar las posibles tormentas con espíritu tranquilo y risueño.

Termino felicitándolo. Su libro es bueno, una lectura sana y fácil que debe recomendarse á los jóvenes para apartarlos de la politica y la literatura. Su entusiasmo es contagioso, y si no tuviera hábitos demasiado arraigados y un concepto algo raro de la vida, tal vez le propusiera una empresa lechera !

Buenos Aires

Buenos Aires, Octubre 17 de 1902.

Señor Manuel Bilbao.

Distinguido señor :

Acuso recibo de su libro sobre Buenos Aires. Usted me hace el honor de pedirme un juicio crítico. Después del expresivo prefacio del doctor López y de la felicitación del general Mitre, los dos maestros de nuestra historia ¿ no le parece que sería inoportuno y algo pedante el que yo opinara sobre au trabajo ?

Su libro llega á tiempo. El viejo Buenos Aires desaparece sin dejar rastros. Es una injusticia y una iniquidad, una prueba de ininteligencia del papel capital de estas cosas en el desarrollo de ciertos sentimientos muy útiles y muy bellos. Recuerda usted la vieja Merced ; era una basílica de

virreyes, un tipo de arquitectura americana que daba su impresión de arcaísmo, con su gracia y elegancia.

Era el templo de mi devoción, junto con San Francisco; más lleno de recuerdos, porque todos sus ladrillos están saturados de tres siglos de vida porteña, de lo más selecto é intelectual. La Merced ha tomado el tono del *modern style*, lujosa y barnizada, con muchos mosaicos y decorados; es un síntoma demostrativo del gusto dominante en la sociedad y de la clase de su fe religiosa. San Francisco se conserva debido á su pobreza. También los laicos hemos cometido algunos pecados mortales. Así, en Palermo, reemplazamos el último modelo de la casa patricia de principios del siglo XVIII, por un quiosco de lechería. Yo no discuto la belleza de un quiosco, ni su utilidad; es el complemento de una decoración de ópera cómica. Pero la mansión colonial era una página de historia respetable en todos los países civilizados y bárbaros, salva los amorfos, que ni tienen, ni desean personalidad.

Si no fuera por usted, Wilde, Zinny, Núñez y algunos otros hombres meritorios que recogieron la tradición, y más ó menos esbozaron el cuadro de la vieja ciudad, las generaciones futuras no

podrían estudiar su historia. No es imposible que para ciertos criterios el vacío carezca de importancia. Tal vez lo consideren ventajoso para no distraer á los jóvenes con preocupaciones añejas. Es cuestión de simple tacto y de gusto, una cualidad fugaz y que establece diversidades profundas entre los hombres y entre los pueblos; diversidades que llevan respectivamente el rastaquerismo ó á la dirección moral é intelectual de los demás.

De vacaciones

Á Juan Carballido.

I

Luchón, 1886.

Luchon está triste este año; al menos así lo repiten sus habituados que lamentan la pasada alegría de este coqueto pueblo, refugio de ociosos, touristas y jugadores que vienen á pasar el mes en la mesa de bacarat, ó á reponer sus fuerzas perdidas en la excitación de la vida europea.

En sus cuentos rusos el barón de Nervo dice que adora á Luchon y le guarda fidelidad desde hace treinta años. Me explico fácilmente ese entusiasmo: ¡es tan delicadamente bella la naturaleza del mediodía! El pueblito se extiende en el fondo de un valle, un rincón encantado de los Pirineos, resplandeciente de luz y de verdura. Los pensa-

mientos tristes, el pesimismo que puso á la moda el famoso humorista alemán no resiste á este sol brillante y ardiente, que esparce con prodigalidad sus claridades y convierte la naturaleza en una fiesta de colores. La luz penetra á raudales, invade por todas partes con lujo, con exhuberancia de brillo, vivificando las plantas y los árboles, matizando la tierra con los más espléndidos colores, serenando el espiritu con sus cuadros tan pintorescos, sus contrastes y perspectivas soñadas. Qué regalo para un pintor! Las plantas y los bosques se extienden por las faldas de las montañas con un vigor y una savia admirables : al retazo de trigo limpio y amarillo como el oro, sucede otro de verdura, y así siguen, como damero irregular, perdiéndose en el fondo obscuro de los árboles, en la sombra proyectada por los montes.

A veces, en la semi-obscuridad del crepúsculo, toman estos paísajes esa expresión de melancolía íntima y profunda de los cuadros de Millet. Pero no es la tristeza negra del Norte, que sugiere pensamientos desesperados y oculta todos los horizontes alegres de la vida; es la suavidad de sentimiento producida por el placer artístico, la poesía de las cosas que poco á poco, por el maravilloso efecto de lo bello se apodera del espíritu,

y permite sentir plenamente las más suaves sensaciones. Involuntariamente pensaba en el gran artista muerto hace poco, pobre y miserable, en su choza de Fontainebleau, y que supo expresar esa tristeza infinita de la naturaleza, esa tranquilidad de las horas poéticas en que el paisaje, los árboles, el aire, parecen impregnados en una atmósfera tibia y melancólica, como los cantos de la montaña.

Desde la cima veo extenderse la potente cadena describiendo infinitas curvas, deteniéndose á veces para formar un valle, delineando preciosas perspectivas, y continuar su marcha bajando y subiendo, hasta desaparecer confundida en los horizontes. En las pequeñas aldeas diseminadas por sus faldas y entre el agrupamiento de blancas casitas se eleva muy alto el clásico campanario de piedra : son torres delgadas y elegantes, que se alzan con ligereza y gracia, terminando en una aguda flecha. Estas pequeñas obras del arte cristiano son admirables por su unidad y vigor de expresión ; sugieren ideas graves, sentimientos serios ; hay una fuerza misteriosa que inclina al espíritu á las emociones místicas, Todo ayuda la impresión religiosa : la luz que desciende suavemente, extraña, al través de vidrieras pin-

tadas, en las que artistas ignorados han representado escenas de la Biblia; las altas arcadas, sostenidas por columnas de piedra construidas con tal elegancia que la curva se delinea sencillamente y sin esfuerzo, como si fueran flexibles; y ese aspecto solemne, indeleblemente impreso por los años! Me sorprendía ese poder de expresión de la arquitectura, tan enérgico y eficaz como un cuadro ó una estatua. El templo griego con su pórtico lleno de columnas, inundado de luz, aire y claridad por todas partes, despierta ideas más plácidas, impregnadas en esa clásica serenidad de sus dioses. El arte cristiano es la eterna plegaria de la tierra al cielo, simbolizada en esas nervuras de sus columnas que se alzan hasta perderse en la obscuridad del techo; y el espíritu las sigue dominado por pensamientos lúgubres, en un recogimiento fervoroso, contagiado por una melancolía profunda, como si la obra de arte hiciera presa en nuestros sentimientos con toda la energía del genio creador! La torre de aldea me revelaba la Edad Media, con todas sus pasiones, sus éxtasis y su fe. En el fondo y adornando la pared del altar mayor hay un precioso fresco que representa la Santa Familia. De un colorido mediocre, tiene sin embargo la figura de la Virgen una fisonomía de paisana de

un sabor local espléndido; las facciones son toscas, pero hay una compasión tan delicada en los ojos, una expresión de lástima, de perdón é inagotable indulgencia sorprendentes. Así se la debían representar en aquellos tiempos; una fuerza auxiliar en todos los trances de la vida, á la que se acudía como á una madre bienhechora, y que en la agonía recogiera el alma para llevarla al cielo!

. . . . . .

La vida de Luchon se concentra todas las noches en el Casino y el que quiera buscar su extracto tiene que entrar á la sala de bacarat. Los *parisienses* de toda la Europa, como los romanos de la decadencia, abandonan en este mes las grandes capitales, y vienen á los pueblos de recreo para continuar en otra forma la misma vida de pura sensación; en busca de aguas que exciten y vigoricen sistemas nerviosos gastados y enfermos en la existencia artificial de las ciudades. Hay un fiel de balanza imposible de precisar que marca el apogeo de una civilización ó el comienzo de una decadencia, y en él la vieja historia se repite con símiles asombrosos. Casualmente el establecimiento balneario de Luchon se alza sobre el mismo lugar que ocupaban los termas romanos. Las mismas aguas para vigorizar naturalezas debilitadas por causas

análogas. Existen todavía restos de antiguas inscripciones, muestras de agradecimiento á los dioses protectores, efusiones inspiradas en el calor tibio del baño, en el agua que acaricia la piel y la vuelve suave.

. . . . . .

Faites vos jeux, messieurs, faites vos jeux; únicas palabras que se oían alrededor de la gran mesa ovalada, rodeada de una triple hilera de jugadores; unos cincuenta hombres y diez ó doce mujeres que seguían en ese profundo silencio de la emoción del dinero, el vaivén de las cartas y de las fichas que levantaba con su pala el sirviente pasándolas de un extremo á otro. Ellas, menos dueñas de sus sentimientos, tenían los ojos brillantes, ansiosos, el cutis encendido, la expresión concentrada, fija en ese objeto único; interesadas siempre, aunque no jueguen, porque la mesa las atrae con una fuerza misteriosa é irresistible. Qué vértigo de oro! ese ruído de los montones de fichas blancas, amarillas, rosadas, que se extienden frente á un banquero afortunado, relucientes como metal; ese movimiento de dinero, de cartas, que llevan la fortuna ó la desgracia con una rapidez increíble. No se habla, no se conversa, apenas se saluda. El egoísmo se presenta de relieve, en un

aspecto desagradable. La pasión se refleja en la cara, en el gesto; llena de pequeñeces, con alegrías y tristezas que inspiran lástima. Veía un hombre con 50.000 francos por delante apretar nerviosamente las cartas, sonrosarse por la emoción, y jadeante, sudoroso, con una expresión de ansia inaguantable tirar el mazo, y recoger sus fichas en medio de las fruiciones de placer del avaro que se cubre con su oro y lo palpa, lo refriega con delicia, en un éxtasis de dinero que rodará mañana por otras mesas.

Ella sacó su carterita de Rusia y puso su pequeño napoleón sobre la mesa; pero no había concluído de dejarlo cuando la banca lo recogía y fué á confundirse entre las fichas. Entonces tomó otro, lo miró, vacilante, y empinándose por sobre la primera fila lo dejó caer. Así pasaron muchos minutos, hasta que se apartó de la mesa con la cartera vacía, para acercarse á un señor viejo, de barba gris, que dormitaba en un sofá. Lo despertó, tocándolo con un gesto eminentemente felino, acariciando su barba. Al entreabrir pesadamente los ojos, intentó sonreir y volvio á su plácido sueño, en la voluptuosidad de una buena digestión. Ella fué á reclinarse en la gran vidriera que da al parque.

El jardín estaba silencioso y desierto, espléndidamente iluminado por los focos eléctricos. La luna trasmontaba y ante su mirada tan llena de infinitas promesas el paisaje de Luchon con sus árboles, su cielo puro y estrellado se destacaba envuelto en la más delicada poesía.

Faites vos jeux, messieurs, faites vos jeux !

II

Á Alejandro Madero.

Venecia, 1887.

. . . . . .

En Venecia (1) el mayor placer es errar por los canales, las iglesias y los palacios : errar sin guía, á la ventura, gozando esa deliciosa satisfacción de la sorpresa que causa la obra de arte notada de improviso, sin que el Manual la haya anunciado, indicando de paso lo que debe admirarse, lo mediocre y lo malo. Así se la saborea por completo, se

(1) TAINE, *Voyage en Italie;* MOLMENTI, *La vie privée à Vénise.*

critica y se juzga, y sobre todo se siente la impresión propia y original de nuestra manera de ser.

¡ Se explica el arte bajo este cielo azul y claro, con el Adriático y las lagunas por horizonte ! La inteligencia vive en un estado de excitación contínua, observando día por día alguna faz nueva, algún rincón pintoresco rodeado de toda la melancolía de la Edad Media.

Ya es un puente que domina una bella perspectiva; un canal estrecho y solitario cruzado por pocas góndolas, y allá, en el fondo, perdida entre la obscuridad de las viejas murallas, la milagrosa madona, resto de otra época, que aún alumbra con la débil claridad de su lámpara de aceite; frailes que pasan envueltos en sus capuchas y que parecen sacados de una tela de Zurbarán... el detalle más insignificante adquiere un colorido de novela romántica en esta ciudad excepcional, impregnada de un idealismo intenso, de un sentimiento especial vigorosísimo. Fatalmente se despierta un poco de poesía en el ánimo. Es una quincena que se pasa fuera del mundo cuyos écos se apagan en estos canales silenciosos, obscuros y solitarios, animado de esa débil vida que le prestan sus recuerdos; una existencia extraña, un sueño lleno de bellas sensaciones que abren el espíritu

y lo ponen en una corriente de ideas simpáticas y benévolas. Lo excita con su pasado de epopeya, su historia animada, brillante, encantadora como una novela, con ese interés de la vida apasionada, bulliciosa, y sobre todo espiritual. La ciudad se extiende á su imagen, con sus calles pequeñas, las plazas limpias, pavimentadas, adornadas con alguna obra de arte, confortables y cómodas, hechas para vivir en ellas, conversar al abrigo de las galerías, ó tomar el sol junto al león de San Marcos, contemplando ese espectáculo alegre y risueño que forma el conjunto del palacio, la Basílica y el Gran Canal.

Se recorre un poco á Molmenti para refrescar los recuerdos de la vida Veneciana con todas sus fiestas, sus torneos, sus crónicas amorosas, llenas de pasión, de lances y crímenes, su trabajo intelectual y artístico tan activo, sobre todo tan vivo y original; un desarrollo de la inteligencia extraordinario, como si las fuerzas hubieran rebosado desparramando las obras de genio propias, sentidas allí en la ciudad patria y que encarnan admirablemente el talento inspirador. Raras veces la influencia de la sociedad en el arte ha sido tan intensa y recíproca. A medida que pasáis los días en sus calles y canales, creeis percibir confusamente la causa

de esa exhuberancia de sensaciones que crearon tanta belleza. Ya es un efecto de luz notado al pasar y que parece sacado de algún Ticiano; la mujer del pueblo que os recuerda la soberana esplendidez de todos los cuerpos de Veronese, palpitantes de vida y movimiento; el marinero de fisonomía enérgica, con una musculatura hercúlea, como las que admiráis en las del Palacio Ducal... Pero sobre todo está San Marcos. La Basílica y el Palacio dominan á Venecia, le han impreso su sello, le han dado su fisonomía propia y característica con todo el prestigio del genio creador. Se contempla el famoso palacio bajo una impresión de felicidad. Hay una nota de animación, de alegría y vida en esa obra, como si hubiera sido pensada en un momento de dicha, sugerida por una inspiración sana y original, realizada en medio del entusiasmo de un pueblo generoso y artista. De pronto recuerda las construcciones de los árabes; tiene algo de voluptuoso, de sonriente; nos figuramos que deben habitarlo ninfas y que en su interior el aire será más puro y perfumado como en los jardines de la Alhambra. Tiene detalles de una fuerza sorprendente, escapes de fantasía exaltada que se ha entretenido en dibujar aquí y allá pequeños arcos, infinidad de líneas vueltas y revueltas al capricho de un

gusto original que no seguía escuela alguna, ignorante tal vez, pero de una imaginación rica, con un ideal de vida próspera y brillante, y que retrata en la obra su espíritu despreocupado, libre, feliz y de genio!

Había pasado el día en la Academia con el *Milagro de San Marcos*, la *Ascención* del Ticiano y una Madonna de Bellini admirablemente dibujada, una fisonomía bellísima, una expresión tranquila, serena, adorable. La Madonna italiana es una fuente de poesía eterna, una inspiración amable y cariñosa que ha realizado el arte con todas las delicadezas más exquisitas, notando detalles de sentimiento de una gran fineza. Es un sér amado que los artistas trataron con todo el entusiasmo de su fe ó de su ideal de la mujer, y le reservan sus toques más suaves.

En cada museo hay varios de esos himnos de amor ideal, una imagen pura, trazada con toda corrección, en actitudes y expresiones como no se ven en la tierra, que parecen notadas en esos momentos supremos en los que toda el alma se dibuja un instante en la fisonomía. En Venecia está la de Bellini, y la del Ticiano en su Ascención, más real y humana pero sin ese toque de vaga poesía que se refleja en la mirada, en la sombra, en el ambiente

que rodea el otro cuadro. Es una cara hermosa, fresca, con los colores de salud y fuerza, con una expresión de éxtasis divino. Tiene demasiada vida y vigor, representaría cualquier símbolo grandioso, una idea rica, generosa y brillante como la *Gloria de Venecia* del Veronese. Es una ascensión pagana, llena de luz y sol, un cuerpo espléndido que resplandece en los aires, pero sin esa nota débil, delicada, misteriosa como un crepúsculo que caracteriza el ideal de una Madonna. Andrea del Sarto lo ha realizado mejor en su *Ascención* de Bolonia. Es un cuadro que no se juzga ni se analiza; simplemente se le adora. Sólo en Rafael se encuentra esa expresión velada, misteriosa, llena de un sentimiento conmovedor. La Madonna asciende como un deseo supremo, rodeada de ángeles deliciosos, alegres, juguetones, una colmena de criaturas sanas y robustas que cruzan los aires agitando las cabecitas doradas. Recordaba los ángeles de Reynolds en el British Museum, más delicados todavía; fisonomías adorables, con sus cabelleras de oro, una filigrama de delicadeza, las carnaciones rosadas y abundantes, la aurora de la vida vigorosa y enérgica. Se olvidan los libros, las teorías y críticas, se cierra á Vasari y Taine, la emoción invade todo; por un instante os volvéis sectarios,

católicos exaltados de la divina Madonna! Lentamente le tela se anima, las expresiones se acentúan, todo un mundo ideal revive rodeado de una atmósfera de calma, de serenidad inefable. La vírgen mira con una bondad y cariño tan tiernos, como si hubiera concentrado en su mirada todas las caricias del más exaltado amor de madre!

¡Qué inmenso prestigio adquiría la religión con la ayuda del arte! El creyente que rezaba ante esas imágenes debía sentir la emoción artística confundida con el misticismo de su fervor; y tal vez ese placer intenso, esa sensación de consuelo que refrescaba su espíritu agobiado y triste, y lo hacía invocar la imagen en todos sus aflicciones, era debida á misteriosa influencia del arte encarnado en la encantadora virgen.

La Madonna es una creación italiana, original de este pueblo de un espíritu vigoroso, sentimental y poético, y que la ha rodeado de un ideal tan bello y delicado como si hubiera concentrado en ella toda la ternura, el cariño y la pasión de que es capaz, realizando un sér de sublime idealismo, más hermoso aún que la Margarita alemana ó la Ofelia inglesa. Así se explica su inmenso prestigio; y ahora que la antigua fe perece, que los viejos ideales humanos han caído de sus altares, ella siem-

pre conserva su frescura, la vida de los primeros días; en medío de un mundo nuevo, de una naturaleza afeada por las chimeneas de las fábricas, de una sociedad positivista, brilla con igual intensidad su luz rosada como el último resto de poesía. No creen en Dios ni en su iglesia, se rien de los santos, y traducen á Darwin y Herbert Spencer; pero los más incrédulos se postran ante las madonnas de Bellini ó de del Sarto, y la invocan como una de las fuentes de inspiración más preciosas que haya creado la imaginación humana. En las calles y plazas se conserva su imagen, se la respeta y siempre arde la luz en su homenaje. El paisano la nombra instintivamente en sus momentos de alegría y tristeza, como si quisiera hacerla partícipe de todas las grandes emociones de la vida. Ya no pertenece á la religión, es una creación popular, amada y adorada, un ángel de bendición que por sí solo constituye una creencia aparte.

En Italia la hora del Ave es hora de poesía, el momento en que el espíritu se recoge y siente!

Descendía el Gran Canal una mañana soñada, un amanecer que era una fiesta de colores, un contraste de tintes rojos y dorados confundidos entre las brumas, y del otro lado la oposición de

un horizonte obscuro lleno de estrellas. Era mi última hora de Venecia y quería grabarla bien en mis recuerdos. Pasábamos por las iglesias y palacios medio destruídos algunos, otros convertidos en hoteles ó negocios. No pude impedir una impresión de tristeza, y doblé con pena la más encantadora página de un viaje á Italia.

III

A Carlos Rodriguez Larreta.

Nápoles, 1886.

Aquí en Nápoles desde la ventana de mi cuarto veo todo el golfo, el Vesuvio con su magnífica espiral de humo, allá lejos Sorrento, Castellamare, Pompeya, Herculano : nombres que evocan mil recuerdos y producen sensaciones preciosas. Ahora se pone el sol : había soñado con estos ocasos italianos, murmuraba la frase de Stendall, « en Italia la hora del *ave* es la hora de poesía », una de las pocas expansiones del gran psicólogo. Por la gran avenida que costea el mar los coches van

y vienen con sus caballos petizos cubiertos de guarniciones doradas; cada carro es un bazar de campanillas, cosas ruidosas y que llaman la atención. El cochero gesticula como un energúmeno, conversa y parece que discutiera acaloradamente, es una prodigalidad de adjetivos, una locuacidad interminable. ¡Qué imaginaciones y qué nerviosidad! La menor cosa los excita, cambian de color, se enfurecen, y después todo pasa; es una descarga de nervios demasiado irritados por ese clima cálido y voluptuoso. La herencia del temperamento griego se mantiene aún viva, es un pueblo de artistas.

Si queréis buenas y tiernas emociones recorred ese espléndido paisaje que va desde Nápoles á Sorrento. Se sigue el mar, se pasa por Pompeya y Herculano pensando en todas las cosas agradables que contienen vuestros recuerdos. La brisa fresca reanima el espíritu y todo contribuye á excitar la imaginación. Es de un análisis interesante notar cómo os invade gradualmente la poesía del lugar. Seguía con curiosidad mis propias emociones, oía por decirlo así los movimientos más íntimos de mi alma, y lentamente se apoderaba de mí un sentimiento suave, de esas tristezas llenas de felicidad que no se cambian por las alegrías más brillantes y expansivas! ¡Qué país para la lu-

na de miel! ¡qué sonoridades especiales tendrán las palabras de cariño bajo este cielo y con estos horizontes!

. . . . . .

Vengo de recorrer la ciudad desenterrada, acompañado de un guía admirable que, en cumplimiento de las condiciones del contrato que yo le había impuesto, no dijo una sola palabra y me dejó tranquilo.

Lo que yo más admiro en los ricos pompeyanos es su filosófica teoría de la vida. Al ver sus edificios medio destruídos, pero tan bien ordenados para la existencia plácida y haragana, en este clima tibio, con su cielo maravilloso, cielo de claridad y luz, y el mar como perspectiva; al visitar las artísticas habitaciones de un colorido tan armonioso, llenas de pinturas y obras de arte; los patios rodeados de columnas, amplios y frescos, que invitan á pasar las horas contemplando las montañas y el delicioso panorama de los alrededores; me figuraba la vida amable del hombre rico de entonces, algo escéptico, lo suficiente para no tomar muy á lo serio la vida, un poco vicioso, bastante inmoral, amante de las bellas formas, del arte y la poesía, y que suavemente dejaba transcurrir su vida, mientras ardían guerras en las fronteras del

imperio ó se diezmaban en Roma. Producto de una civilización muy avanzada, había heredado la experiencia de sus mayores, y bebido en sus más puras fuentes la filosofía de la vanidad suprema de todas las cosas humanas; ideas desesperantes para las generaciones que todavía no se han saturado de sensación, pero que los hombres de la decadencia aceptan con un sibaritismo fatal, sonriendo de todo, hasta de sí mismos. Igual tendencia se produce en nuestra época que ha llegado á ese fiel de balanza difícil de precisar, que marca el comienzo de las brillantes decadencias. Desgraciadamente un elemento nuevo influye en nuestro tiempo, que da el convencimiento íntimo de lo que sólo presentían con su genio los antiguos; el convencimiento de la eterna, irreparable vanidad de lo que existe, la conciencia de que el más allá es fantasía y que el principio y fin de lo creado es el sentimiento.

Pero en Nápoles se piensan estas cosas por el spleen de los hoteles. Vale la pena de preocuparse así, cuando la vida es una triste ironía inventada por un supremo azar!

Aquí todo invita al placer, á mirar las cosas bajo un prisma rosa. Recuerdo mis impresiones pompeyanas, mis paseos por las calles desiertas, las casas en ruinas. Se diría una ciudad dormida, y

esperáis de un momento á otro ver cruzar sus habitantes con sus largos mantos, el pelo sujeto por una cinta y seguidos de sus esclavos.

. . . . . .

Hace una tarde clara, el cielo azul como una bóveda de turquezas, en el aire tibio parece que flotaran átomos de placer. Todo es alegría; las calles llenas, los restaurants concurridos ; en los paseos y plazas circula un pueblo que canta y ríe. Y á media hora de camino la encantadora soledad de las ciudades muertas que yacen al pie del Vesuvio. La luna al cruzar los cielos las ilumína también, y esparce por todas esas ruinas que aún tienen la vida del arte y de la poesía, la misma luz plateada que ahora siglos incitaba al pompeyano á la dulce melancolía de los ensueños, á los placeres del sentimiento y del amor; y el Vesuvio sigue siempre amenazante, con su magnífico penacho de humo y fuego se destaca entre las sombras con un aspecto extraño y mágico. Pensaba, y la seriedad de la vida se me imponía á medida que la noche era más obscura y que las chispas de fuego se destacaban en el espacio negro.

. . . . . .

ÍNDICE

Una palabra 7

ENSAYOS

P. Groussac 13
Prefacio á una revista nueva 53
La formación de las ideas 67
Los universitarios 113

NOTAS

Paradojas 127
La carta de un suicida 137
Alejandro Castro 143
Amancio Alcorta 147
Las multitudes argentinas 151
Nuestra familia 161
En el banquete ofrecido al doctor Luis M. Drago, por sus amigos del Círculo de Armas celebrando su exaltación al ministerio de Relaciones Exteriores 169

En un banquete ofrecido al autor por sus amigos..... 173
La locura en la historia..... 177
Tambos y rodeos..... 185
Buenos Aires..... 189
De vacaciones..... 193

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024468555

0 5917 3024468555